



HQN™

La
MARCA
de
ERIN

ÁNGELA G. SANJUÁN



HQN™

La
MARCA
de
ERIN

ÁNGELA G. SANJUÁN



HQN™

La
MARCA
de
ERIN

ÁNGELA G. SANJUÁN

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.

Una división de HarperCollins Ibérica, S. A.

Avenida de Burgos, 8B - Planta 18

28036 Madrid

© 2024 Ángela García Sanjuán

© 2024 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S. A.

La marca de Erin, n.º 380 - febrero 2024

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S. A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Shutterstock.

I.S.B.N.: 9788411806022

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Créditos](#)

[Cita](#)

[Dedicatoria](#)

[Prólogo](#)

[I](#)

[II](#)

[III](#)

[IV](#)

[V](#)

[VI](#)

[VII](#)

[VIII](#)

[IX](#)

[X](#)

[XI](#)

[XII](#)

[XIII](#)

[XIV](#)

[XV](#)

[XVI](#)

[XVII](#)

[XVIII](#)

[XIX](#)

[XX](#)

[XXI](#)

[Epílogo](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

*«No cavaré mi tumba en la tierra,
aunque me digan que la muerte se acerca,
y me aterra.*

No me esconderé de la muerte.

*Cuando vaya a mi tumba,
iré con la cabeza alta
y el espíritu fuerte.»*

DYLAN THOMAS

A los que están aprendiendo a elegirse.

Prólogo

Caen del cielo. Por sorpresa. Nadie sabe cuándo sucederá ni a qué muchacha decidirán conquistar, pero sus designios son sagrados.

Hermosos, intrigantes y poderosos. El mundo les pertenece; ellos lo dominan, ellos lo protegen. Ahora, nadie osa desafiar a los Señores de la Sorpresa, pero hubo un tiempo en que alguien lo intentó. Para muchos, un loco. Un inconsciente. Para otros, un pobre infeliz enamorado.

Locura y amor, ¿no es lo mismo, acaso?

Láncel Ulrich se enamoró perdidamente de una mujer. Ambos tenían apenas quince años cuando sucedió y, por jóvenes que fueran, conocían el peligro que corrían. Pues el amor, para seres mundanos como ellos, no empieza hasta que los Señores de la Sorpresa hayan elegido.

Joana, su amada, fue conquistada por uno de ellos, aunque no por uno cualquiera. El mismísimo Gran Señor de la Sorpresa, Raymond Bolton, se fijó en ella. La familia de la joven celebró aquello, se sintieron dichosos por recibir el honor de la atención del Gran Señor, pero Láncel sabía que ella no lo quería.

La conquista no duraría para siempre, solo hasta que Raymond se cansara. Y entonces, Láncel y Joana serían libres para amarse. Toda la ciudad los aplaudiría y celebraría la unión de la elegida por el ser más poderoso del mundo con aquel a quien pertenecía su corazón.

Pero él no podía esperar. Conocía los miedos de Joana, conocía el terror que le provocaban aquellos seres a quien el pueblo —el estúpido pueblo— aclamaba como dioses. Sabía que su amada sufría con cada segundo que pasaba, sufría a merced del verdadero monstruo encerrada en el lugar más peligroso de la tierra: la Morada del Delirio. Por eso decidió arriesgarse, por eso lo dejó todo e ignoró a quienes le advirtieron. Láncel ensilló su corcel y marchó en busca de su destino.

No es un secreto para nadie que no consiguió salvarla. Según cuentan ya mil historias, su burdo intento de contienda fue rápidamente sofocado. Pero esas son las breves, las que se ahorran los detalles para lanzar el mensaje adecuado. No son esas las favoritas de los niños, que, como siempre, son también las mejores.

Láncel perdió todo. Su futuro, a su amada e incluso su vida. Pero Láncel luchó, enfrentó a los monstruos de los caminos, soportó las tormentas eléctricas y se zafó de los espinosos brazos del acechante bosque. Láncel llegó al peor lugar del mundo, al infierno en la tierra. Láncel llegó al hogar de los Señores de la Sorpresa.

Y allí, expuesto a la triste mirada de la que soñaba con ser su esposa, enfrentó a aquel que la

había raptado. Porque eso eran las conquistas para Láncel, un simple y ruin rapto.

Raymond aceptó el combate. Accedió a batirse en duelo con un humano acatando las reglas que ello suponía: no podía utilizar sus poderes. Un ser centenario de alma marchita renunciando a sus más letales habilidades por la valentía demostrada por una criatura menor como Láncel.

Y aún fue más allá, pues el manejo de la espada era la mejor de las cualidades del joven guerrero. El sol apenas se había movido cuando desarmó al Gran Señor. Las historias, incluso las buenas, cuentan que Raymond rio entonces. Una carcajada que llenó el alma de Joana de amargura, pues ella ya vaticinaba el macabro fin de aquella aventura.

La espada de Láncel se incrustó en el pecho del rey de los dioses en la tierra. La conmoción no duró más de un segundo, pues Raymond agarró la hoja con sus propias manos y la extrajo de su cuerpo. La sangre oscura corrió lustrosa por el filo, pero dicen las historias que la sonrisa del Gran Señor brilló más todavía.

Aquella fue la verdadera sorpresa.

Láncel murió sin recuperar a su amada. Joana murió de pena poco después de ser liberada. Pero no sucedió así con Raymond, porque desde entonces, gracias al valiente Láncel —o insensato, según algunos—, todos en el mundo saben que no hay forma de matar a un Señor de la Sorpresa.

I

CONQUISTA

El ambiente permanecía tenso. Toda la familia sabía que la cuenta atrás estaba a punto de terminar. El tiempo de Erin se agotaba.

Podría parecer que sus padres estaban preocupados por ella, por su futuro, pero no era cierto. Lo único que mantenía nerviosos a los Erenson era que pronto su hija los deshonraría ante el mundo.

Había algo que toda muchacha decente debía conseguir antes de cumplir los veintiuno. Algo que, por otro lado, llevaba atormentando a Erin durante años. Se había despertado empapada de sudor en más de una ocasión, con la respiración entrecortada y el corazón acelerado, mientras el rastro de su pesadilla continuaba centelleando en su mente.

Los Señores de la Sorpresa eran algo así como seres celestiales, criaturas divinas que todo ciudadano de Lander adoraba. Todo era válido para ganarse su favor, pero la mayor de las ofrendas era también el mayor de los sacrificios.

Podía suceder en cualquier momento. Cuando una jovencita alcanzaba los dieciséis años, entraba en el juego. Los ojos de los Señores de la Sorpresa podían caer sobre ella y otorgar así el mayor de los honores a su familia. La noche menos pensada, aquel que se hubiera fijado en ella descendería desde el cielo para ejercer su derecho de conquista; la tomaría y se la llevaría volando hacia la Morada del Delirio.

Erin no tenía ningún interés en acudir a aquel lugar, aunque jamás lo admitiría frente a sus padres. Por mucho que Ordana Erenson le hubiera repetido en infinidad de ocasiones el privilegio que suponía ser «conquistada» por un Señor de la Sorpresa, Erin era incapaz de creer a su madre. Había otras palabras que pesaban más, mucho más. Palabras que escuchó cuando apenas tenía ocho años y que callaron para siempre cuando su tía Rymeliet desapareció.

Se había obligado a olvidar aquello que Rym contaba, las cosas que suponía y las que temía, pero no lo había conseguido. La voz de Rym continuaba dentro de su mente, aparecía cada noche como un arrullo para recordarle lo poco que quedaba. Porque, sí, Erin estaba a punto de cumplir años, a punto de abandonar la partida, y nadie la había reclamado como suya todavía.

El día había empezado bien. Un soleado 7 de septiembre en la maravillosa ciudad de Lander. La adoraba. Era preciosa, repleta de parques por los que pasear y monumentos que visitar. Sus habitantes pasaban los días retozando sobre la hierba fresca o tomando un agradable té junto al

río, aunque no solían frecuentar la biblioteca. Erin sí. Quizá por eso no le importaba tanto que ningún Señor de la Sorpresa la hubiera escogido todavía.

La mayoría de las muchachas pasaban la mayor parte de su vida preparándose para ser elegidas. Se esforzaban de un modo agotador para resultar perfectas para seres que desconocían, aunque no era culpa suya, así era como se las había educado. De hecho, la vergüenza debía cargar sobre los hombros de Erin por no haber hecho lo mismo desde su primer sangrado. Y, la verdad, a veces lo hacía. A veces se sorprendía culpabilizándose por haber seguido los consejos de Rym en lugar de los de su madre, por haber preferido la música y la literatura antes que su imagen, por no haber compartido el ideal de belleza que todos perseguían en Lander. A veces, solo a veces, se culpabilizaba por vestirse diferente o invertir menos tiempo en peinarse. Pero luego aparecía la voz de Rym y un alivio inmenso le llenaba el alma.

«No renuncies a ti misma».

Eso había escrito en el pequeño libro de poemas que solía leerle. Cada noche, antes de irse a dormir, recitaba un par de sus poesías favoritas y repetía aquella frase. Y a Erin, desde entonces, se le grabó a fuego.

Pero a medida que pasaban las horas, la ansiedad se iba apoderando de ella. Era casi como saber que iba a morir. Cada segundo era otra hebra desprendiéndose del hilo que sostenía su alma.

Y no había mejorado al llegar la hora de la cena.

Su madre estaba triste. No había abierto la boca en todo el día, su precioso cabello negro estaba recogido en un estricto moño y sus ojos se habían dedicado a esquivar los de su hija.

Erin empezó a poner la mesa, como siempre. Una finísima cubertería de plata y la vajilla de porcelana que Ordana pintó con apenas diecisiete años, justo antes de ser... conquistada. Su padre observaba cada uno de sus movimientos con un desdén petrificante. Era como si todo lo hiciera mal, como si su simple presencia lo importunara.

En medio de aquel silencio, Erin sintió como el tictac del reloj se introducía a través de su piel, erizándole el vello y disparando sus latidos.

—Ni siquiera hoy —dijo su padre con voz queda.

Eliot Erenson era un tipo serio, adinerado y profundamente herido por la ofensa que suponía tener a Erin como única hija.

Ella no respondió. Ignoró sus palabras como si así pudiera escapar de lo que se avecinaba. Sabía que no podría.

—Eres consciente de lo que ocurrirá mañana, ¿verdad? —preguntó.

Erin guardó silencio de nuevo.

La fría mano de Eliot rodeó su muñeca obligándola a detenerse.

—Mírame —ordenó.

Ella obedeció.

Los ojos negros de Erin se hundieron en la profundidad de los de su padre. Dos miradas idénticas y diametralmente opuestas al mismo tiempo.

Eliot la estudió durante varios minutos sin dejar de apretarle la muñeca. Sin dejarla escapar. Podía sentir el desprecio que brotaba silencioso a través de las oscuras pupilas de su padre.

De pronto, la soltó.

—No puedo decir que me importe demasiado. Es más, será un alivio —comentó volviendo la mirada hacia el crepitante fuego de la chimenea.

Erin apretó los dientes. Conocía de sobra lo que su padre sentía por ella, pero era algo a lo que jamás lograría acostumbrarse.

—Tu madre aún es joven y bella —continuó diciendo—. Me dará una hija hermosa. No es culpa nuestra que hayas resultado ser tan horrenda, no se puede ganar a la primera jugada. —Se aclaró la garganta—. Tampoco deberíamos haberlo apostado todo a una sola carta, eso sí que fue un error...

Hablaba en voz alta, pero no hablaba con ella. No buscaba respuestas ni reacciones, simplemente desahogarse. Volcar todo su veneno y frustración.

—Lo solucionaremos —murmuró mientras apoyaba el mentón sobre el dorso de sus manos entrelazadas—. Y en caso de que no sea así, encontraré honor por mi cuenta.

Erin no pudo evitarlo, la repulsión que sentía salió a través de sus ojos.

—¿Qué? —preguntó él, retándola.

Quiso morderse la lengua, obligarse a mantener el pico cerrado, pero Eliot, quizá por primera vez en su vida, quería escuchar las palabras de su hija. Las últimas en su presencia, probablemente.

—Habla, Erin —dijo en tono firme—. Sé que no te importa tu aspecto, pero con la cantidad de tiempo que pierdes leyendo, intuyo que tendrás algo que decir.

Bien. Tenía razón. Cuando dieran las doce, ni a él ni a ella les importaría nada la existencia del otro. No había momento mejor para rebelarse, para hablar, preguntar y, por qué no, reprochar.

—¿Horrenda? —repitió asqueada—. Hasta los dieciséis fui tu orgullo. No solo hermosa, sino culta. Eso decías.

Él bufó una risita desdeñosa.

—¿Y eso qué? Confiaba en que te motivaría para arreglarte un poco...

—¿Arreglarme? ¿Convertirme en alguien distinto para seducir a unos desconocidos? —Erin elevó la voz.

Eliot se levantó furioso al oír aquello.

—¡Habla con más respeto, fea! —gritó.

Su mano cayó impactando contra la mejilla de Erin. La bofetada retumbó en su cabeza, estalló en su oído y le palpitó en la sien.

Los platos se le cayeron de las manos.

—Eliot... —oyó decir a su madre.

Ordana observaba la escena desde el umbral de la puerta. Estaba horrorizada.

—Repugnante esperpento —maldijo Eliot sin dejar de mirar a su hija—. No me extraña que los Señores hayan ignorado tu existencia. —Escupió sobre los trozos de porcelana esparcidos a sus pies.

Erin se enderezó todavía con la mano en el rostro. Sentía todo aquel desprecio hirviendo en su interior, las ganas de saltar sobre su padre y devolverle el golpe, el odio transformándose en insultos que estimulaban su lengua...

Pero solo lloró.

Eliot sonrió con arrogancia.

—Me marchó —dijo Erin entre sollozos.

Las manos de Eliot volvieron a detenerla antes de que pudiera darse la vuelta. En aquella ocasión, con más fuerza.

—No. No te irás hasta medianoche —dijo mientras hincaba los dedos sobre sus brazos y la obligaba a mirar hacia el reloj.

Erin forcejeó.

—¡Me voy! —repitió—. ¡Me largo de aquí!

Él la contuvo sin ningún miramiento y acabó por lanzarla contra el suelo. Su madre corrió hacia ella.

—¡Detente! —gritó—. ¡Déjala, Eliot!

Ordana no lloraba. Erin jamás había visto salir una lágrima de los ojos de su madre y tampoco la vería en aquella ocasión. Sin embargo, su reacción, el hecho de que intentara protegerla, la tomó completamente por sorpresa.

Las velas del salón parpadearon antes de apagarse y el fuego de la chimenea fue la única luz que quedó para iluminarlos.

—Levántate, Ordana —ordenó Eliot sin ninguna delicadeza en la voz—. Aléjate de esa horripilante criatura, o no volveré a tocarla jamás.

Erin nunca hubiera esperado semejantes palabras por parte de su padre, pero fue todavía peor observar el efecto que tenían sobre su madre. Ordana se puso en pie y avanzó despacio hasta situarse detrás de Eliot. No levantó la cabeza, no se atrevió a mirar a su hija.

—Me darás otro hijo. En un año —dijo Eliot sin girarse siquiera hacia ella—. Un muchacho válido o una hermosa niña. —Ordana asintió—. Y si eso no ocurre, encontraré a otra que lo haga posible. No toleraré más humillaciones.

Su madre volvió a asentir.

Erin continuaba en el suelo, luchando por contener la bilis dentro del estómago mientras su padre hablaba. Eliot dio un par de pasos hacia delante hasta situarse justo delante de su hija.

—Papá... —murmuró Erin.

—No me llames así —la interrumpió—. Tú no eres hija mía, engendro.

Echó el pie hacia atrás dispuesto a propinarle una potente patada, ella se encogió para protegerse a la vez que buscaba la compasión en la mirada ausente de su madre. Hubiera sido más fácil esperar un milagro. Y quizá fue eso lo que sucedió, porque Eliot resbaló antes de dar el golpe y cayó sobre los pedazos de porcelana.

Arqueó la espalda unos segundos antes de retorcerse de dolor mientras los cortes empezaban a aparecer sobre su piel. En las manos, en los brazos, en la cara... La sangre cubrió el suelo.

Era casi como si algo lo estuviera golpeando, como si aquella caída hubiese sido más hiriente de lo que parecía, como si su padre fuera un auténtico pusilánime. Y quizá lo fuera. Quizá aquella caída no fuera más que una cura de humildad para recordarle que, por muy tirano que pudiera ser, seguía siendo humano. Y sus aniversarios, aunque no supusieran ostracismo alguno, también pasaban factura.

Sabía que no debía hacerlo, que probablemente quedarán todavía un par de horas para medianoche, pero ¿qué más daba? ¿Para qué continuar en aquel lugar que poco tenía que envidiarle al infierno?

Erin se levantó y salió corriendo en dirección a ninguna parte.

Iban a repudiarla de todos modos, así que ¿por qué esperar?

II

REPUDIADA

Fea, esperpento, engendro... Todo exagerado, aunque igual de hiriente. Cuántas veces se había plantado frente al espejo en busca de aquellas imperfecciones que provocaban que los Señores de la Sorpresa no la eligieran; cuántas veces se había sentido mal al respecto, se había culpado, se había insultado, se había herido...; cuántas veces se había descubierto criticando su cuerpo, su cara, su personalidad... Cuántas veces se había odiado por no ser como debería y había terminado preguntándose lo estúpido que resultaba todo aquello.

¿Era ella el problema? ¿Su existencia estaba mal planteada? ¿Qué era lo que había hecho mal? ¿Eran los libros? ¿Las pinturas? ¿La ropa? ¿Su cuerpo? Era ella. Todo eso formaba parte de ella, al fin y al cabo. Y ella estaba bien. Era suficiente.

No sabía si era fea o no. Nunca le había dado por preguntárselo hasta que empezó a ser un problema. Desde luego, no era como Madison Blanch, que fue escogida apenas alcanzó los dieciséis. O como Eliz Montez, que provocó un duelo entre dos Señores de la Sorpresa. Es decir, sabía que no era capaz de acaparar la atención de alguien con su simple apariencia, pero una parte de ella se resistía a convertirlo en tragedia. Muchas habían caído presas del desprecio, de la humillación que suponía no ser escogidas, y Erin lo había visto. Las había visto sufrir y perderse, convertirse en personas que no eran, despreciarse a sí mismas, machacarse exigiéndose una perfección fuera de su alcance —de la de cualquiera, en realidad—; las había visto condenarse, hundirse en la desesperación por captar la atención de aquellos que se suponía que les otorgarían la mayor de las honras.

En el mejor de los casos, habían sido conquistadas por uno de los Señores. En el peor... Bueno, en el peor de los casos habían resultado repudiadas y abandonadas, como Erin, aunque mucho más... desquiciadas. Tres eran los cadáveres que habían aparecido flotando en el río aquel año. Tres en un simple año.

Y lo peor no era eso. Ni las muertes ni la locura a la que se veían empujadas esas chicas. Lo peor era que nadie parecía ver el problema, ni siquiera las que lo sufrían. Incluso aquellas que peor lo habían pasado para ser escogidas terminaban culpando a aquellas que no lo conseguían porque, en cierto modo, lo veían como una completa falta de interés. Ellas se esforzaron y lo consiguieron, era el mayor logro de sus vidas —el único que se les permitía tener—; si las demás no lo lograban, era solo porque no se habían esmerado lo suficiente. Y la verdad era más triste todavía, porque algunas encontraban cierto placer en el fracaso del resto. Por cruel, macabro y egoísta que pueda sonar, ver que ellas habían sido conquistadas las situaba —a sus ojos— unos

escalones por encima de las que no habían corrido dicha... suerte.

«No renuncies a ti misma».

Rym tenía razón. Siempre la tendría.

Erin continuaba corriendo calle abajo, siguiendo el río. No creía que su padre saliera a perseguirla quedando apenas unas horas para ser repudiada oficialmente, pero, solo por si acaso, corrió como nunca para evitar el castigo.

La ciudad se iba embruteciendo a su paso; las casas se hacían más pequeñas; los jardines, más descuidados —luego ni siquiera los hubo—, y la noche estaba cerca de alcanzar su punto álgido de oscuridad.

La luna era lo único que no menguaba, lo único que permanecía inmutable sobre su cabeza, como si no le importara lo fea, esperpento o engendro que pudiera ser. Sus ojos ardían, pero Erin continuaba luchando por mantener a raya las lágrimas. No lloraría. No lo haría. No por eso.

Había sido precavida, no había podido vestirse con la ropa que le hubiera gustado teniendo en cuenta que iba a ser expulsada de su hogar y acechada por todo aquel que lo deseara, pero, al menos, había logrado esconder un par de cómodas botas bajo las faldas de su vestido. No podía imaginar cómo hubiera logrado correr con los zapatos de tacón que acostumbraba a llevar, esos que marcaban las convenciones sociales de la ciudad. Seguramente ya habría tropezado con algún adoquín y acabado golpeándose la cara contra el suelo. Quién sabe si no estaría ya inconsciente y vulnerable ante los asaltantes.

Divisó un pequeño grupo de gente a lo lejos. No se paró a observarlos, continuó corriendo como si alguien estuviera pisándole los talones, como si llegara tarde a alguna parte, como si tuviera un lugar al que ir...

Uno de ellos le chistó al pasar. Lo ignoró.

—¡Eh! —gritó después mientras su voz se perdía en la distancia.

Solo el golpeteo de sus botas contra el suelo. Solo sus pasos. Solo ella. No prestaría atención a nada más. No existía nada más.

Nada bueno podía salir de escuchar a nadie y menos en esa zona de la ciudad. Si continuaba corriendo llegaría a los Caminos del Azar y nadie que estimara su vida lo suficiente querría adentrarse en aquel lugar.

Se paró de repente cuando se dio cuenta de que no sabía a dónde quería llegar. No sabía si realmente habría escapatoria para ella.

Monstruos.

Sí, esa sería la salida. Por eso dejaban a las chicas en la calle, por eso las repudiadas

desaparecían. Las que no se quitaban la vida por la vergüenza con la que cargaban perecían a merced de los monstruos. Humanos o no.

Un trueno retumbó en los cielos, o eso pensó Erin, aunque no había ni rastro de lluvia, relámpagos o nubes. El cielo estaba despejado, oscuro e inmerso en una quietud pasmosa, pero completamente limpio. Se le puso el vello de punta cuando otro trueno le recorrió el cuerpo. ¿Qué diablos estaba pasando?

Miró hacia arriba, hacia todas partes, en busca de cualquier pista sobre el origen de aquel atronador sonido, pero nada. No había tormenta alguna a la vista, ni se la esperaba tampoco.

—¿Estás sorda, chica?

Contuvo el aliento.

La boca le sabía a sangre después de aquella carrera, le dolía la garganta cuando intentaba tragar saliva y el corazón le latía desbocado golpeándole las costillas.

Se había detenido por aquellos ruidos, pero había olvidado que estaba expuesta al peligro. Se dio la vuelta; sabía que, fuera quien fuera, sería mucho más vulnerable si continuaba dándole la espalda.

Un chico greñudo, de dientes amarillentos y mirada afilada avanzaba hacia ella sonriendo. No estaba solo, otros dos muchachos lo acompañaban. Uno algo más fondón y claramente más mayor, y otro escuálido e inquieto.

—Parece que no —canturreó sin dejar de andar.

Sus pasos eran lentos pero seguros, como si no quisiera asustarla a pesar de ser plenamente consciente de que no tenía escapatoria.

Erin hizo el amago de retroceder, lo cual provocó que él se detuviera.

—¿Qué ocurre? —dijo en tono suave—. No te asustes, mira. —Levantó las manos despacio—. ¿Ves? No estoy armado. —Sus dedos bailaron ligeramente a la vez que ensanchaba la sonrisa—. Esto es todo con lo que voy a tocarte esta noche —dijo refiriéndose a sus manos.

Erin dio un paso hacia atrás mientras los chicos la observaban.

Todo estaba tan oscuro y estaban ya tan lejos... Nadie podría oírla, aunque gritara; y tampoco la ayudarían, aunque lo hicieran. Una muchacha tan joven, a esas horas, fuera de su casa. Sería una vergüenza para cualquiera.

Erin no quería hacerlo, pero empezó a temblar.

—Eh, Ben —dijo el flacucho—. Deberíamos parar.

El tal Ben se giró hacia él.

—¿Qué dices? —preguntó—. ¿Desde cuándo te preocupan las zorras repudiadas?

El chico negó con la cabeza.

—No es una repudiada —señaló a Erin.

Ben volvió a girarse hacia ella y le miró la mano con atención.

—Es verdad —dijo el grandullón de su izquierda—. No está marcada.

Los ojos de Ben ascendieron despacio por el cuerpo de Erin hasta detenerse en su rostro. La miraba con interés. Un interés espeluznante.

Ella quería huir. Deseaba salir corriendo más que cualquier otra cosa en el mundo, pero el miedo la tenía paralizada.

—Cierto, no lo estás —comentó casi en un susurro.

Erin apartó la vista durante un segundo para estudiar el dorso de su mano. Todavía estaba intacto, la piel brillaba tersa e inmaculada bajo la luz de la luna.

Otro trueno reverberó en aquella noche sin tormenta.

Volvió a mirar a sus acechantes.

—Pero lo estarás pronto, ¿me equivoco? —preguntó Ben dando un paso más hacia ella. Su malévola sonrisa centelleó entre las sombras.

Erin retrocedió de nuevo.

La sonrisa de aquel tipo se ensanchó como si aquello le hubiese otorgado la respuesta que buscaba.

—Claro que sí. ¿Qué iba a hacer si no una jovencita como tú por estos lares y a estas horas? —continuó diciendo.

Luego, la miró de arriba abajo como si se estuviera replanteando lo que acababa de decir.

—Aunque, bueno, no eres tan jovencita, ¿verdad?

Erin sintió de nuevo aquella soga oprimiéndole el cuello, la cuenta atrás que la marcaría ante el mundo como una repudiada, como una vergüenza con patas. Era cuestión de horas. Quizá ya ni eso. Puede que solo le quedaran unos minutos.

Echó a correr, por fin.

Sus piernas todavía respondían pese a los calambres que empezaban a recorrerle los músculos. Renqueantes punzadas que la tentaban a detenerse con cada paso, pero no lo haría.

Los acechantes la siguieron sin dejar de reír. Era un juego para ellos: acosarla, asustarla, acorralarla... Demostrarle quién era la presa y quién el depredador en aquella selva. Sabían que pronto sería una repudiada, que nadie la reclamaría ni les haría pagar por lo que fuera que pensarán hacerle. Sabían que podrían divertirse tanto como quisieran, poner en práctica sus mayores perversiones, las ideas más inhumanas que sacudieran su mente, aquellas que jamás se les ocurriría revelar a nadie durante una conversación civilizada.

Erin sabía que estaban cerca, podía sentirlo. Oía sus pasos cada vez más próximos. Sus risitas eran un murmullo que trepaba por su espalda; sus respiraciones, un abrasador fuego que contendrían hasta atraparla. Le pisaban los talones, sus zancadas eran mucho más amplias y pronto intentarían alcanzarla con los brazos, con sus garras.

El miedo era una trampa; tan pronto la empujaba a seguir corriendo como le recordaba lo que sucedería si se detenía. Pero el instinto de supervivencia era mayor. No estaba tan lejos de los Caminos del Azar, podía conseguirlo. Sabía que ellos no la seguirían hasta allí porque esos senderos estaban atestados de monstruos sin corazón que arrebatan el suyo a las personas. Si lo conseguía, solo estaría cambiando un infierno por otro, pero Erin conocía a los humanos y prefería cualquier otro tipo de monstruo.

Los calambres continuaban, aunque se había acostumbrado a ellos; era peor la falta de aliento, el sabor de la sangre en la garganta y aquella presión en el pecho.

—¡Detente, bonita! —gritó Ben—. ¡No sabes dónde te estás metiendo!

Tenía razón, no lo sabía. No del todo.

—¡Nosotros no te despreciaremos! —dijo uno de sus compinches, aunque no supo distinguir cuál.

Volvieron a reír sin dejar de correr tras ella. Afiladas carcajadas que llegaron a arañarle la espalda con su maldad. Un escalofrío le recorrió la espina dorsal. No dejaría de correr.

Erin ya distinguía los matorrales que lindaban con la ciudad, la entrada hacia el bosque por el que discurrían los Caminos del Azar. Sabía que todo sería cuestión de eso una vez cruzara aquellas espinosas plantas y que nunca se había caracterizado por tener demasiada suerte, pero se arriesgaría.

—¡Eh, para! ¡Lo digo en serio! —volvió a gritar Ben.

Jamás lo haría. Si no se desmayaba antes, cruzaría aquellos matorrales y se internaría en el hogar de las leyendas.

Sus pasos empezaban a aislarse del resto, sus botas ya casi caminaban solas hacia la espesura. Su aliento, acelerado y entrecortado, se había quedado solo.

—¡Tú te lo pierdes, fea! —la voz de Ben, en aquella ocasión, sonó algo más lejos.

Las primeras espinas rasgaron la tela de su vestido. Correr se convirtió en algo complicado cuando la falda quedó enganchada entre la maleza extendiéndose como una sábana. Una sábana que quedó maltrecha cuando Erin tiró de ella y continuó hacia delante. Menos ropa, más expuesta, quizá más en riesgo; pero, por el momento, libre.

—¡Te acordarás de mí cuando te cojan los monstruos! —oyó decir a Ben, aunque las hojas del bosque comenzaban a emborronar su existencia—. ¡Y yo pensaré en ti cuando atrape a la siguiente!

Ellos rieron de nuevo, pero Erin continuó adentrándose en la arboleda. Era como si una fuerza desconocida la estuviera empujando, como si un poderoso viento quisiera protegerla, como si, irónicamente, el lugar que más temía cualquier hombre en la tierra fuese un refugio para ella. Pero continuaba aterrorizada.

Pronto se vio envuelta en oscuridad y silencio, solo el crujir de las ramitas que pisaban sus botas rompía la quietud del bosque. No sabía hacia dónde ir, pero era incapaz de detenerse. Como si parar y pensar fuera casi como firmar su sentencia de muerte. Los nervios le impedían ver con claridad, razonar lo que de verdad sería útil, lo que podría ayudarla. Pero dio igual. Dieron igual los nervios, el miedo, el cansancio o la incertidumbre. Dieron igual porque la cuenta atrás había terminado.

Erin cayó al suelo presa de un dolor desconocido e insoportable. Se retorció sobre la maleza, se aferró a las raíces, a las ramas, a todo cuanto sus manos hallaron en el suelo. El peligro de las espinas no existía, los cortes no existían, la sangre no existía...

Todo se volvió aún más oscuro, el mundo desapareció y Erin se desvaneció cuando el peso de la maldición cayó sobre ella. Quedó inconsciente y expuesta a los monstruos. Y ya siempre lo estaría, porque Erin Erenson había sido marcada.

III

CAZADOR

Despertó. La cabeza le daba vueltas, le pitaban los oídos y tenía la boca tan seca que incluso dolió separar la lengua del paladar. Su cuerpo era prácticamente un peso muerto y el simple amago de moverlo requería un esfuerzo titánico, pero tenía que hacerlo. Tenía que intentarlo, al menos.

Había sobrevivido a la primera noche en los Caminos del Azar, aunque hubiera sido por pura suerte. Lo sabía porque la luz del sol se colaba tímidamente entre las hojas de aquel frondoso bosque. Luchó por incorporarse tomando consciencia de todas y cada una de las diminutas heridas que plagaban su cuerpo. Le costaba creer que no recordara el momento en el que se las hizo, ni el dolor que, a juzgar por su apariencia, debía de haber experimentado.

Sus piernas estaban descubiertas, la mayor parte de la falda del vestido se había perdido en algún lugar del bosque y apenas unas tiras de tela resistían como para seguir escondiendo sus zonas más íntimas. Agradeció de nuevo haber llevado las botas; por lo menos, sus pies y pantorrillas se habían mantenido a salvo.

Comenzó a retirar las ramitas que se habían quedado adheridas a su pelo y a su piel. Una a una, desincrustó todas las espinas que se habían clavado en sus carnes. Las punzadas de dolor eran tan intensas que creía despertar de un sueño cada vez que retiraba una de aquellas ramas, pero lo agradecía. Cada sensación que experimentara la agradecería, porque aquello solo podía significar una cosa: seguía con vida. Aunque no tuviera muy claro de qué le servía eso.

Sacudió las hojas que se le habían colado a través del escote y entonces lo vio. Tampoco recordaba cuándo había sucedido, pero pronto el fuego de la maldición le refrescó la memoria. Era lógico que no hubiera sentido nada al herirse, puesto que todo su cuerpo estaba concentrado en resistir el dolor de la marca. La tortura de las repudiadas.

El dorso de la mano derecha seguía en carne viva, ardiente y palpitante.

—Monstruo —leyó con voz trémula.

Aquel sonido, débil y susurrante, se extendió a través del bosque. Todos sabrían lo que era a partir de entonces. O, mejor dicho, lo que otros decían que era.

Le pareció apropiado. Una marca adecuada para mujeres condenadas a morir en manos de monstruos; pero mientras siguiera respirando, seguiría eligiendo. Quizá no tuviera más remedio

que morir, pero, de ser así, elegiría cómo. Y, de momento, ya había escogido que su verdugo no sería un monstruo humano. Esos, hasta entonces, le parecían los peores.

Hizo acopio de fuerzas para levantarse. Su cuerpo le mandaba señales de que no lo hiciera, de que detuviera semejante tortura y le permitiera descansar. Descansarían, quizá para siempre, pero no todavía.

Se preguntaba si los monstruos también atacarían de día. Era típico de las historias empezar en una noche oscura, pero aquello era un bosque silencioso que, por otro lado, sonaba igual de perturbador.

Seguramente no debería mostrarse tan tranquila como estaba, porque nada le aseguraba que aquella sensación de amparo fuese real. Aunque el cuerpo le dolía tanto que una parte de ella podía llegar a creerse que no había modo de empeorar.

Por supuesto que lo había.

Al principio, creyó que era la brisa, pero en aquel bosque no corría el aire. Además, de haber sido eso, se trataría de un viento viciado y putrefacto que hubiera intoxicado los pulmones de Erin con tan solo haberlo respirado.

Se le erizó el vello de la nuca mientras avanzaba a través de troncos y matorrales. Buscaba un sendero, uno de esos caminos que cruzaban el bosque, pero era difícil dar con nada sintiendo aquella presencia tan cerca. Estaba al acecho. Era como sentirse observada por un desconocido; solo que no era tan simple como eso, era mucho peor. No es que no supiera quién la vigilaba, sino que ni siquiera era capaz de sospechar de qué se trataba.

Aceleró el paso y apretó los dientes intentando ignorar las punzadas de dolor que le ascendían desde los muslos, desde los brazos, desde la parte baja de las costillas... Un dolor electrizante que parecía concentrarse en su espina dorsal y terminaba con un intenso escalofrío detrás de las orejas.

Entonces llegó aquel sonido. Uno que jamás había oído, un gruñido extraño que parecía salido de las más oscuras pesadillas. Chirriante, convulso y abotargado. Se perdió en el eco del bosque. La rodeó.

No quería temblar, pero querer no siempre era suficiente. Las manos no le respondían, los dedos vibraban incapaces de obedecer orden alguna, y el resto del cuerpo se mantenía tenso, a un segundo de bloquearse.

Continuó avanzando hasta alcanzar una zona más despejada en la que las hojas del suelo daban paso a la tierra. Tierra roja plagada de diminutas piedrecitas que formaba una sinuosa línea en dirección a los árboles que los ojos de Erin divisaban en el norte. Uno de los caminos. Pensó que quizá el azar estuviera de su parte.

Obligó a sus piernas a responder una vez más, pero el sendero era irregular y ella un blanco

demasiado fácil.

De repente, un sonido seco, pesado y fuerte retumbó a sus espaldas. El suelo tembló y Erin cayó contra él. La tierra roja se adhirió a sus piernas, a las sangrantes heridas que las plagaban. Se protegió de la caída con las manos, las palmas le ardieron al contacto, las piedrecitas del suelo se clavaron en su piel. Se forzó a incorporarse. Se movió despacio, el miedo no le permitía hacerlo de otro modo. Lentamente, giró la cabeza hacia atrás para ver qué era lo que acababa de aterrizar tras ella.

Ahogó un grito cuando sus ojos contemplaron a la bestia.

Tan alta que ella, desde el suelo, se sentía poco más que una hormiga. Humanoide, bípeda, con piernas larguísimas y brazos acabados en afiladas garras que rozaban el suelo. Oscura como las tinieblas del infierno, con diminutas plumas negras sobre cada rincón de su cuerpo. Y su cara... Contuvo las náuseas cuando vio su cara. Si es que aquello podía llamarse así...

Su rostro era un cráneo negro y brillante, envuelto en alguna sustancia viscosa que lucía putrefacta. Sus ojos no eran más que un par de profundos agujeros negros que no parecían contener nada más que sombras. Su boca era un pico afilado y grueso que se abrió para rugir una vez más.

El desagradable sonido que salió de su boca impactó contra la espalda de Erin como un pellizco de supervivencia que la impulsó a levantarse.

Y lo hizo sin volver a mirar atrás. Solo correr. Solo escapar.

O intentarlo.

La criatura se movió con ella. Sus piernas la alcanzarían pronto, apenas un par de zancadas bastarían. Tenía que abandonar el camino, tenía que volver a perderse entre los árboles, internarse y rezar por ser capaz de despistarla.

Giró a la izquierda y se lanzó hacia la espesura de nuevo. Esquivó los primeros troncos, pero se golpeó el hombro sin querer con uno de los árboles. No se detuvo, aunque sí terminó algo desequilibrada, giró e impactó de espaldas contra otro de los troncos. Apretó los dientes intentando no gritar mientras buscaba con la mirada al monstruo. Venía tras ella. Por supuesto que lo hacía.

Destrozaba los árboles con sus garras y se movía como una auténtica centella. Erin se impulsó con las manos sobre la madera del tronco y volvió a correr por el bosque. No podía perder un segundo o estaría muerta.

El desagradable gorjeo de aquel bicho se había metido en su cabeza, ya no estaba segura de si lo escuchaba de verdad o simplemente se repetía como un mal sueño. Como un trauma.

Corría, se golpeaba y se rasgaba, pero no podría correr eternamente. Y por lo que parecía, aquel monstruo sí. Estaba sentenciada, pero elegiría. Elegiría intentarlo hasta desfallecer, hasta que no

tuviera opción alguna.

La imagen de su padre parpadeaba en su cabeza como un mal recuerdo. La observaba desde su butaca con aquella mirada atenta que tanto lo caracterizaba, era como si pudiera verla; como si fuera consciente, incluso desde la tranquilidad de su hogar, de que su hija estaba sufriendo. Bueno, su hija no. Ya no. Él mismo se había encargado de dejarlo claro.

El recuerdo titiló un par de veces más en su memoria; Erin continuaba corriendo concentrada en su supervivencia, pero aquel hombre que solo existía en su mente pareció sonreír. Estaba satisfecho, aliviado... Era como si la existencia de Erin fuese un problema para él, un problema que, por otro lado, la propia naturaleza estaba a punto de resolver.

«¿Es real? ¿Es posible?», se preguntó. No, era solo su cabeza; su dolor por el desprecio que le había mostrado Eliot Erenson, su padre. Era el desasosiego, la soledad, el desamparo, el miedo. Eran sus emociones recordándole que estaba sola, que no tenía nada, porque lo vivido hasta entonces era poco más que un mal chiste. Una prueba que no había superado.

Su vida —la de verdad— acababa de empezar, una vida distinta marcada por aquella lacerante herida en el dorso de la mano. Una vida en la que solo dependería de ella misma, de lo que pudiera conseguir por su cuenta, de sus ganas de luchar a pesar del miedo, a pesar de sus pensamientos, de su propia mente... Una vida basada en su empeño y valía. Una vida que, por otra parte, no duraría mucho si los pulmones no le aguantaban el ritmo.

Los árboles empezaban a separarse y la frondosidad del bosque disminuyó, las hojas dejaron pasar más luz, y eso solo podía significar una cosa: otro camino. En aquel momento, estaba convencida de que el azar, definitivamente, jugaba en su contra.

Sus pies se encontraron sobre otro despejado sendero antes de que pudiera impedirlo y cruzó rápidamente para volver a perderse entre los árboles del otro lado. El monstruo rugió a su espalda, la arena del sendero voló cuando lo oyó derrapar y el polvo llegó hasta donde estaba ella.

Él estaba tan cerca y ella tan agotada...

Estaba perdida.

Seguía corriendo, pero se movía cada vez más despacio. Sus piernas pesaban demasiado y el simple intento de respirar resultaba doloroso.

El suelo tembló de nuevo, y chocó de frente contra un árbol. Algunos troncos cayeron a su alrededor como fichas de dominó. Se detuvo conmovida de cuál sería su destino. Aquel temblor quería decir que algo más había caído del cielo, de los árboles o de alguna otra parte. Aquel temblor quería decir que su tiempo se había terminado.

Se dio la vuelta con dificultad ayudándose con sus magulladas manos, su cuerpo prácticamente rodó sobre el árbol que, ahora, tenía a sus espaldas. Y frente a ella, tendido en el suelo con la

cabeza hacia atrás y una profunda raja en el gaznate, el monstruo que se suponía que iba a matarla.

Erin se llevó la mano al corazón al contemplar la escena. Efectivamente, había algo más allí con ellos. Algo que, pese a su forma humana, tenía que ser un monstruo. Porque solo un monstruo sería capaz de matar a otro.

El desconocido mantenía agarrado el cráneo de aquel ser al que acababa de degollar mientras recogía su sangre en un pequeño frasco traslúcido.

Erin lo observaba sin dar crédito a lo que estaba sucediendo. Buscó garras, colmillos, cuernos... Cualquier cosa que lo revelara como amenaza. Pero, salvo por su impresionante estatura, no parecía tener nada distinto a lo que pudiera poseer ella en su propio cuerpo. Observó sus ropas, eran oscuras, aunque limpias y elegantes. También su postura denotaba una actitud distinguida, refinada... Puede que hasta aristocrática. El modo en que se movía, incluso a pesar de estar recogiendo la espesa sangre de aquella horripilante criatura, era condenadamente hipnótico. Cada gesto denotaba seguridad, confianza, puede que también costumbre. Desde luego, no era su primera vez, aquel hombre sabía lo que hacía.

Cuando el frasco estuvo lleno, dejó caer la cabeza del monstruo, tapó el recipiente con un corcho y lo guardó en uno de los bolsillos de su ahora ensangrentado chaleco. Luego saltó desde la espalda de la criatura, recogió el puñal con el que Erin supuso que le había cortado el cuello y comenzó a limpiarlo con la manga de su camisa.

Ella lo observaba sin perder detalle. Apenas pestañeó.

Continuaba absorta en la gracilidad de sus movimientos, en la templanza de sus ojos, en la serenidad que derrochaba su actitud.

El desconocido levantó la mirada hacia ella y la apartó deprisa, como si se hubiera quemado al hacerlo. Aquello, sin embargo, sí parecía algo nuevo para él. De algún modo, la presencia de Erin había logrado perturbarlo. Sin perder la compostura, respiró profundamente y se concentró en eliminar la sangre del hermoso puñal con empuñadura de marfil.

Erin se sintió desconcertada, no sabía si debía agradecersele o salir corriendo. Después de todo lo vivido, debería haber optado por la segunda opción sin dudarlo. Los humanos que conocía habían resultado ser, en su mayoría, un absoluto fiasco. Sin embargo, por peligroso que pudiera ser —y obviamente lo era, o no hubiera logrado semejante hazaña—, le había salvado la vida. ¿Por qué? ¿Por qué arriesgarse por ella? ¿Por qué proteger a lo que, según su propia mano, la sociedad tildaba de monstruo? Y, sobre todo, ¿cómo?

Al final, como siempre, le pudo la curiosidad.

—¿C-cómo lo...? —Él volvió a mirarla y ella perdió el habla por un instante—. ¿Cómo lo has hecho?

El hombre guardó el puñal en una funda que cargaba en su cinturón.

—Le he rajado el cuello —respondió con voz queda. Como si no fuera evidente.

—Eso ya lo veo —dijo ella.

Él arqueó una ceja como si no entendiera la pregunta.

—Quiero decir que cómo has conseguido hacerlo —aclaró—. ¿Cómo te has acercado sin que se diera cuenta? ¿Cómo has saltado sobre él? ¿Cómo has...?

—Resulta sencillo cuando hay un señuelo. —Su boca se torció en una media sonrisa.

Erin levantó las cejas. Estaba tensa, nerviosa... Como si, de pronto, necesitara un manual para saber cómo actuar.

—¿Eso soy yo? ¿Un señuelo? —preguntó.

La sonrisa del chico se amplió. Era bonita, desde luego. Él en sí tenía algo, Erin no sabría decir el qué, pero le resultaba intrigante. No debía de ser mucho mayor que ella, aunque por su altura bien podía parecer descendiente de un gigante milenario. Si no alcanzaba los dos metros, andaría cerca.

—Un señuelo muy rápido —añadió señalándola con el dedo.

Ella sonrió.

—Supongo que entonces no debo agradecértelo, ¿no?

Él entrecerró los ojos al mirarla, algo confuso.

—Cazador —dijo señalándolo a él—, señuelo —se señaló entonces a ella misma—. Trabajo en equipo.

Él rio.

—¿Cazador? —preguntó extrañado.

—Es lo que has hecho, cazarlo.

Él negó con la cabeza.

—Solo he puesto fin a su triste existencia —dijo como si no estuviera orgulloso de lo que acababa de hacer.

Cuando se percató del silencio incómodo de Erin, levantó la mirada hacia ella.

—Y de paso te he salvado la vida —añadió bromeando.

—Minucias... —respondió ella en el mismo tono.

Entonces, Erin recordó el frasco que había guardado en su chaleco.

—¿Para qué quieres la sangre? —inquirió intrigada.

Él pareció algo incómodo con la pregunta. Todo lo incómodo que podía resultar alguien con la valentía suficiente como para enfrentarse a un monstruo de los Caminos del Azar.

—Digamos que sí soy una especie de cazador. —No dio más explicaciones al respecto.

Se quedaron unos segundos mirándose a los ojos. Él quería cambiar de tema y ella saber más. ¿Se dedicaba a eso? ¿Había matado a aquella criatura por simple costumbre? ¿Se había fijado siquiera en la marca de Erin? ¿Se asustaría al hacerlo?

Había muchas preguntas, aunque intenciones opuestas.

Solo el más rápido decidiría.

—¿A dónde te diriges?

Ganó él.

Erin se encogió de hombros.

Él negó con la cabeza esbozando una sonrisa.

—No debes quedarte mucho tiempo aquí, ¿sabes? Ya habrás deducido que no es un lugar seguro —dijo.

Ella miró de soslayo el cadáver del monstruo.

—Algo he notado, sí.

Le costaba hablar con él, era como si las palabras se le resistieran y su mente fallara en la tarea de encontrar las respuestas adecuadas. Ninguna era lo suficientemente buena. Ya había demostrado ser una cobarde, tenía miedo de quedar también como una imbécil.

Él sonrió.

Maldita sea. Erin deseó que dejara de hacerlo.

Sintió el fuego en el dorso de la mano derecha y la cubrió de prisa con su otra mano al recordar lo que había escrito en ella. No le hacía especial ilusión que nadie viera aquella despreciable marca.

—Vayas a donde vayas, te va a resultar complicado pasar desapercibida —dijo él de repente recorriéndola con la mirada.

Ella se sonrojó, aunque pronto se percató de que no era ningún cumplido, sino una apreciación completamente lógica. Había perdido tres cuartos de falda.

—Mierda... —maldijo Erin.

Él tenía razón. No existía ciudad alguna a la que pudiera acudir con aquel aspecto. La tomarían por una cualquiera. Aunque, al fin y al cabo, suponía que eso era ahora. Una repudiada, un engendro, un monstruo.

—Tranquila —dijo él con voz suave mientras se llevaba las manos al cuello para desanudar su capa—. Esto servirá.

Erin observó sorprendida cómo se la ofrecía.

—Es decir, si quieres... —comentó al ver que no hacía nada por cogerla.

«Imbécil», se dijo Erin, convencida de que, si quedaba alguna duda, acababa de demostrarlo. Se había quedado bloqueada por el ofrecimiento. Tomó la capa con la mano izquierda e hizo virguerías para colocársela alrededor de la cintura a la vez que intentaba ocultar la marca que ardía todavía sobre su piel.

—Gracias —murmuró concentrada en anudarla.

—Toma esto también.

Erin levantó la cabeza y vio como le tendía el puñal con el que había matado al monstruo.

—¿Qué? —preguntó casi escandalizada—. No puedo aceptarlo, lo necesitas.

Él volvió a sonreír.

Ella volvió a maldecirlo por ello.

—Tengo más —repuso—. Aunque espero que no te haga falta.

Continuaba algo indecisa, pero Erin finalmente lo cogió. Estaba caliente, todavía conservaba el tacto del cazador. Tan solo rozar el marfil, liso y ligero, ya experimentó aquella agradable sensación: familiaridad.

—Se llama Corazón y es tuyo. —Su voz se quebró ligeramente al decir aquello.

Erin observó sus ojos, que miraban vidriosos el puñal.

—Quédatelo —dijo devolviéndoselo—, parece importante para ti.

Él lo rechazó empujándolo de nuevo hacia ella.

—Insisto.

Su voz sonó tan firme que casi parecía estar ordenándole que se lo quedara.

Erin no se resistió más.

Él comenzó a quitarse el cinturón en el que lo portaba, lo desabrochó y se arrodilló ante Erin. Levantó la vista para mirarla como si le estuviera pidiendo permiso para algo. Ella tardó un poco en entender que pretendía apartarle la falda. Es decir, la capa.

No leía demasiado bien sus intenciones, quizá fuera fruto de los nervios, pero el hecho de que le hubiera salvado la vida la empujaba a confiar en él. Al final, asintió.

Él apartó ligeramente la tela de la capa y empezó a enrollar el cuero del cinturón alrededor de su muslo. Hizo una mueca de dolor al observar de cerca las heridas de sus piernas.

—Siento no tener ningún ungüento —se lamentó.

—No te preocupes —respondió ella rápidamente—, ese puñal será más que suficiente. Aunque... ni siquiera sé si sabré utilizarlo.

Él continuaba anudando el cinturón a su muslo.

—No lo cojas hasta que hayas dejado de correr, agarra con fuerza el mango y clávalo cuando estés lo suficientemente cerca —explicó.

—¿Eso es todo?

Él le pidió el puñal, lo colocó en su funda y se levantó hasta que la mirada de Erin quedó a la altura de su pecho. Un pecho amplio en el que no había reparado hasta entonces. Tuvo que echar la cabeza hacia atrás para poder mirarlo a los ojos. También ellos resultaron una sorpresa, oscuros como su pelo, profundos y escondidos bajo unas espesas cejas.

—Eso es básico —dijo en tono jocoso—, pero bastará por el momento.

Luego extendió el brazo y señaló hacia los árboles que había a espaldas de Erin. Ella se giró despacio para escuchar sus indicaciones.

—Sigue recto en esta dirección, no te desvíes. Guíate por los arándanos rojos. Llegarás a Conburg antes del anochecer.

Volvió a mirarlo.

—¿Por qué me ayudas? —preguntó por fin.

Él la observó en silencio durante un instante y luego apartó la mirada hacia el bosque de nuevo.

—Este mundo es complicado —fue todo lo que dijo, pero sus ojos parecían esconder algo. Probablemente, conocía mucho más de lo que Erin podía siquiera imaginar, una sabiduría que,

con el poco tiempo que llevaba expuesta al mundo real, se escapaba de sus manos.

—¿Dónde irás tú? —quiso saber ella.

El chico agachó la cabeza y comenzó a jugar con sus guantes.

—Tengo que cazar un poco más, pero no te preocupes. —Entonces, la miró a los ojos—. Estaré lo suficientemente cerca cuando me llames.

Ella arqueó una ceja.

—¿Cómo voy a llamarte? No sé tu nombre.

Él esbozó una última sonrisa antes de tenderle uno de sus guantes. Erin se quedó de piedra mirando aquel pedazo de tela que rozaba su mano derecha. Sí, la derecha. Se había enfrascado en aquella conversación y había olvidado por completo ocultar la mayor de sus vergüenzas.

Sintió la humillación tiñendo de rojo sus mejillas.

—No eres ningún monstruo —dijo él, que parecía estar leyéndole la mente.

Erin no se atrevió a mirarlo. No quería su compasión.

—Créeme, sé un poco de eso —añadió señalando hacia el cadáver que había a sus espaldas.

Ella agarró el guante, todavía sin levantar la mirada, y lo estrujó con fuerza entre las manos.

—Gracias —repitió con más peso que nunca.

Oyó los pasos del cazador, sintió el espacio expandiéndose, la distancia entre ellos... Se estaba alejando.

—Por cierto, me llamo Levi.

Y aquellas palabras sonaron tan dulces que su nombre resultó casi etéreo. Tan etéreo que cuando ella levantó la cabeza para decirle el suyo, el cazador, Levi, había desaparecido.

IV

MADRE

Salir del bosque fue mucho más sencillo con las indicaciones de Levi, aunque no por eso resultó menos peligroso. El miedo a ser atacada por otro monstruo permanecía con Erin. Se mantuvo alerta durante todo el tiempo, caminó despacio, con cautela, se detuvo con cada sonido y observó el más mínimo atisbo de movimiento.

Ser una repudiada era una condena para la que ninguna muchacha estaba preparada. Sobre todo, porque lo único para lo que las preparaban era para resultar agradables a la vista de los Señores de la Sorpresa y después a la de sus correspondientes esposos. Si no lo conseguían, si no eran elegidas, su destino estaba claro. Aunque, por supuesto, se lavaban las manos dejando que el modo de morir lo decidiera la suerte.

Estando en aquella situación, en el bosque, cerca de los Caminos del Azar, habiendo transitado por alguno de ellos y sido perseguida por uno de los monstruos de las leyendas, Erin se preguntó cómo habría sido para su tía. ¿Cómo habría llevado Rym su destierro? ¿Habría logrado sobrevivir o habría sucumbido sin remedio?

Cuando observó que los árboles empezaban a quedarse a su espalda y los matorrales eran cada vez menos frondosos, Erin anduvo con cuidado de no volver a romperse la falda. O, mejor dicho, la capa que Levi le había prestado. Seguía sorprendida por semejante consideración, después de todo, la mayoría de las personas que había conocido hasta entonces no eran más que monstruos que se esforzaban por cuidar su apariencia.

Conburg no era una ciudad demasiado distinta de Lander, aunque no le parecía igual de bonita. Ni de lejos. Las dos estaban rodeadas por los árboles del bosque por el que discurrían los Caminos del Azar, las dos estaban protegidas por los Señores de la Sorpresa y, por lo tanto, las dos estaban sometidas al ritual de la conquista.

Tenía que andarse con ojo, puesto que los ciudadanos no pasarían por alto la marca de su mano. Acarició con cuidado el cuero de aquel guante; le venía un poco grande y le raspaba en una herida que, por suerte o por desgracia, continuaba demasiado reciente. Pero el simple hecho de acariciarlo la reconfortaba. Le recordaba que todavía existía bondad en el mundo, gente que no creía en que la valía de una muchacha se midiera por su belleza o su capacidad de encandilar a un lord todopoderoso.

Por apariencia, por edad, podía pasar todavía por alguien menor de veintiuno, pero nadie se

creería que los padres de una chica tan joven le hubieran permitido viajar sin compañía. Así que tenía que pensar en algo, un modo de pasar inadvertida y parecer una simple ciudadana más.

Por primera vez en su vida, optó por recogerse el pelo. Esa larga y lacia melena negra no lucía igual en una trenza, pero resultaría menos llamativa así, eso desde luego. Sacudió los hierbajos adheridos a su vestido y se preparó para volver a la civilización.

Su plan era intentar llegar hasta alguna casa cercana sin ser detectada, colarse y robar algo de ropa, preferiblemente masculina. Si conseguía vestirse como un hombre sería más difícil que la gente la reconociera como una repudiada.

Había ambiente en la ciudad, al menos en la zona en la que había aparecido. No sabía con seguridad si aquello le facilitaría las cosas para pasar desapercibida o todo lo contrario, pero no tenía más opción que intentarlo.

Por lo visto, era día de mercado. El aroma a especias y otro tipo de fragancias colmaba el aire mientras los vendedores intentaban atraer a la gente gritando sus ofertas. Supo entonces que no se encontraba en un barrio rico como aquel en el que había vivido durante toda su vida en Lander, pero tampoco en el más pobre. Los mercados siempre tenían lugar en las calles de un barrio intermedio, aquel en el que vivían las trabajadoras de las casas más adineradas, puesto que compraban para ellas mismas y para sus jefes.

Erin solo había visitado en una ocasión el mercado de Lander, tenía seis años y su tía Rym decidió llevarla con ella. Rym siempre estaba preocupada por lo que pasaría con Erin cuando ella ya no estuviera, solía decir que no quería que se quedara en la jaula de oro que habían dispuesto para su sobrina. Erin era muy pequeña, por lo que apenas recordaba aquella visita más que por la manzana que su tía le regaló y los gritos que su padre profirió a Rym a su regreso. No era lugar para señoritas, eso era lo que siempre repetía Eliot.

Pero ya no debía de tener problema con eso, puesto que, para él, Erin no era ninguna señorita, sino más bien un «monstruo».

Se infiltró entre los ríos de gente y avanzó rápidamente mirando todas y cada una de las casas por las que pasaba en busca de una puerta abierta, aunque fuera un simple resquicio.

Tardó un poco, y aunque no fue una puerta lo que encontró, sí que dio con la verja de un jardín abierta de par en par, como si estuviera llamándola a gritos. Erin miró a su alrededor para asegurarse de que nadie la estuviera observando y avanzó directa hacia el jardín. Apenas cruzó la verja se escondió tras un gigantesco rosal que empezaba a florecer. Las espinas del bosque seguían demasiado presentes en su memoria como para acercarse más de la cuenta a dicha planta, pero aguardó unos segundos agazapada junto a ella para calmarse y continuar con el plan.

Si no había puerta abierta, tendría que buscar una ventana. Las de la planta baja estaban cerradas, como cabría esperar. Sin embargo, en el primer piso, justo encima del techado del pequeño porche trasero, una cortina se movía salvaje con la brisa.

Erin tomó aire despacio antes de levantarse y se convenció de que era capaz de hacerlo. Correr se le daba bien, había quedado más que demostrado, pero no tenía tan claro cómo llevaría lo de trepar. Se acercó al porche, se arremangó la falda y apoyó un pie sobre la barandilla mientras se agarraba a uno de los postes de madera del techado para impulsarse. Ya estaba de pie sobre la barandilla, pero no podía quedarse ahí mucho tiempo o la descubrirían. Tanteó con las manos la distancia que la separaba del pequeño tejado que había sobre su cabeza; no era demasiada, pero seguía sin parecerle una tarea sencilla. Se aferró con fuerza y empujó para elevar el cuerpo hacia arriba. No funcionó, sus brazos no eran lo suficientemente fuertes, y un par de tejas cayeron sobre la hierba del jardín. Erin suspiró aliviada al comprobar que la caída había sido amortiguada por las plantas y, por lo tanto, no habían llegado a romperse. Ni a alertar a nadie.

Lo intentó de nuevo. Se aferró al tejado, inspiró profundamente y se ayudó con los pies dando un salto para impulsarse. Luego, sus brazos hicieron el resto. Se plantó sobre el techado, aunque no sin dificultad, y apoyó los brazos para evitar rodar hacia abajo. Hacia la misma hierba sobre la que habían caído las tejas.

El cuerpo continuaba doliéndole, no había dejado de hacerlo desde que salió del bosque. Y, por alguna razón, tenía la sensación de que siempre dolería. De nuevo, era el miedo quien atormentaba su mente con pensamientos sobre cómo sería su vida, sobre la condena que suponía ser una repudiada. Erin temía pasar el resto de su vida huyendo, la simple idea le cortaba la respiración, pero era solo eso: una idea. Y tenía que ser consciente de ello.

A pesar del dolor y las ganas de detenerse, descansar y fingir que el mundo continuaba girando tan despacio como siempre, apoyó las manos en el tejado, sintió la calidez que las tejas le habían robado al sol y abrazó la oportunidad de poder seguir adelante.

—Bien —murmuró al comprobar que estaba a salvo.

Se acuclilló sobre el tejado y caminó con cautela hacia la ventana que continuaba abierta. Se asomó para asegurarse de que no había nadie en el interior de la casa. Era un cuarto de bebé, una habitación pequeña pero luminosa con muebles discretos y centenares de telas de todo tipo, que emanaba un intenso aroma a inocencia. De nuevo, se le encogió el corazón. Y, sin saber bien por qué, una parte de ella deseó que aquel bebé no fuera una niña. Después se culpó por ello.

Cuando hubo comprobado que no había peligro alguno, se decidió a entrar. Aunque de un modo algo más torpe del que esperaba. Tropezó con el moisés que descansaba junto a la ventana, este se movió ligeramente golpeando la mesita con la que lindaba y provocando la caída de lo que había sobre ella: un estruendoso sonajero y un par de toallas salvavidas. Al menos, así las percibió Erin, porque fueron ellas las que amortiguaron la caída del condenado juguete que podría haberla delatado.

Permaneció inmóvil durante unos segundos aterrada ante la idea de que alguien hubiera podido descubrirla. Pero no había bebé en la cuna que pudiera llorar ni se oyó vida alguna en los instantes que siguieron.

Soltó el aire y se animó a cambiar de habitación. Si había un bebé, habría un padre. Y si había un

padre, habría pantalones.

Salió al pasillo y avanzó hacia la habitación del fondo sin despegarse de la pared por miedo a que pudieran descubrirla a través del hueco de la escalera. El silencio se rompió con la dulce nana que provenía de la planta baja.

Extremó las precauciones. Sus pasos se volvieron aún más lentos, trató de moverse con el mayor de los sigilos, pero su estómago la traicionó. El muy condenado rugió recordándole que no había comido desde hacía casi veinticuatro horas.

Contuvo la respiración, aunque la calma había desaparecido. La nana se interrumpió y oyó pasos en la salita, se olvidó de la lentitud —aunque no del sigilo— y corrió hacia la habitación del fondo del pasillo.

Bingo.

Al menos, había encontrado el cuarto del matrimonio, pero no le importaba su cama o las joyas que pudieran guardar en el tocador, Erin solo quería un par de pantalones y, a poder ser, un sombrero.

Entrecerró la puerta tal como la había encontrado mientras los pasos ascendían por los peldaños de la escalera. Eran firmes, aunque no pesados, lo cual, sumado a la melodía que había oído antes, consideró evidencia suficiente como para pensar que se trataba de una mujer.

Y, aunque aquello no fuera garantía de nada en absoluto, respiró aliviada.

Encontró una puerta al lado del tocador y avanzó hacia lo que dedujo que sería un armario. La angustia se alojó en su garganta al pensar en lo que se disponía a hacer; no creía que hubiera salida alguna en aquella sala, por lo que, una vez dentro, estaría atrapada. Tendría que vestirse y esperar a salir cuando la mujer hubiera comprobado que no había nadie en la casa, pero ¿y si la descubrían? ¿Y si localizaban a una de esas mujeres marcadas como despojos para la sociedad? ¿Qué harían con ella? ¿Qué sucedía con las repudiadas?

No quiso pensar en eso. Se metió en el armario y agradeció la luz que entraba a través de una diminuta ventanita situada sobre la puerta. Sabía que la mujer comprobaría el armario, así que se escondió entre los vestidos que colgaban de las perchas.

La puerta chirrió mientras Erin aguantaba la respiración.

No se movió. Ni siquiera parpadeó durante los pocos segundos que duró aquella inspección. La mujer no puso demasiado empeño. Erin oyó como sus delicadas manos acariciaban las prendas sin demasiado interés y continuaba canturreando la misma nana de manera distraída. No estaba alterada, ni siquiera nerviosa, casi parecía comprobarlo todo de un modo automático.

Cuando se cerró de nuevo la puerta, Erin soltó el aire contenido y se relajó dejándose caer contra la madera que cubría las paredes. Los pasos al otro lado del armario se alejaron amortiguados por la horrorosa moqueta verde que cubría el suelo.

Esperó un poco más antes de salir en busca de aquel ansiado par de pantalones, pero cuando por fin lo hizo, se encontró con un nuevo inconveniente. La desmesurada talla que usaba el hombre de la casa.

Una vez más, agradeció haberse encontrado con Levi en el bosque.

Desabrochó el cinturón que él mismo había enrollado en su muslo, se quitó la capa, se puso los pantalones y utilizó el cinto para ajustarlos a su cintura. El peso de Corazón contra sus caderas le confería una seguridad que necesitaba desesperadamente en aquellos momentos.

Agarró la capa y la observó con cariño. No la dejaría allí, no solo por no dejar pruebas, sino porque no quería deshacerse de un regalo como aquel. Además, le vendría bien para seguir ocultándose.

Se tomó la libertad de robar también una camisa. Quién lo iba a decir, Erin Erenson convertida en una ladronzuela de tres al cuarto. Pero lo devolvería, se dijo a sí misma convencida. Lo devolvería.

Se puso la camisa sobre los restos de su vestido y la dejó suelta para ocultar el puñal que llevaba en los pantalones. Luego, se anudó la arrugada capa de Levi al cuello y se cubrió la cabeza con su capucha.

Estaba lista. Ahora solo tenía que salir rápido de allí.

Agarró el pomo de la puerta, respiró hondo y contó hasta tres luchando con todas sus fuerzas contra sí misma, contra su propia cabeza. Era increíble la velocidad a la que podía trabajar su mente en lo que a crear miedos se refería. Apenas había llegado al dos y ya se había visualizado siendo atrapada de unas siete formas distintas. Pero lo peor vino antes del tres, cuando la imagen de su propio cadáver le asaltó la mente. Por suerte, nada de aquello logró amedrentarla. Cuando la voz de la resistencia sonó en su cabeza y pronunció el número tres, Erin abrió decidida. Sin titubear.

Corrió hacia el cuarto del bebé sin mirar a ninguna parte. Era como un caballo con anteojeras, solo existía un camino al que mirar, solo uno por recorrer. Avanzó dispuesta a saltar por la misma ventana por la que había entrado, pero apenas puso un pie en aquella acogedora habitación, se vio obligada a retroceder.

—¡Quieta! —gritó la mujer armada con un tronco de madera.

Erin levantó las manos en señal de rendición.

—Lo siento. Yo no... —empezó a decir.

—¡Cállate! —le ordenó la mujer—. ¿Quién eres? ¿Qué haces aquí?

Erin respiró una vez más.

—Ya me marchaba.

La mujer la estudió con interés. Los ojos entrecerrados y el ceño fruncido. Movi6 ligeramente la cabeza para apartarse los rizos que habían caído sobre su rostro. Se detuvo al ver el guante que ocultaba la mano derecha de Erin.

Ella bajó la mano y la escondió tras su espalda al sentirse descubierta.

La mujer suspiró y bajó el palo que usaba como arma.

—Te estás escondiendo —dedujo.

Erin guardó silencio.

La mujer avanzó y dejó el tronco apoyado en la pared, junto al moisés.

—No tienes de qué preocuparte, no voy a delatarte —añadió, sentándose en la mecedora que había frente a la ventana.

Erin la observaba con curiosidad. Sentía que podía confiar en ella, pero tampoco quería causarle problemas.

—¿Tienes hambre? —preguntó la mujer al tiempo que rebuscaba entre los cajones de la mesilla que tenía junto a ella.

Tenía que marcharse. Parecía una buena persona, y si descubrían que había ayudado a una repudiada... No podía complicarle la vida de ese modo.

—Aquí está —dijo volviendo a erguirse con una pequeña caja de metal entre las manos.

Un delicioso aroma a canela sacudió a Erin cuando la mujer abrió la cajita para enseñarle las galletas que guardaba en su interior.

—Las he hecho yo —dijo con una sonrisa, ofreciéndoselas.

Erin no se movió.

—Tengo que marcharme —respondió.

La mujer extendió aún más los brazos con ánimo de insistir.

—No te irás sin comer —contestó tajante, casi resultó una amenaza—. Siento no poder ofrecerte gran cosa.

Claro que no podía, seguramente le pagaban una miseria por atender la casa de cualquier señor ingrato y petulante. Cualquier señor como su padre.

La mujer se levantó y caminó hacia Erin, que sintió el impulso de retroceder una vez más. Pero

ella estaba sonriendo, una sonrisa amable e indulgente que le derritió el corazón. Era una repudiada, ya era hora de asumirlo, y, como tal, no tenía ni idea de cuántas veces en su vida volverían a sonreírle así. Quizá ninguna más.

La tomó del brazo y la guio con cariño hasta la mecedora dejando la caja de galletas en su regazo.

—Come —dijo con gentileza e inclinándose hacia ella para retirarle la capucha.

Erin no se veía capaz de seguir rechazando aquellas galletas cuyo aroma ya le había hecho salivar, así que accedió a comer. La mujer se echó hacia atrás con cara de satisfacción.

—Eres muy joven —observó mientras Erin seguía comiendo—. ¿Cuánto hace que pasaste el límite?

Entonces se acordó. Era su cumpleaños. El peor de su vida, desde luego. Tan horrible que incluso lo había olvidado. Hasta entonces, sus cumpleaños habían sido el día más esperado del año para ella, su madre preparaba un delicioso pastel de zanahoria y su padre llegaba a casa con regalos. Muchísimos regalos. Aunque, a partir de los quince, dejaron de ser los que ella quería y fueron sustituyéndose por los que debería querer. En lugar de libros o dulces, le trajeron vestidos, joyas o nuevos accesorios para el pelo. Regalos igualmente hermosos que en un principio apreció, aunque pronto empezó a entender lo que realmente eran: indirectas. Sugerencias no demasiado sutiles para indicarle que debía cambiar, que tenía que centrarse en lo verdaderamente importante: resultar atractiva para algún Señor de la Sorpresa.

Y entonces, cuando entendió lo que eran en realidad aquellos regalos, fue cuando empezó a sentir aquellas cuerdas invisibles alrededor de su alma. La observaban, día y noche. La estudiaban y analizaban decidiendo si era o no digna de su atención. Nunca más volvió a sentirse libre.

Masticó con amargura aquellas deliciosas galletas mientras se esforzaba por contener las lágrimas. Miró a la mujer con la esperanza de que no se hubiera dado cuenta y entonces se percató: continuaba esperando una respuesta. Una respuesta a una pregunta que ella prácticamente había olvidado.

Tiempo. La mujer quería saber cuánto tiempo llevaba siendo un «monstruo».

—Anoche me repudiaron —contestó después de tragar.

La mujer pareció horrorizarse por un instante, aunque pronto volvió a la normalidad.

—Feliz cumpleaños, querida —dijo con dulzura.

Erin sonrió antes de llevarse la siguiente galleta a la boca.

—Sé que no vas a creerme —siguió diciendo la mujer—, pero es mejor que no te hayan conquistado.

Erin arqueó una ceja sin dejar de observarla.

La mujer le dedicó media sonrisa. No es que hubiera deseado ser conquistada por uno de los Señores de la Sorpresa, pero tampoco consideraba que su vida ahora fuera a ser mucho mejor.

—La conquista es por un tiempo limitado —comentó Erin—, el rechazo es para siempre.

—La conquista puede ser como dices, pero el trauma, aunque es una herida que no puedes ver, es eterno —respondió ella.

Ambas se miraron fijamente durante un buen rato, como si trataran de leerse la una a la otra.

La mujer había sido conquistada, sabía de lo que hablaba, y, para sorpresa de Erin, no tenía miedo de decirlo. Solo había escuchado a alguien cuestionar las cosas antes, aunque Rym no tenía pruebas de lo que decía.

Erin se comió la última galleta antes de ponerse en pie.

—Debo marcharme —repitió—. No quiero causarte más problemas.

La mujer sonrió con indulgencia.

—No me has causado ninguno.

Erin se dio la vuelta para volver a salir por la ventana, pero algo la retuvo. Miró su muñeca, la mujer se había aferrado a ella con firmeza.

—Hay un modo de librarte de la marca —comenzó a decir en voz baja—. Cruza el puente que encontrarás al final del mercado y sigue calle abajo hasta topar con los primeros matorrales. Creerás que es el linde con los Caminos del Azar, pero no. Avanza entre los árboles y no pierdas de vista los arándanos rojos.

Erin la observó incrédula. ¿De verdad le estaba confiando algo como aquello? ¿Era consciente del precio que tendría que pagar por semejante traición? ¿Era siquiera verdad lo que acababa de decirle?

Como de costumbre, le pudo la curiosidad.

—¿Qué se supone que debo encontrar?

La mujer sonrió.

—Él te encontrará a ti —respondió—. Tú busca el árbol de flores violetas y cuando llegues, di que vas de mi parte.

—¿De parte de quién exactamente? —quiso saber Erin al percatarse de que todavía desconocía el nombre de aquella mujer.

—Edna, Edna Remen.

Sintió como aflojaba el agarre de su muñeca, pero, cuando observó la mano de la mujer, se percató de aquellas letras grabadas en su carne. No era posible.

Abrió la boca para preguntar, pero Edna fue más rápida. Y más sensata.

—No tienes tiempo —le recordó con sonrisa benévola—. Ahora márchate, mi marido no es tan comprensivo con los ladrones —bromeó.

Erin le devolvió la sonrisa antes de salir por la ventana sin dejar de pensar en la sensación que le recorría el cuerpo. Era..., era reconfortante, aunque peligroso e inquietante. Esa mujer, una mujer casada y con hijos, ¿era una repudiada?

Cruzar el puente, caminar por las calles de aquella ciudad e intentar pasar desapercibida fue todo un reto. Sentía la tensión pellizcando cada uno de sus músculos, pero saber que no tenía otra opción la empujaba a seguir andando.

Y por loco que fuera, al contrario de lo que le sucedía a la mayoría de la población, Erin rezaba por regresar al bosque. Por volver a exponerse a los monstruos de verdad, los que no parecían en absoluto humanos, los que no atacaban a sus propios hermanos. Los monstruos decentes.

Ya casi lo había conseguido. Veía los primeros matorrales a lo lejos y el final del camino de piedra sobre el que caminaba. Veía las copas de los árboles e intuía el rojo de los primeros arándanos. Pero, de pronto, dejó de ver nada...

V

BENEFACTOR

La cabeza todavía le daba vueltas cuando trató de abrir los ojos. Apenas lo logró, una simple rendija reducida más todavía por el efecto de sus prominentes pestañas. Tampoco sus oídos parecían responder, era como si tuviera la cabeza metida bajo el agua. Sabía que no estaba sola porque oía voces —bastante agudas, por cierto—, pero le resultaba complicado entender lo que decían.

Se mezclaban gimoteos —quizá sollozos— con risas. Erin lo volvió a intentar y sus párpados cayeron de nuevo hasta cerrarse. Pesaban.

—¿Y esta qué?

Al menos, sus oídos empezaban a despejarse. Aunque su cabeza todavía parecía estar a punto de estallar, aún podía sentir el golpe con el que la habían noqueado.

—Es para la tanda de esta noche —respondió otra voz.

Estaba tumbada, tendida con una tela extremadamente suave que acarició despacio con la yema de los dedos.

—Está hecha un asco —comentó la anterior.

Ambas rieron.

—Es una repudiada, una muy joven. Debe de haberse perdido por el bosque porque estaba llena de heridas —explicó una de ellas.

—¿Las has curado?

—¿Quieres que Alvin me mate? ¡Pues claro que la he curado! Y la he lavado, la he peinado, la he vestido... —comentó con gran hartazgo.

Erin por fin fue capaz de abrir los ojos. Había dos mujeres frente a ella que la observaban con cierto desagrado, pero sonrieron al verla despertar.

—Parece que ya ha dormido suficiente —dijo la más alta de las dos.

La otra asintió.

Erin echó un vistazo al lugar en el que se encontraba. Un ambiente cálido, lleno de candiles, velas y cortinas de gasa roja. Un aroma a jazmín le acarició la nariz.

Estaba acostada sobre una cama redonda y comodísima cubierta con sábanas de seda rosa y naranja. Y cuando miró sus piernas... ¡Qué espanto!

—¿Qué te pasa, niña? —preguntó la otra mujer, la del ceño fruncido—. ¿No te gusta tu nuevo atuendo?

—Echaré de menos la ropa de hombre que llevaba. Probablemente por eso no quiso conquistarla nadie —se burló la otra.

Erin lanzó una mirada a su mano derecha. El guante de Levi había desaparecido, igual que su capa, igual que Corazón... El suyo se le encogió en el pecho. Odiaba que la hubieran despojado de aquellos objetos, se sentía más vulnerable que nunca enfundada en aquel vestido blanco que dejaba tan poco a la imaginación. Y no solo por lo fina que era la tela, sino porque apenas contaba con una tira para cubrirle los pechos, y la falda tenía una raja tan larga que casi dejaba al descubierto sus partes más íntimas.

—Esperemos que ahora sea capaz de atraer la atención de algún cliente, porque si no Alvin nos culpará a nosotras —dijo la bajita.

—A ti, querrás decir —corrigió la otra, aunque no pareció hacerle ninguna gracia a su compañera—. Pero no te preocupes, las repudiadas tienen su público, y esta, ahora que está arreglada, es bastante bonita.

«Ahora que está arreglada». Cómo odiaba aquella frase, desde siempre. Como si hubiera estado rota hasta entonces. Apretó los dientes para forzarse a contener la rabia. Estaba despierta, pero seguía demasiado débil.

La bajita la estudió de nuevo con la mirada.

—¿Bonita? Si no la quisieron ellos, entonces no lo debe de ser —dijo al fin.

—Tienes razón —convino su compañera—. Ni siquiera las Horribles parecen haberse preocupado por ella.

Ambas rieron con malicia.

—Exacto. Incluso esas patéticas rebeldes la abandonaron a su suerte en el bosque.

Las Horribles... Erin había oído hablar de ellas. Aunque siempre que se había atrevido a preguntar, su madre había insistido en que no eran más que patrañas. No había nadie que ayudara a las repudiadas porque no necesitaban ayuda, su deber era asumir los designios de los Señores de la Sorpresa, y ellos nunca se equivocaban.

Rym siempre dijo que la que necesitaba ayuda era sin duda Ordana. Las hermanas se querían, pero la vida era completamente diferente para cada una de ellas. Erin pensó en lo que le había dicho Edna, en aquello del trauma que suponía la conquista, y se preguntó si esa era la razón por la que su madre actuaba siempre de forma tan extraña.

En aquel momento, un hombre no demasiado alto pero de aspecto vigoroso entró en la habitación. Las chicas cambiaron radicalmente de actitud y Erin dedujo por la tensión que reflejaban sus rostros que se trataba de ese tal Alvin.

—¿Se ha despertado ya nuestra joyita? —preguntó con voz cantarina.

Ambas mujeres asintieron.

—Perfecto. —El hombre echó una mirada hacia atrás y dos gigantescos muchachos entraron por la puerta a su orden—. Llevadla arriba, es su turno.

Erin no pudo hacer nada por resistirse, la tomaron por los brazos, la levantaron y la arrastraron por las escaleras mientras pataleaba inútilmente para intentar liberarse. Antes de abandonar aquel odioso cuarto, sus ojos detectaron un brillo familiar en el cinturón del que parecía ser el jefe. Ahí estaba. Corazón.

Empezó a oír jaleo. Risas y voces masculinas gritando improperios que jamás había oído antes. El mundo se estaba descubriendo ante ella como un lugar sórdido lleno de escondrijos para que los hipócritas que lo habitaban pudieran dar rienda suelta a sus más despreciables perversiones.

La arrastraron hasta una especie de tarima sobre la que caía prácticamente toda la luz del local. De pronto, todos la miraban. El silencio le resultó violento. No quería ni imaginar la clase de cosas que podían estar pensando al verla semidesnuda y completamente indefensa.

Estaba temblando. Era como estar expuesta ante un atajo de potenciales depredadores, ni siquiera en los Caminos del Azar se había sentido así. Y lo peor era que, si lo pensaba, solo estaba ante sus iguales. Aquello resultó más espeluznante todavía.

Erin se esforzó por mantenerse fuerte, por ocultar aquel miedo que empezaba a invadirla. Se abrazó a sí misma intentando cubrirse, protegerse de las depravadas miradas que la observaban, pero el tal Alvin subió al estrado para evitar que lo hiciera.

—No, nena —dijo clavando en ella una mirada voraz—. Tienen que ver la mercancía.

La bilis ascendió por su garganta. ¿Eso era ahora? ¿Mercancía?

Alvin se dio la vuelta para dirigirse al público que había ante ellos. Corazón brilló con un destello de luz y volvió a captar la atención de Erin.

—¡Señores! —gritó Alvin para que los presentes lo escucharan—. La siguiente pieza los dejará

maravillados. Les presento a una joyita landeriense recién repudiada. Que no los engañen los cortes en su piel, pronto estará tan tersa como antes.

—¡Diez señores de plata! —exclamó una voz al fondo.

Alvin soltó una risita algo condescendiente y Erin tembló al asimilar lo que estaba sucediendo.

Sintió que su cuerpo se paralizaba por momentos a medida que tomaba consciencia de la situación, de la imposibilidad de huir, de sus nulas posibilidades...

—Veo que no son del todo conscientes de lo que les presento —dijo él—. Es una fierecilla capturada en Conburg, aunque su piel olivácea, su lustrosa melena negra y sus profundos ojos oscuros delatan su verdadera procedencia. Con apenas veintiún años, desde Lander a Conburg, esta inmaculada señorita ha sobrevivido a los Caminos del Azar.

—¡Veinte señores de oro! —gritó otro.

Alvin volvió a sonreír.

—Empezamos a entendernos —comentó en tono sugerente—. Aunque quizá deba repetir la extraordinaria juventud de esta dama. Recién repudiada, de buena familia, completamente intacta, completamente... —realizó una pausa dramática que intrigó a los presentes mientras deslizaba sutilmente los dedos por los hombros de Erin— virgen.

Reprimió una arcada al contacto. Se sintió sucia, insultada, humillada...

—¡Setenta señores de oro! —oyó gritar Erin antes de volver a estremecerse.

Iban a venderla. La estaban subastando como si fuera un mueble, como si no tuviera derecho a la libertad, a la dignidad, a la vida. Como si no tuviera derecho a nada. Pero sí lo tenía. Quizá la sentencia estuviera dictada y la muerte fuera su único destino, pero siempre tendría derecho a elegir.

—El placer de estrenar semejante tesoro bien merecería una cifra más escandalosa —continuaba diciendo Alvin todavía tamborileando los dedos sobre los brazos de la muchacha.

Los ojos de Erin se concentraron en la empuñadura de Corazón. Aquel mango de marfil parecía llamarla con cada destello. Miró a su alrededor, los chicos que la habían llevado hasta allí se habían retirado lo suficiente como para que pudiera actuar antes de que la detuvieran.

—Una damisela educada, prácticamente una muñeca, no creo que merezca menos de... ¿tres cifras?

La voz de Alvin no era más que un ruido que sonaba de fondo en su cabeza. «Damisela educada», «muñeca», eso era todo. Erin era un objeto, un ser inanimado y vulnerable para él. No esperaba nada de ella.

—¡Está marcada! —protestó uno de sus clientes—. ¡No es más que otra de tus putas, Alvin!

Se oyeron varias risas después de aquello y Erin juraría haber oído rechinar los dientes del jefe.

Alvin se alejó de ella y caminó hacia el frente del escenario. Lo habían insultado, era obvio que aquello no le había sentado bien; la tensión salía a través de la rigidez de sus hombros, de la altivez de su mentón.

—Otra de las muchas que compras, Wilbo —respondió poniendo a prueba su autocontrol y provocando el silencio de la sala—. Marcada o no, el padre de esta joyita tiene más dinero que cualquiera de vosotros. Pensad en lo que podréis hacerle a su hija.

«Una lucha de egos», pensó Erin. Todo se reducía a eso. Por supuesto que no importaba su libertad o el hecho de que fuera un ser vivo, para ellos no era más que un trofeo, algo de lo que podrían fardar ante el resto.

No lo permitiría. No consentiría que los últimos días de su vida fueran como esclava de uno de aquellos monstruos. Ellos deberían llevar la marca, no ella.

Elegiría.

Aprovechó que todos la ignoraban, que nadie la tenía en cuenta como ser humano, y se abalanzó sobre Alvin para recuperar a Corazón. Fue relativamente fácil hacerlo al pillarlo de improviso. Aunque apenas le dio tiempo a llevar a cabo su cometido.

La hoja de Corazón rozaba la piel de su garganta, pero Alvin era muy rápido. Increíblemente rápido. Se abalanzó sobre ella y forcejearon. Los dos en el suelo rodando hacia ninguna parte. Ella deseando quitarse la vida y él peleando por no perder el dinero con el que ya había empezado a fantasear.

Sobrevino el caos. Erin ni siquiera era capaz de discernir si continuaban en el escenario, si las personas presentes se habían movido de su lugar, si tenía algún sentido lo que acababa de hacer. Todo era confuso y atropellado.

Pero entonces sintió la huella del puñal.

El filo de Corazón la acarició dolorosamente y su cálida sangre empezó a discurrir. Pero algo, algo más que la fuerza de Alvin, la obligó a parar. Fue como si su propio brazo le impidiera continuar, como si su cuerpo, por un instante, hubiera dejado de responder ante ella.

Alvin le arrebató el puñal y la forzó a levantarse agarrándola del pelo.

—¡Maldito engendro horroroso! —gruñó con rabia—. ¡Te enseñaré cuál es tu sitio!

Erin vio aquellos ojos. La violencia sangrando a través de ellos, la cólera, el odio y, sí, incluso la lujuria. Alvin estaba deseando hacérselo pagar, empezaba a disfrutar con la simple idea de castigarla.

—Suéltala. —Una voz grave se extendió desde el rincón más oscuro y apartado de la habitación.

Alvin miró hacia allí, aunque no para comprobar quién lo había dicho, sino más bien como para asegurarse de que de verdad era quien él creía que era.

—Tres mil señores de oro —añadió la voz.

Alvin sonrió. Le gustaba el dinero, le gustaba incluso más que la violencia, pero, aun así, fue fácil percibir la decepción a través de aquella sonrisa. Hubiera deseado desquitarse con ella, lo hubiera deseado por encima de aquellos señores de oro. Por lo que Erin dedujo que no solo se trataba de dinero, sino que había algo más en aquel hombre que se había ofrecido a comprarla. Otro tipo de poder que iba más allá del oro.

—¿Por este esperpento? —preguntó Alvin incrédulo. Y, según le pareció a Erin, algo acobardado.

—Mil por la fiera —dijo mientras se levantaba de su silla y dos hombres se movían para disponerse a su alrededor como auténticos guardias—. Y dos mil por el puñal.

No estaba segura de que la oferta le pareciera suficiente a Alvin, pero tenía tanto miedo en la cara que parecía dispuesto a aceptar cualquier cosa que viniera de aquel hombre.

—Ha sido muy generoso esta noche, señor Benefactor —dijo finalmente.

El hombre movió la mano restándole importancia.

—Atadla antes de entregármela, no quiero ningún incidente de camino a casa. —Parecía ser él quien daba las órdenes ahora—. Me disgustaría mucho —añadió en tono amenazante.

Alvin asintió. Y un instante más tarde, Erin sintió la aspereza de una cuerda amarrándole con fuerza las muñecas.

La habían dejado sin elección.

VI

VENDIDA

El traqueteo de la carreta era insufrible, pero era aún peor la presencia de aquel despreciable hombre. Había cuatro mujeres más acompañándolos, cuatro chicas que habían sido compradas como ganado por aquel ser que se hacía llamar el Benefactor. Sin contar a Erin.

Una de ellas lloraba sin descanso. Intentaba hacerlo en silencio, pero sus sollozos eran incontrolables. No debía de ser mucho mayor que Erin, seguramente unos pocos días o meses de ventaja. A él lo molestaban sus gimoteos, era fácil adivinarlo por las muecas de desprecio que le dedicaba, sin embargo, todavía no le había recriminado por ello. Quizá una parte de él se mostrara comprensiva.

La chica se sentaba junto al que ahora era su «dueño». Erin, que estaba justo frente a él, sintió náuseas al pensar en aquello. Las otras chicas guardaban silencio y mantenían la cabeza agachada. Todas menos una, que miraba con compasión a la muchacha que lloraba.

—Llora ahora —le dijo el Benefactor—. Pero no quiero oír un solo sollozo una vez crucemos el umbral de mi morada.

Entonces la chica tragó saliva y lloró más fuerte. Como si hubiera interpretado las palabras de aquel hombre como una especie de permiso. Debieron serlo, porque no le recriminó por ello. Y a partir de aquel momento, Erin observó como otra de las chicas comenzaba a temblar. No lloró del mismo modo, ni siquiera se la oyó, pero las lágrimas empezaron a discurrir por sus mejillas.

El camino no fue demasiado largo, después de todo, aquel hombre debía de vivir dentro de los límites que los Caminos del Azar concedían a la ciudad de Conburg. Pero Erin tuvo la sensación de que se le hizo más corto simplemente por las pocas ganas que tenía de llegar. No quería ni pensar en las atrocidades que las esperaban en eso que él llamaba «su morada».

La casa era gigantesca, casi tanto como el lugar en el que Erin se había criado. Con la ligera diferencia de que esta se encontraba rodeada de naturaleza y a escasos metros de los Caminos del Azar. Por lo visto, el Benefactor no temía a los monstruos del bosque. Al menos, no como los demás.

Cuando cruzaron la puerta de la entrada no se oyó ni una mosca. Los sirvientes estaban dispuestos en hilera pegados a la pared del recibidor, como si quisieran dar la bienvenida a su jefe o esperaran algún tipo de indicación.

Estaba oscuro, la luz que entraba por las ventanas se quedaba atrapada en el grosor de las cortinas y todo lo que había para iluminar la estancia eran un par de ostentosos candelabros de oro. No sabía si la riqueza del Benefactor alcanzaría la de su padre, pero, sin duda, andaba cerca de equiparársele.

—Llevalas a la habitación —ordenó mientras uno de los sirvientes lo despojaba de la capa y otro le servía una toalla húmeda y caliente junto a un pequeño vaso de licor.

La habitación. A Erin no se le pasó por alto aquel detalle. Era el lugar escogido para ellas, no las tendría sueltas por la casa como si fueran personas dignas de ello. No. Las escondería en la habitación que ya habría empleado para las antecesoras de Erin.

Subieron las escaleras a la vez que un chico de poco más de un metro de alto y aspecto tímido caminaba despacio hacia el Benefactor.

—Bienvenido, padre —musitó sin perder la compostura.

A Erin le llamó la atención descubrir que su nuevo... «dueño» tuviera un hijo. Y no fue la única, la chica que había viajado a su lado en la carreta también parecía haberse detenido a observar al muchacho.

—¿Has terminado tus lecciones? —preguntó el Benefactor.

El chico asintió.

—Perfecto, acompáñame entonces.

Ambos se retiraron a otra estancia de la planta baja mientras los guardias del Benefactor guiaban a las chicas a la susodicha habitación.

Abrieron la puerta y las obligaron a entrar sin ningún cuidado. Erin cayó de bruces contra el suelo cuando la empujaron y agradeció la existencia de la alfombra sobre la que impactó su cara.

Uno de los guardias se colocó en su espalda y cortó las cuerdas con las que todavía la tenían maniatada.

—Lavaos —ordenó e hizo una señal con la cabeza hacia una reluciente tina que las esperaba en la vaporosa sala contigua—. No hagáis ruido y aprovechad esta noche para descansar.

El compañero rio al oírle decir aquello.

—¿Con cuál crees que empezará? —se le escuchó decir a continuación al tiempo que el otro guardia cerraba la puerta.

—No lo sé, pero yo pondría en su sitio a la llorona.

Y pum.

Las carcajadas se perdieron al otro lado de la pared, pero cuando aquella puerta se cerró fue como si hubieran entrado en otro mundo. Estaban solas, en compañía, pero solas en realidad. Había miedo, nerviosismo e incluso algo de resignación.

Ninguna se atrevió a hablar al principio. Al fin y al cabo, por mucho que compartieran el mismo destino, eran auténticas desconocidas. De todas formas, tampoco hacía falta hablar demasiado, era fácil para todas imaginarse lo que estarían pensando o sintiendo las demás. Era como verse en un espejo.

Erin echó un vistazo a la habitación, ni siquiera había camas, apenas unos cochambrosos colchones de paja tirados por el suelo. Solo tres, por lo que tendrían que compartirlos. Caminó alrededor de la estancia y se detuvo al contemplar su reflejo en la ventana.

Parecía otra. Estaba semidesnuda, herida de pies a cabeza y alguien se había encargado de recogerle la melena. Aquella trenza hacía que se sintiera más expuesta todavía, más frágil. Su aspecto era decadente, jamás se había imaginado en una situación semejante, jamás hubiera creído que podría llegar a verse de tal modo, pero ahí estaba. No le gustaba lo que veía por fuera, no le gustaba verse con aquel vestido que la mostraba ante el mundo como un simple trozo de carne, como la esclava que era ahora. Aunque sí le gustaban las heridas, le gustaba la lucha que reflejaban, las posibilidades. Podía haberse quedado en su casa, esperar a ser repudiada por sus propios padres, haberse rendido a lo que estaba predispuesto para ella, pero no lo había hecho. Aquellas heridas estaban ahí para demostrarle que seguía teniendo un poder en sus manos, uno que nadie podría arrebatarle.

Recorrió su cuerpo con la mirada a través de aquel hermoso cristal, frágil pero resistente al mismo tiempo, transparente y protector. Se observó con cautela hasta que algo oscuro, brillante y nuevo captó su atención. Sus ojos. Estaban diferentes, tenían algo distinto, algo más fuerte.

Sintió ese pequeño pellizco en el pecho aun teniéndolo todo perdido. Recordó que seguía existiendo una alternativa, que las ideas no la habían abandonado todavía.

Al otro lado de la ventana, en la oscuridad de la noche, el arrullo del bosque hacía vibrar los cristales. Los Caminos del Azar eran peligrosos dentro, pero también cuando andabas cerca, porque sus árboles y arbustos susurraban para hechizarte. Querían que te adentraras en el bosque, que los acompañaras para siempre.

—¿De verdad eres de Lander?

Aquella pregunta la sacó de su ensimismamiento. Se dio la vuelta y vio que una de las chicas la miraba fijamente. Tenía el cabello dorado y mirada felina.

Erin asintió.

—¿Cómo te llamas?

—¿Conoces a alguien allí? —quiso saber Erin.

La chica se encogió de hombros.

—Solo me impresiona que lograras atravesar los Caminos del Azar tú sola —respondió la chica.

—No será tan impresionante cuando ha acabado aquí con nosotras —dijo otra de las presentes, la que se estaba preparando para el baño.

—Cállate, Aida —le espetó la chica que había estado a punto de llorar en la carreta—. Sigue siendo una hazaña, aunque compartamos destino.

La chica miró a Erin.

—Me llamo Dafne.

Le tendió la mano.

—Erin, encantada —respondió tomándosela—. ¿Todas sois de Conburg? —preguntó a continuación.

—Victoria es de Nádalen —comentó la tal Dafne.

Erin expresó su sorpresa. De todas las ciudades de las que había oído hablar, Nádalen era, sin duda, la más misteriosa. Estaba cerca de la Morada del Delirio, aunque las muchachas de allí tenían fama de ser las más horrendas. Los Señores casi nunca las escogían.

Victoria, que era la joven que había estado llorando, le restó importancia al asunto.

—No sobreviví a los Caminos del Azar ni nada parecido —dijo—. Mis padres me enviaron a Conburg a través del río cuando cumplí los dieciséis. Hace años que los Señores de la Sorpresa no conquistan a ninguna muchacha de Nádalen, así que me mandaron con la esperanza de que aquí sí captara su atención. Ya ves que no funcionó.

Su voz se quebró ligeramente y Erin no pudo evitar sentir lástima por ella.

—Ser conquistada no es mucho mejor que esto —dijo la mujer de cabellos dorados.

A Erin le llamaron la atención aquellas palabras, tan similares a las que había oído decir a su salvadora de Conburg, la creadora de aquellas deliciosas galletas con canela.

—¿Y tú cómo lo sabes? —preguntó Aida desde la tina—. Eres tan repudiada como nosotras.

La chica rio.

—Sí, soy un engendro gordo y repudiado. Eso decían mis padres —respondió—. Desde los diez años se encargaron de dejarme claro que no sería conquistada y me empeciné en demostrarles que se equivocaban. Al final, después de matarme de hambre durante años y detestar cada centímetro de mi cuerpo, tuve que asumir el rechazo de los Señores de la Sorpresa y darles la

razón a mis progenitores.

—¿Por qué dices entonces que ser conquistada no es mejor que esto? Tú luchaste para que te escogieran —comentó Victoria, que trataba de entender.

La chica se tumbó sobre el colchón y sus tirabuzones cayeron en una cascada de deslumbrante oro.

—Caí en el juego, sí —admitió—. Pero ahora sé que ser escogida no hubiera cambiado nada.

Aida soltó una cínica risotada.

—Por supuesto que lo hubiera cambiado. No estarías aquí, para empezar.

—Estaría casada con quien me hubiera escogido cuando los Señores hubieran decidido soltarme. Seguiría sin escoger yo, seguiría sin elegir nada. ¿En qué cambia eso las cosas?

Se hizo el silencio. Las había hecho reflexionar con aquello. Aunque no a Erin, ella ya había escuchado hablar a alguien de aquella manera, a alguien a quien echaba mucho de menos, a alguien en quien pensaba cada día... Rym.

—¿Cómo te llamas? —En aquella ocasión, fue Erin la que preguntó.

La chica giró la cabeza ligeramente para mirarla y sonrió.

—Ginebra Drich —respondió—. Aunque puedes llamarme Bra, Erin...

Se quedó en silencio esperando que terminara la frase para darle la información que le faltaba.

—Erenson —contestó—. Mi nombre es Erin Erenson.

La chica ensanchó su sonrisa antes de volver a mirar hacia el techo de la habitación.

Suspiró.

—Es un placer conocerte.

La habitación estaba oscura, el frío de la madrugada había logrado que maldijera el hecho de dormir sola en uno de los colchones. Y eso que, tras el sorteo, se había alegrado enormemente por ello.

Daba vueltas sobre la «cama» mientras la paja se clavaba en su piel provocándole incómodos picores. Tenía que descansar esa noche, recuperar fuerzas para ser capaz de resistir lo que se le avecinaba, pero ahí estaba, a escasas horas del amanecer con los ojos como platos.

Entonces, oyó aquel ruido. Pisadas en el piso de abajo, movimientos extraños para la hora que

era y el profundo chirrido de la puerta principal.

No debía hacerlo, tenía que mantenerse al margen y no buscarse problemas la primera noche. Pero, una vez más, eligió complicarse la vida.

Se incorporó lentamente y gateó despacio hasta la puerta. Se levantó lo suficiente como para alcanzar el pomo y lo giró intentando no hacer el más mísero ruido. Abrió la puerta despacio hasta dejar una rendija a través de la cual escuchar, pero no le bastó. Las palabras no sonaban nítidas desde aquella distancia y la curiosidad podía con ella, así que la abrió más todavía y atravesó el umbral a gatas.

El suelo estaba helado, pero la casa era más cálida a ese lado de la pared. Era un lugar impecable, el mármol le recordaba al de su propio hogar, las lámparas eran prácticamente las mismas e incluso las pinturas de las paredes parecían obra del mismo artista. Sintió congoja, pero también rabia. Al final, aquello solo le demostraba que su familia no era tan distinta de la del propio Benefactor.

Intentó no pensar más en ello, las voces provenientes del vestíbulo resultaban más interesantes en aquel momento, así que continuó gateando hasta la barandilla de la escalera. Se asomó con sumo cuidado y entonces...

Su corazón se detuvo de repente.

Llevaba una capa nueva, pero era él. Sin duda.

Estaba herido, tenía la cabeza agachada y su sangre goteaba sobre el mármol del recibidor. Erin contuvo un grito de angustia al ver a Levi en tales circunstancias. ¿Qué podía haberle hecho semejante daño a alguien capaz de derrotar a un monstruo de los caminos?

Pedía ayuda. Se la pedía al condenado Benefactor.

No. No la pedía, la compraba.

El brillo en sus manos lo delató. No sabía cuántos, pero lo que el cazador le estaba ofreciendo a cambio de socorro al hombre que acababa de comprarla eran señores de oro.

La indignación trepó a través de Erin apoderándose de ella. Rabia, frustración y... ¿decepción? ¿Era posible? ¿Tenía derecho? ¿Podía sentirse decepcionada con Levi aunque no hubiera compartido más que una conversación con él?

VII

VOLUNTARIA

Estaba enfadada. ¿Sabría Levi lo que hacía ese hombre con el dinero que acababa de darle? ¿Sabría que compraba mujeres y las privaba de su libertad? ¿Sabría que la había comprado a ella?

El Benefactor lo invitó a entrar y ordenó al sirviente que lo acompañaba que lo guiara hacia una de las habitaciones de invitados de la planta superior. Erin trató de controlar el pánico para no ser descubierta antes de regresar a su prisión.

Gateó con algo de torpeza debido a la urgencia de la situación. Tenía la sensación de que su piel se quedaba pegada en el frío mármol, y cada vez que levantaba una mano, temía que el ruido fuese capaz de delatarla. El corazón le latía a toda velocidad con cada movimiento, se olvidó de respirar y sus glándulas sudoríparas empezaron a trabajar sin descanso.

Casi le resultó un milagro alcanzar el umbral de la puerta con vida. No porque hubieran estado cerca de descubrirla, sino por lo mal que lo había pasado con tal de evitar que eso sucediera.

Pero todo salió bien. Cerró la puerta antes de que los pasos del nuevo huésped recorrieran el pasillo que había al otro lado. Eran pasos lentos y algo torpes, pero, aun así, más ligeros que los que cabría esperar de alguien tan herido como Levi.

Pasó de largo. Ni siquiera se detuvo o aminoró la marcha al pasar por delante de la habitación de las esclavas. Bien, eso quería decir que no había intuido la presencia de Erin. Entonces, cuando por fin se sintió a salvo, fue capaz de liberar el aire que había estado conteniendo.

—¿Espiendo al Benefactor en tu primera noche, Erin?

La voz de Bra la pilló por sorpresa. Apenas fue un susurro que no pareció despertar al resto de prisioneras, pero Erin no lo esperaba.

—¿Me espías tú a mí? —respondió devolviéndole la pregunta.

Bra, que se encontraba sentada en la repisa de la ventana, se encogió de hombros.

—No puedo dormir —contestó con cierta indiferencia.

Erin suspiró antes de avanzar hacia ella.

—Yo tampoco —confesó—. Supongo que es normal.

Se sentó junto a Bra y le pareció verla sonreír mientras su mirada se perdía al otro lado del cristal, más allá del bosque.

—¿No te deprime estar aquí? —preguntó Erin.

Ella se giró para mirarla.

—Sé lo que sucederá —dijo simplemente.

No logró entenderla.

—¿A qué te refieres?

—La primera noche en casa del Benefactor es pura cortesía, baño y descanso —empezó a explicar—. El primer día es una fina capa de realidad, presentaciones y exposición de objetivos. La segunda noche es la primera en el infierno para una de nosotras y así será para las demás durante las siguientes. La séptima noche llegan los invitados. —Bra agachó la cabeza—. La incertidumbre complica las cosas, pero el mundo cambia si puedes verlo con claridad.

—¿Cómo sabes todo eso? —preguntó Erin intrigada.

Bra volvió a sonreír.

—Sé mucho más. —Un halo de misterio envolvía a aquella mujer—. Pero te conozco muy poco como para saber si es seguro compartirlo.

Erin supo entonces que seguir insistiendo las metería en un infructuoso bucle, así que optó por un camino distinto.

—¿A qué te refieres con lo de los invitados? —quiso saber.

Bra se incorporó ligeramente.

—La gente que sustenta el negocio de Daniel Gouda —explicó—. El Benefactor no solo compra a las chicas para consumo propio, ¿sabes?

—¿Conoces a ese tipo?

—Todo el mundo ha oído hablar de él —contestó como si fuera obvio.

Erin arqueó una ceja.

—Todo el mundo que haya pasado un tiempo en las calles, claro —aclaró Bra—. Nuestro «dueño» —dijo dibujando unas comillas invisibles con los dedos— se jacta de ayudar a las repudiadas, se autoproclama Benefactor porque les da cobijo y una ocupación que las mantiene fuera del alcance de los malhechores que pululan por las calles.

—Una ocupación que las sitúa en una posición aún peor —dedujo Erin.

Bra asintió.

—Como comprenderás, nada bueno puede esperarse de alguien que es capaz de comprar seres humanos —dijo—. Las calles son peligrosas para las repudiadas, casi más que los Caminos del Azar, pero esta casa es el cenit de la hipocresía y la perversión.

Erin frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?

—¿Quiénes crees que son los invitados de los que hablo?

Erin guardó silencio, expectante.

—¿Quién necesitaría esconderse para acostarse con repudiadas? —insistió instándole a pensar—. ¿Quién pagaría por algo que puede conseguir con un simple paseo nocturno? Se repudian muchachas prácticamente cada noche.

Erin pensó en las palabras de Bra, en el lugar del que cabría esperar dicha hipocresía.

—Aquel que las desprecia —musitó.

—Exactamente —convino Bra con una afilada sonrisa en los labios—. Solo alguien que defiende a ultranza la deshonor de las repudiadas se vería obligado a ocultarse para satisfacer sus despreciables vicios.

La imagen de su padre cruzó la mente de Erin. Rezó por que no fuera uno de ellos. Por mucho que lo odiara, no lo tenía por alguien tan perverso. No podría soportarlo.

—¿Has dicho que vienen la séptima noche? —recordó Erin.

Bra asintió.

—No es que las anteriores sean mucho mejores, pero sí. Esa es la noche en la que empieza todo.

—Primero pasaremos por las manos del Benefactor... —se lamentó Erin.

—Ajá —dijo emprendiendo el camino de vuelta a su cama—. Pero no te preocupes por nada de eso, Erin.

La familiaridad con la que la trataba le resultaba llamativa.

—¿Cómo no voy a preocuparme?

Bra se sentó sobre el incómodo colchón.

—Algo sucederá antes —dijo mientras se tumbaba.

Erin frunció el ceño.

—¿Algo bueno o malo?

—Algo horrible —respondió Bra.

Había pasado mala noche. Apenas había dormido dándole vueltas a su conversación con Bra y a la presencia de Levi en aquella casa.

Golpearon la puerta con la primera luz del alba. El corazón casi se le sale del pecho con aquel ruido. La cortesía de los sirvientes brillaba por su ausencia. Erin se incorporó alterada antes de que se abriera la puerta; ellos ni siquiera entraron, se limitaron a lanzar un saco dentro de la habitación y luego cerraron de un portazo. Si alguna no se había despertado todavía, lo hizo entonces.

Bra fue la primera en levantarse. No había forma de saber si había oído hablar también de aquello, pero no pareció sorprenderse al examinar lo que había dentro del saco. Se puso en pie y caminó de vuelta hacia su cama a la vez que empezaba a sacar del interior de aquel costal lo que parecía ser un montón de telas.

Las lanzó sobre el colchón.

No eran simples telas, sino vestidos.

—Tenéis media hora.

La voz, amenazante y dictatorial, sonó al otro lado de la puerta.

Entonces, algo cayó sobre Erin. Bra le había lanzado uno de los vestidos. No era más que un finísimo trapo lo suficientemente largo como para cubrir sus partes pudendas. Miró el resto de prendas, eran idénticas las unas a las otras. «Igual de humillantes», pensó Erin, que apenas veía la diferencia entre eso e ir desnuda.

Se vistieron en silencio, mentalizándose con resignación para lo que se les avecinaba. Cuando estuvieron listas, las bajaron al vestíbulo.

El ambiente, pese a ser elegante y cuidado, era frío. No existía cobijo en aquel hogar, no para ellas. Allí, dispuestas en fila frente a la puerta corredera del comedor, les advirtieron que debían guardar silencio a menos que el Benefactor se dirigiese a ellas. Esa era la única norma, aunque, en realidad, era una simple deducción de otra mucho más simple y amplia: obedecer al Benefactor. No podían hacer nada a menos que él lo ordenase, no sentían nada, no querían nada, no pensaban nada. No eran nada. Nada que él no quisiera.

Cuando aquello quedó lo suficientemente claro, abrieron la puerta y las hicieron entrar.

Erin se sintió algo decepcionada al no encontrarse allí con Levi. Una parte de ella esperaba verlo conversando con el hombre al que había pagado a cambio de ayuda, esperaba verlo y descubrir si sabía —o intuía siquiera— lo despreciable que era el ser con el que se había aliado, pero, sobre todo, esperaba verlo sano y salvo.

Y podría seguir esperando, porque no había ni rastro de él.

Una mesa redonda y enorme de roble ocupaba el centro de la habitación. El Benefactor y su hijo se encontraban sentados a un lado, y había cinco sillas dispuestas frente a ellos con el desayuno servido para las «invitadas».

—Sentaos y comed —ordenó el Benefactor.

Ellas, tal como se les había dicho, obedecieron. Y la verdad era que, por mucho que detestara admitirlo, no resultó difícil para ninguna acatar aquella orden. Estaban hambrientas.

La tortilla duró apenas un segundo en el plato de Erin. Sabía que aquello no era propio de las señoritas, que su padre e incluso su madre la hubieran reprendido por comer de aquella manera, pero le dio igual. Se acabó el desayuno y dedicó el resto del tiempo a analizar a su nuevo «dueño». El Benefactor era un hombre de aspecto extraordinariamente común, aunque no por ello menos desagradable. Seguramente influyera el hecho de que, ignorando ligeros tecnicismos, Erin era consciente de que tenía ante sí a un esclavista. Uno que, además, no parecía tener ningún remordimiento por ello.

Tenía la tez clara, el pelo gris y abundante, y unas gigantescas bolsas bajo los ojos. No había expresión a través de sus ojos, tampoco ningún gesto que ella fuera capaz de interpretar. Todo parecía traerle sin cuidado.

De pronto, miró a Erin. Ella sintió angustia por el simple hecho de captar su atención y clavó los ojos en el plato. Él volvió a pasear la mirada por todas y cada una de sus nuevas adquisiciones.

—En primer lugar, bienvenidas —dijo por fin.

Acto seguido, lanzó una mirada amenazante a su hijo.

—Bienvenidas —dijo él con mucha menos convicción.

—Lion y yo estamos muy contentos de tener caras nuevas por aquí —continuó hablando, ninguna lo miraba directamente—. Y vosotras también deberíais estarlo, puesto que ya no corréis peligro alguno. Solo existen dos cosas de las que os deberéis preocupar durante vuestra estancia en mi humilde morada: obedecer y callar. Mientras cumpláis con eso, todo irá bien.

—Obedecer y callar —repitió Lion en voz baja.

Su padre volvió a mirarlo con aire autoritario y el niño calló.

—Bien. El entrenamiento empieza esta noche, prestad atención a todo cuanto os diga y retenedlo. Los errores que cometáis a partir del estreno se penalizarán —concluyó.

Todas habían acabado de comer.

—Lion —dijo captando la atención de su hijo—, elige a la primera.

Una vez más tenían que ser escogidas. El pobre muchacho no sabía qué decir, las miraba a todas con indecisión, y Erin pensó que, probablemente, ni siquiera sabía para qué tenía que elegir las. Era un niño. Puede que uno con gran potencial para convertirse en un monstruo como su padre, pero, en aquel momento, no era más que eso; inocencia y futuro. No podía dejar que se manchara las manos tan pronto.

—Seré yo —intervino Erin a sabiendas de que estaba violando la primera y única norma.

No había callado y, solo por eso, ya no estaba obedeciendo. Pero no le importaba, eligió que no lo hiciera. Prefería pagar el precio que le impusieran antes que permitir que un niño tan pequeño diese el primer paso en su camino de descenso hacia los infiernos.

Su iniciativa captó la atención de todos los presentes, aunque especialmente la del Benefactor.

—¿Cuáles eran las normas? —dijo con voz queda.

—Obedecer y callar —recordó Lion.

Su padre le dio un par de golpecitos en la cabeza como recompensa.

—Serás la primera, aunque solo sea por lo mucho que tienes que aprender. No he olvidado tu pequeño baile con Alvin —dijo poniendo la mano sobre el cuchillo que tenía junto al plato.

No. No era un simple cuchillo, era Corazón.

—Retiraos —ordenó después—. Y tú prepárate —le advirtió a Erin—, la noche será larga.

Las guiaron hacia la habitación y cerraron la puerta una vez todas estuvieron dentro.

—Eres imbécil —le gruñó Bra de pronto.

Estaba preocupada por ella, casi enfadada. Erin todavía trataba de averiguar a qué se debía tanto interés si prácticamente no se conocían.

—¿Qué más da? Alguien tenía que ser la primera —dijo encogiéndose de hombros con desinterés.

—Ofrecerse para algo como eso no es de valientes, Erin.

—No pretendía ser valiente, sino justa.

—¿Justa para quién? —preguntó Bra sin entender.

—¡Para ese niño! —exclamó. Bra pareció sorprenderse—. No debería cargar con los pecados de su padre. ¡Ni siquiera sabía lo que estaba escogiendo!

Ambas mantuvieron un silencioso duelo con los ojos ante la atónita mirada del resto. Erin se cansó de batallar y caminó hacia la puerta.

—¿Dónde vas? —oyó la tímida voz de Victoria.

—No os incumbe —espetó Erin.

—No lo encontrarás aquí —dijo Bra de repente.

Erin se dio la vuelta. Ahora era ella la que estaba sorprendida.

—¿De qué hablas? —se hizo la tonta.

—Del huésped al que espiaste anoche.

Erin alzó el mentón y tragó saliva debatiéndose entre mentir o satisfacer su curiosidad. Una vez más, ganó esta última.

—¿Dónde está? —dijo finalmente.

Las demás las miraban como si hablaran en otro idioma.

Bra sonrió.

—Curaron sus heridas y se marchó. ¿Esperabas más de él? ¿Un rescate, quizá? —Parecía estar burlándose de Erin.

Ella la miró sin decir nada. No podía, sentía ese nudo en la garganta y esa vocecita en la cabeza repitiéndole una y otra vez lo estúpida que era. Levi la había salvado en una ocasión, eso no significaba que fuera a hacerlo siempre.

—No digas tonterías —respondió Erin como si nada de aquello le hubiera afectado.

—No. Las tonterías las haces tú al ofrecerte voluntaria —le espetó Bra.

—¿Y a ti qué te importa lo que haga? —respondió embravecida.

Bra la observó en silencio. Seguramente planteándose aquella misma pregunta: ¿qué más le daba el bienestar de aquella desconocida?

—Toma —dijo tendiéndole lo que parecía un pequeño libro—. Te ayudará a no pensar en lo que te espera esta noche.

Erin lo cogió con algo de recelo.

—Voy a darme un baño.

Bra se retiró hacia la sala en la que estaba la tina, y Erin se acercó hacia la luz para examinar mejor aquel libro. El sol brillaba al otro lado de la ventana; casi parecía que más allá del cristal, más allá de aquella casa, existieran oportunidades. Esperanza. Erin leyó el título del libro: La ventana. Se le escapó una sonrisa, conocía a la perfección cada uno de aquellos poemas, las poesías favoritas de su tía Rym; las que le recitaba noche tras noche hasta quedarse dormida; las que le inspiraban coraje, libertad, amor, resiliencia... Las que le enseñaron a elegir.

Erin miró de nuevo hacia la ventana, hacia aquel bosque que se extendía al otro lado del jardín; la huella de sus espinas continuaba latiendo a través de las heridas que marcaban su piel.

Empezaba a dudar de que de verdad existiera esa libertad de la que tanto había escuchado hablar a su tía, pero podía elegir si estaba dispuesta a averiguarlo. Y eso fue precisamente lo que hizo.

VIII

MADRIGUERA

La noche empezaba a caer, tenía que darse prisa. Sus compañeras estaban en la habitación, era imposible que consiguiera hacer nada sin que ellas se dieran cuenta. Sobre todo en el caso de Bra, que parecía estar especialmente pendiente. Así que Erin decidió darse un baño.

La ventana de aquella habitación era mucho más pequeña, pero valdría. La distancia hasta el suelo era más o menos la misma que la de la casa de Conburg en la que se coló, aunque, en esta ocasión, no contaba con techado o porche que le facilitaran el trabajo. Tomó un par de toallas, las anudó y ató un extremo al tirador de la ventana. No creía que fuese a aguantar mucho, tampoco llegaban hasta el suelo, pero si lo hacía rápido, estaba segura de que aquel invento la ayudaría a amortiguar la caída.

Se aferró a las toallas, salió despacio por la ventana y trató de no pensárselo demasiado antes de empezar a descender. El tirador de la ventana chirrió, pronto se rompería y la obligaría a caer de bruces contra el suelo, por lo que sería mejor acelerar el paso para estar más cerca de la tierra en el momento de la caída. Llegó al extremo de las toallas, se quedó colgada durante unos segundos mientras sopesaba las posibilidades. Todavía la separaba una distancia considerable del césped del jardín, pero ya era tarde para echarse atrás, así que se dejó caer.

El golpe fue seco, y apretó los dientes con fuerza para contener el grito. Rezó por que nadie la hubiera oído. Se levantó con dificultad, le dolía todo el cuerpo y sus piernas respondían despacio, así que tardó un poco más de lo esperado en reunir la fuerza suficiente como para correr hacia el bosque.

Estaba loca. Desde luego, debía de estarlo para volver a meterse voluntariamente en aquel lugar. Pero ¿cuál era la alternativa? ¿Esperar a los abusos de aquel monstruo?

Echó a correr con determinación, como si lo que la esperara a lo lejos no fuera un lugar al que cualquiera con dos dedos de frente temería, sino lo más parecido al paraíso para Erin. Sabía que era un sitio peligroso y lúgubre, pero era un sitio libre de esclavistas y depravados, libre de marcas de odio, libre de humanos que poco tenían de eso. Los Caminos del Azar eran su única posibilidad.

Alcanzó los matorrales enfundada en aquel finísimo vestido, las espinas rasgaron la tela y volvieron a clavarse en su piel. Era como si las ramas de aquellos matorrales fueran garras, como si las de los árboles fuesen brazos que se movían a placer intentando atraparla, como si toda la

espesura hubiese cobrado vida. Sí, era justo así.

Se detuvo a recuperar el aliento una vez se hubo asegurado de que había cruzado los lindes de los Caminos del Azar. No dejaba de resultarle curioso el hecho de sentirse a salvo en el lugar más peligroso del mundo.

Solo su respiración rompía el silencio de la noche. Aún no había caído del todo, pero dentro del bosque un rayo de luz era prácticamente un milagro.

Entonces, un gorjeo familiar le heló la sangre. No esperaba estar en peligro tan pronto. Sin embargo, aquel gorjeo vino seguido de otro más, y luego varios gruñidos se unieron a ellos. Como si todo un ejército de monstruos avanzara hacia ella. Erin se movió despacio entre la maleza tratando de localizar el origen de aquellos sonidos.

Nada.

Y, para colmo, la oscuridad no ayudaba a distinguir a aquellas criaturas.

El corazón le latía desbocado y el miedo le tensaba cada músculo del cuerpo. Se movía entre los troncos acompañada de aquel incesante murmullo que anunciaba la llegada de algo que poco o nada tendría que envidiarle al apocalipsis.

De pronto, el suelo tembló. Erin se aferró a uno de los troncos que tenía enfrente mientras recordaba aquella sensación, mientras adivinaba lo que acababa de suceder a sus espaldas. Se dio la vuelta de prisa, sabía que no tenía tiempo que perder. Buscó con los ojos una criatura gigante, como aquella que la atacó la primera vez, pero, en lugar de eso, halló otra similar, aunque muy distinta.

Estaba agachada, quieta, con las cuatro patas apoyadas en el suelo, y su oscuro cráneo redondo brillaba en medio de aquel bosque tenebroso. Un par de gruesos y afilados cuernos salían de él extendiéndose hasta alcanzar cerca de un metro de longitud. La punta de aquellas astas rozaba con algunas de las hojas del bosque, o quizá eran las hojas las que buscaban el contacto, Erin ya no era capaz de decir qué era lo que se movía y lo que no en aquel lugar. Pero, sin duda alguna, la que debía moverse era ella. Si quería sobrevivir, claro.

Se dio la vuelta y comenzó a correr. Eso era lo único que sabía hacer y lo que mejor se le daba, por lo visto. Por un instante, con los calambres ascendiéndole por las piernas y el peso del terror oprimiéndole el pecho, se arrepintió de no haber permanecido en la morada del Benefactor.

El monstruo la seguía de cerca, oía sus embestidas contra los matorrales a la vez que corría como una loca para alejarse de él. La criatura se quejó y su rugido reverberó en el bosque. Otros respondieron. Temió haber desencadenado toda una cacería en la que ella fuera la presa.

Todo sucedió muy rápido. Ella continuaba corriendo sin cesar, pero, de pronto, el mundo se hundió bajo sus pies, perdió el equilibrio y cayó rodando a través de un agujero en el suelo. La tierra se le metió por todas partes y el dolor era casi anecdótico comparado con el desconcierto.

Cuando por fin se paró, cuando dejó de dar vueltas bajo tierra y quedó sentada sobre el húmedo barro bajo el bosque, apoyó la espalda en la pared y trató de entender lo que acababa de suceder. Había caído. No tenía ni idea de dónde estaba ni sabía si se atrevería a salir, pero, al menos, estaba a salvo.

O eso creyó hasta que oyó de nuevo aquel extraño sonido agudo que parecía borbotear.

Retuvo el poco aire con el que contaba y se quedó paralizada: una masa alargada y brillante se acercaba a ella. Un par de cuencas vacías aparecieron ante Erin; podía haberse fijado en el viscoso cráneo o en las duras escamas que protegían el cuerpo de aquel monstruo con forma de reptil, pero no, Erin se perdió en aquellos ojos ausentes.

La criatura acompañó el silencio de Erin con el suyo propio. No podía entender lo que estaba sucediendo, no se explicaba cómo seguía con vida a aquellas alturas, pero no se atrevía a moverse por miedo a romper lo que fuera que se hubiera creado entre ellos.

—¿Erin? ¿Estás ahí?

Una voz sonó fuera de la cueva, al otro lado del agujero por el que acababa de caer. Una voz lejana pero familiar. El monstruo reaccionó ante el desconocido de un modo muy distinto. Rugió con fuerza y la tierra volvió a desprenderse del techo de la caverna. Erin sintió el impulso de taparse los oídos, pero entendió que aquel era el momento de escapar.

Gateó hacia la salida, hincó los dedos para trepar mientras la tierra húmeda se le incrustaba entre las uñas. El monstruo seguía rugiendo cuando encontró aquella mano tendida hacia ella.

Era Levi. Había vuelto.

Agarró su mano, él tiró de ella, y sus cuerpos se encontraron en medio de aquel terrorífico bosque. Erin estaba sin respiración, nerviosa y confusa, pero él parecía tranquilo. Impasible.

—Vuelve a la casa, Erin —ordenó mirándola a los ojos.

Ella tardó un tiempo en asimilar lo que estaba escuchando, su cerebro todavía trataba de entender cómo podía saber su nombre, ya que no recordaba habérselo dicho.

—Sabes cómo me llamo... —farfulló.

Él no se inmutó.

—Vuelve a la casa —repitió.

Ella por fin reaccionó.

—¿Qué? ¡No! —se apartó de él.

—Hazme caso. Esto es peligroso —insistió.

—¿Y aquello no? —preguntó escandalizada—. ¡Prefiero morirme a manos de estos monstruos que dejar que aquel al que tú pagas me ponga las suyas encima!

Levi miró alrededor para comprobar que no hubiera monstruos cerca. No tenían tiempo para aquella conversación y los dos lo sabían.

—No puedo explicártelo ahora, pero tienes que volver a la casa o lo complicarás todo.

Estaba enfadado, furioso más bien, y ella necesitaba entender por qué.

Oyeron un sonido proveniente del fondo de la madriguera. Ambos miraron hacia el agujero del que acababa de salir Erin.

—Vamos —dijo él al tiempo que tiraba del brazo de ella en dirección a la casa del Benefactor.

—¿Trabajas para él? ¿Es eso? —gritaba mientras luchaba por zafarse de su agarre—. ¿Por eso me rescataste la otra vez? ¿Por eso no te importa que tenga tu estúpido puñal?

Levi se detuvo en seco para mirarla. Ella se quedó callada ante la dureza que vio reflejada en sus ojos.

—Te lo entregué. Ahora es tu estúpido puñal —le espetó.

Tenía miedo de preguntarlo, sobre todo al ver el dolor que reflejaba la mirada de Levi, pero...

—¿Cazas mujeres para ese hombre?

—Yo solo cazo monstruos, Erin —se puso muy serio—. Monstruos de verdad.

Otro rugido sonó a sus espaldas. La criatura de las astas los perseguía, venía corriendo hacia ellos, y Erin sintió de nuevo como Levi tiraba de su muñeca.

—Vamos. —Fue casi una súplica.

—No quiero volver allí —imploró ella.

Levi la observó con compasión, pero, pronto, un relámpago cruzó sus ojos para cambiarle la mirada. Pura determinación.

—Perdóname por esto —dijo acercándose a ella.

Y antes de que Erin pudiera siquiera preguntar, Levi la cargó sobre sus hombros.

Desde allí, suspendida a dos metros de altura, pataleando y quejándose, vio como el monstruo que los perseguía ya estaba cerca de alcanzarlos. Enmudeció al intuir el final. Pero Levi era demasiado rápido, prácticamente inalcanzable. En apenas unos segundos, le tomaron una asombrosa ventaja.

La criatura no se rendía, su tesón era digno de admiración, aunque todo lo que podía sentir Erin en aquel momento fuera pavor. Sin embargo, lo más increíble de todo fue lo que sucedió a continuación. Cuando un gigantesco montículo de oscuridad salió de su escondite, de la madriguera en la que Erin, apenas unos segundos atrás, acababa de caer. Una lagartija de dimensiones descomunales y gigantescas garras embistió al monstruo que los perseguía.

Entonces, mientras Levi la llevaba de vuelta a su cárcel, Erin se quedó boquiabierta al observar a aquel par de bestias enfrascándose en una pelea de titanes. Y quizá estuviera loca, pero ¿acaso aquella criatura acababa de protegerla?

IX

SEÑUELO

La dejó caer cuando llegaron a casa del Benefactor. Erin se levantó y avanzó hacia él decidida mientras le gritaba toda clase de improperios por haberla cargado de aquel modo y haberla llevado por la fuerza de vuelta a aquella cárcel. Él la tomó del brazo, se dio la vuelta y se situó tras ella cubriéndole la boca para que dejara de chillar.

—Esto no es bueno para ti —susurró.

Los labios de Levi rozaron la piel de su oído con cada palabra. Sintió como un escalofrío le recorría la espalda.

Él rio suavemente contra su cuello.

—Y, desde luego, no es bueno para mí.

Erin entendió que no lograría liberarse así y trató de relajarse, aunque la simple presencia de Levi la ponía muy nerviosa. Su olor era casi hipnótico y su voz... No entendía por qué se sentía tan vulnerable cuando lo tenía cerca.

—Así me gusta —volvió a susurrar—. ¿Me prometes que no vas a gritar?

Ella asintió despacio.

Levi apartó lentamente la mano de su boca.

—Vas a volver ahí, vas a esperar y vas a aprovechar las oportunidades que se te presenten —dijo.

Erin se giró hacia él.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que tienes que tener un poco más de paciencia y saber diferenciar la libertad del suicidio —explicó él—. Solo para que quede claro: huir hacia el bosque es lo segundo —añadió en tono burlón.

Erin lo miró con fingido desprecio.

—Estás loco si crees que voy a volver ahí dentro como si nada.

—Como si nada no, tú y yo vamos a tener unas palabritas.

Erin miró hacia arriba, hacia la voz que provenía de la ventana por la que había escapado. Bra la miraba desde allí y negaba con la cabeza. Tenía las toallas que Erin había empleado para huir en las manos y las sostenía con la intención de que volviera a utilizarlas. Esta vez para subir.

—¿Qué es esto? ¿Estáis compinchados? —preguntó Erin mirando a uno y otro alternativamente.

Levi sonrió.

—Pronto lo entenderás todo —dijo mientras le tendía la mano—. Solo te pido que confíes en mí.

Ella entrecerró los ojos para examinarlo.

—Te salvé una vez, ¿no? —le recordó.

Dudó unos segundos más, pero, al final, tomó la mano que le ofrecía.

—Creo que la loca soy yo.

Levi la acercó para sí. Erin trató de disimular la sensación que le provocaba estar tan cerca de él.

—Te auparé para que alcances las toallas, ¿de acuerdo? —dijo.

Ella asintió a la vez que sentía como le colocaba las manos en la cintura.

—Siento haber perdido a Corazón —murmuró.

Levi la miró de repente, como si la estuviera viendo por primera vez. Luego, esbozó una sonrisa.

—No lo has perdido, sigue siendo tuyo. Solo tienes que volver a cogerlo —dijo sin dejar de mirarla y preparándose para alzarla—. Y no te preocupes por lo de la capa.

La levantó con una fuerza pasmosa mientras ella asimilaba lo que acababa de suceder. Se aferró a la toalla al tiempo que Bra comenzaba a tirar de ella. Levi continuaba observándola desde abajo, pero ella ya no podía mirarlo. No podría volver a hacerlo nunca más. Había perdido la capa, sí, y ahora vestía aquella ropa semitransparente que le había hecho estar prácticamente desnuda frente a él. Sintió el rubor encendiendo sus mejillas y, esta vez sí, deseó meterse corriendo dentro de aquella casa de pesadillas.

Bra cerró la ventana y Erin recogió las toallas. La mujer de cabellos dorados se quedó mirándola con diversión en el rostro. Erin frunció el ceño extrañada.

—Creía que estarías enfadada —confesó.

Ella alzó las cejas.

—¿Enfadada? —Se sorprendió con la pregunta—. No, claro que no. Entiendo que quieras huir de lo que nos espera aquí, pero ya te dije que no tenías de qué preocuparte.

Empezó a quitarse el vestido.

—¿Qué haces? —preguntó Erin.

Se lo lanzó.

—Has destrozado el tuyo —le recordó—. Mañana nos traerán uno nuevo, pero tú no tienes tiempo para eso. ¿Has olvidado tu cita de esta noche?

A Erin se le revolvió el estómago.

—Ya veo —dijo Bra.

Se acercó y se arrodilló frente a ella.

—Escucha, me hubiera encantado ser el señuelo para el Benefactor —Erin arqueó una ceja—, pero ya que te ofreciste voluntaria, abre las orejas y procura obedecer.

—Obedecer y callar —recordó Erin con resignación.

—No —respondió Bra tajante—. Que me hagas caso a mí. A lo que voy a decirte ahora.

Erin la miró con toda su atención.

—Cuando vengán a buscarte, los acompañarás. Te mantendrás dócil en presencia del Benefactor, obediente pero no estúpida —le advirtió—. No dejes que te haga nada que no puedas soportar.

—¿Y cómo se supone que voy a evitarlo?

—Se trata de distraerlo, Erin. Mantenerlo ocupado hasta que oigas la señal.

—¿A eso te referías con lo del señuelo? —preguntó.

Bra asintió.

—¿Y cuál es la señal? —quiso saber.

El rostro de Bra se ensombreció.

—No lo sé con seguridad. Probablemente un estruendo espantoso o algún que otro temblor —explicó ante el desconcierto de Erin—. Sea lo que sea, iré a buscarte. Yo seré tu señal.

Llamaron a la puerta.

—¿Vamos a huir? —trató de adivinar Erin.

Bra sonrió.

—Vamos a hacer mucho más que eso.

El vestido de Bra le estaba algo grande, lo cual no ayudaba a sentirse menos desnuda, aunque Erin esperaba que aquello hiciera que el Benefactor pasara por alto el hecho de que no llevara puesta su propia ropa.

La habitación estaba vacía, solo había una cama no demasiado amplia en el centro, sin cabecero, y un pequeño carro de madera repleto de herramientas distintas: cuerdas, cadenas, fustas... Sin olvidar el cuenco lleno de brasas que había en la esquina.

El Benefactor todavía no estaba allí y, por difícil que pareciera, Erin estaba segura de que apenas pusiera un pie en la habitación el ambiente se volvería aún más tétrico. Sabía que aquello terminaría más pronto que tarde, que Bra tenía un plan y que, de alguna manera, Levi había formado parte de él. Solo tenía que confiar en ellos y aguantar el tiempo que hiciera falta para que el Benefactor no sospechara nada.

La puerta chirrió a sus espaldas, un par de pasos firmes y un golpe seco para cerrar de un portazo. Automáticamente, el cuerpo de Erin se puso aún más tenso.

—Tu punto fuerte es la pureza —dijo una voz grave a sus espaldas—. Esa tensión que desprende tu cuerpo valdrá para la primera vez, pero después... —El Benefactor caminó hacia el carrito de las armas y tomó una fusta—. Después muéstrate frágil, aunque no excesivamente. No les recuerdes en exceso lo mal que lo estás pasando. —Caminó hacia ella—. Quieren someterte, ver cómo te doblegas ante ellos, pero, sobre todo, quieren disfrutar.

Erin se arrodilló al sentir el primer impacto. La fusta golpeó la parte trasera de sus muslos, casi a la altura de las rodillas. No gritó. Apretó los ojos y los dientes, pero no le dio el gusto de gritar.

—No hagas que se enfaden —continuó—. No hagas que sientan que son monstruos, porque todos sabemos que el único monstruo que hay aquí eres tú.

La fusta volvió a golpear contra su cuerpo. En esta ocasión, sobre la marca que lucía en el dorso de la mano derecha. Evitó gritar de nuevo, aunque dolió. Dolió mucho. Y a muchos niveles.

El Benefactor se situó frente a ella, sus botas relucían; en aquel momento, eso era lo único que podía ver de él. Empezó a acariciarle la cabeza, incrustó los dedos en su melena y emitió un perturbador gemido que hizo sentir a Erin todavía más violenta.

—No hagas nada a menos que te lo ordenen —siguió hablando—. Recuerda que no les gusta la iniciativa. Ahora ven.

Le tiró del pelo a la vez que caminaba hacia atrás. Erin gateó reprimiendo el dolor hasta llegar al colchón que había en la habitación, y el Benefactor se sentó a los pies de la cama.

—Incorpórate —le ordenó mientras se llevaba las manos a la bragueta de botones de sus pantalones—. Quiero verte la cara, engendro. Y ellos también querrán.

Erin obedeció, aunque empezaba a plantearse hasta qué punto podría soportar aquello. La línea entre lo que lograría superar y lo que la marcaría para siempre era delgada, prácticamente invisible, pero algo le decía que no andaba lejos de cruzarse.

—Apártate el pelo —exigió con la voz teñida de desprecio.

Ella obedeció una vez más. El destello de Corazón hizo que el suyo se parara por un segundo. Lo llevaba con él.

Su mano continuaba en el interior de sus pantalones, moviéndose de un modo extraño, uno que le hacía sonreír de forma perturbadora. Erin no estaba segura de lo que sucedía, pero sentía que, fuera lo que fuera, no era nada bueno.

—¿Te gustan los caramelos? —preguntó el Benefactor para su sorpresa.

Erin lo miró extrañada.

—Contesta. —De nuevo, aquel tono autoritario.

Ella asintió.

—Bien. Esto has de tratarlo del mismo modo.

Él hizo el amago de sacar algo de sus pantalones, algo que Erin jamás había visto, aunque sí conocía. La señal no llegaba, pero decidió que no seguiría.

Lo miró a los ojos intentando permanecer inexpresiva, contó hasta tres en su cabeza ajena a lo que él pretendía y se movió de prisa. Estiró la mano y clavó los dedos en los ojos del Benefactor. Él cayó hacia atrás sobre la cama gritando de dolor. Con la otra mano, Erin recuperó a Corazón.

El Benefactor agarró con ambas manos la muñeca de Erin, la retorció y la apartó de su cara al tiempo que la lanzaba contra el suelo de una patada.

Erin cayó sin soltar el puñal, pero el golpe fue tremendamente doloroso. Lo sintió en cada hueso de su cuerpo.

El Benefactor se llevó las manos a los ojos mientras la insultaba de todas las formas que sabía.

—Te mataré —prometió retorciéndose en la cama—. ¡Guardias! ¡Guardias! —gritaba sin descanso.

Erin trató de levantarse; sus brazos respondían bien, pero no sucedió igual con sus costillas. Algo la hería desde dentro. Empezó a temer que todo lo que le había contado Bra fuera una pantomima, que acababa de sentenciarse a muerte por atacar a su nuevo dueño por una simple broma de mal gusto. Pero entonces llegó la señal.

El Benefactor intentaba ponerse en pie cuando sucedió. La casa tembló hasta los cimientos y los sonidos del bosque se reprodujeron en aquel lugar. Aunque no lo hablara, Erin ya conocía el lenguaje de los monstruos.

La puerta se abrió dejando ver a Bra con el saco de la ropa del día anterior en una mano y el hijo del Benefactor en la otra.

—¡Deprisa! —gritó.

Erin se quedó quieta un instante preguntándose por qué demonios llevaba a aquel niño consigo. Pero la cara de urgencia de Bra lo dejó claro: no había tiempo para eso.

Empezó a levantarse con dificultad, sus heridas la estaban destrozando por dentro.

—¡Ni hablar! —exclamó el Benefactor lanzándose a por ella.

Erin quiso correr, pero sabía que él jugaba con ventaja.

—¡Corre! —le dijo a Bra, aunque esta no se movió.

Cojeó hacia la puerta con los ojos cerrados porque ya imaginaba los brazos del Benefactor alrededor de su cuerpo impidiéndole escapar. Sin embargo, la casa tembló de nuevo, aunque apenas contaron con milésimas de segundos para apreciarlo, porque la pared cayó al instante siguiente. Destrozada. Derribada por uno de aquellos monstruos de cráneo opaco y viscoso.

Un cuerno grueso salía del centro de su cara y sus seis piernas contaban con tres articulaciones diferentes. Pronto, el monstruo se encontró suspendido en medio de la habitación. Había incrustado sus garras, afiladas como cuchillas, en las paredes que todavía seguían en pie. Pero dejó una libre, la que clavó en la pierna del Benefactor.

—¡Vamos! —le urgió Bra a Erin.

Ella salió de la estupefacción que le había causado aquella aparición y continuó avanzando hasta alcanzar a su compañera. Dejaron los gritos de dolor del que era su supuesto dueño atrás y continuaron corriendo por el pasillo.

Dos guardias bajaron corriendo las escaleras alarmados por los bramidos de su jefe, mientras que otros siete combatían a un monstruo alado en la primera planta.

—Corre, Erin —dijo Bra—. Tenemos que llegar a las cocinas.

—¿Qué hay de Victoria? ¿Y Dafne? ¿Qué pasa con las demás? —preguntó nerviosa.

—Nos esperan allí —dijo Bra—. Las envié antes de ir a por el niño.

Erin miró la cara de espanto que tenía Lion. No sabía si Bra lo hacía por protegerlo o tenía motivos más oscuros para secuestrar al hijo del Benefactor, pero se alegró de que huyera con ellas.

La casa estaba oscura y el pánico parecía haberse apoderado de cada rincón, de cada mísera habitación, de cada interminable pasillo. Las cocinas estaban abajo, en una de las zonas de acceso al jardín trasero. Erin temió encontrarse con algún guardia en el proceso de huida, pero nadie se cruzó en su camino. Los golpes se repetían, los temblores se sucedían uno tras otro y los extraños gorjeos que una vez oyó en los Caminos del Azar eran ahora el eco característico de aquella casa.

Llegaron por fin a su destino. Bra estaba en lo cierto, el resto de las esclavas estaban en las cocinas. Parecían completamente desconcertadas, asustadas y desubicadas. Arrinconadas en el lugar más alejado mientras esperaban una señal, una orden, un milagro..., lo que fuera.

—¿Qué es ese ruido? —preguntó Dafne.

—¿Qué hace ella aquí? ¡Nos matarán por vuestra culpa! —dijo Aida mirando a Erin con desprecio. Pero ella sabía lo que se escondía tras aquel gesto; Aida solo la estaba rechazando por miedo. Después de todo, su trabajo aquella noche era satisfacer las demandas del Benefactor, y eso no era en absoluto lo que estaba ocurriendo.

A Bra parecieron darle igual las palabras de las chicas. Las ignoró por completo y emprendió el paso hacia la puerta trasera sin detenerse, como si no hubieran dicho nada, como si no importara que pudieran hacerlo. Erin la siguió. Las demás, aunque con más dudas, hicieron lo mismo.

Bra abrió aquella puerta. El jardín por el que Erin había huido apenas unas horas atrás se extendía ante ellas.

—Corred —ordenó Bra—. No miréis atrás.

—¿Y los monstruos? —la voz de Victoria temblaba.

—Están ocupados destrozando esta casa, no descansaran hasta que no quede nada de ella —respondió Bra—. Pero no os confiéis, no creo que eso les lleve mucho tiempo.

Erin miró más allá del camino de piedras que terminaba unos metros antes de llegar al bosque. Algo venía directo desde los Caminos del Azar, algo muy distinto a un monstruo, que parecía avanzar a toda velocidad.

Bra sonrió.

—Corred —insistió—. Corred como si os fuera la vida en ello.

X

HORRIBLES

Alcanzaron la carreta o la carreta los alcanzó a ellos. Había tres personas a bordo, tres encapuchados. Uno llevaba las riendas de los caballos y otros dos se encontraban de pie a los laterales de la carreta armados con un arco cada uno.

Las chicas subieron, Victoria y Dafne ayudaron a montar a Erin mientras Bra lanzaba al niño sobre el heno de la carreta. Aida continuaba alucinando con todo lo que estaba sucediendo. En realidad, no era algo fácil de asimilar para ninguna. Ni siquiera para Erin, que había recibido alguna que otra pista al respecto.

El encapuchado que conducía agitó las riendas, y los caballos comenzaron a galopar. Erin observó la casa que dejaban detrás; los monstruos venían de todas partes, corrían desde el bosque hacia el hogar del Benefactor y se lanzaban contra él como si fuera el mayor de sus enemigos. El traqueteo de la carreta le agitaba la cabeza y le impedía mantener el equilibrio. Se aferró a los tablones de los laterales para ayudarse a aguantar y contempló con espanto como algunas de aquellas criaturas cambiaban de rumbo al detectar la presencia de la carreta.

Pronto alcanzarían el bosque, pero eso no detendría a las bestias. Los arqueros comenzaron a disparar. Eran terriblemente certeros. Los disparos evitaban los pulidos cráneos de aquellos monstruos, las flechas volaban hacia zonas más blandas como aquellas que albergaban vísceras. Erin se preguntó cómo eran capaces de semejante precisión con el incesante movimiento de aquel vehículo.

Los primeros matorrales entorpecieron el paso de la carreta, pero fue todavía peor cuando tuvieron que esquivar los árboles. Los monstruos iban cayendo tras ellos. Disparo a disparo. Los bípedos caían como troncos con apenas un par de flechas bien lanzadas; los que corrían a cuatro patas costaban un poco más de abatir, puesto que sus zonas sensibles estaban fuera de alcance, pero se concentraron en las extremidades.

La carreta avanzó con dificultad hasta uno de los Caminos del Azar, Erin se lamentó recordando su experiencia la última vez que estuvo allí.

—Tranquila —oyó decir a Aida, que, por lo visto, había leído la preocupación en su rostro—. Teniendo en cuenta la cantidad de bestias que corrían hacia casa del Benefactor, no creo que queden muchos bichos de esos por aquí.

—Siempre hay algún rezagado —dijo el conductor.

Erin sintió una caricia familiar en aquella voz.

—Pero no os preocupéis —añadió—, ya veo los arándanos rojos.

Hizo un esfuerzo por mirar a través de aquella capucha, necesitaba encontrar el rostro de aquel desconocido que había resultado ser una mujer.

El lugar era precioso. Casi resultaba imposible creer que algo así existiera en medio de los Caminos del Azar. Un claro en el bosque rodeado de aquellos matorrales que parecían protegerlo todo.

Había plantas dentro de aquel círculo formado por arándanos rojos, plantas y tres árboles. No eran tan altos como los que había en el resto del bosque, de hecho, Erin tenía la sensación de no haberlos visto hasta que entraron en el claro. Fue como si aparecieran de repente.

Había luces en los árboles, pequeñas frutas luminosas que no había visto brillar al otro lado del claro. Era como si se tratara de una pequeña burbuja de esperanza, como un oasis de ensueño en medio de aquel lugar plagado de pesadillas.

Bajó de la carreta en último lugar. Le costaba asimilar todo lo que había vivido en tan poco tiempo, más todavía si tenía en cuenta que no entendía ni la mitad de las cosas. Pero había algo que tenía prioridad, algo en lo que no había dejado de pensar durante todo el trayecto. Corrió hacia la conductora encapuchada ignorando las quejas de aquellos con los que tropezó antes de alcanzarla. Tiró de la capucha y...

Ella rio.

Rio muy fuerte.

—Hola, enana —dijo Rym.

Erin se quedó de piedra. Bloqueada. Como si la mujer que estaba frente a ella no fuera más que un fantasma. Su tía la acogió en sus brazos y apretó tan fuerte que logró sacar a Erin del trance en el que se encontraba.

—¿C-c-cómo es posible? —tartamudeó todavía alucinada.

Rym volvió a reír. Su melena negra se balanceó con el movimiento y se colocó el mechón canoso que caía sobre su frente detrás de la oreja.

—¿Qué pensabas? ¿Que estaba muerta? —dijo separándose de ella—. Soy una superviviente, como tú.

Levantó la mano derecha para mostrarle la marca que compartían. Dos monstruos frente a frente. Las dos vergüenzas de la familia.

Entonces Erin empezó a comprenderlo todo. Se giró hacia Bra, que la miraba con sonrisa indulgente.

—Siento no habértelo contado antes —confesó arrepentida.

—El libro... —murmuró Erin recordando el regalo que Bra le había dado.

Ella rebuscó dentro del saco de ropa que había robado de la morada del Benefactor, sacó el pequeño poemario y se lo entregó de nuevo a Erin.

Erin acarició la portada sintiendo el relieve de aquellas letras doradas que rezaban La ventana. Luego, volvió a mirar a su tía. Continuaba sin poder creerse que Rym estuviera realmente frente a ella.

—¿Es el tuyo? —inquirió.

Rym asintió sonriente.

—Se lo regalé a Bra hace algún tiempo —ambas compartieron una mirada cómplice que reveló más de lo que Erin estaba preparada para saber—, solemos leer juntas cada noche. Como hacía contigo.

Erin la miró mientras abrazaba el libro contra su pecho. Empezaba a sentir el escozor en los ojos, el nudo en la garganta que trataba de contener un desbordamiento inminente.

Rym le acarició la mejilla con cariño.

—Ha sido toda una sorpresa encontrarte, enana —dijo—. Cuando Levi me lo contó...

Erin arqueó una ceja.

—¿Levi? ¿Lo conoces? —la interrumpió.

Rym la miró como si la respuesta fuera evidente.

—La pregunta es: ¿de qué lo conoces tú?

—Me salvó la vida en este mismo bosque —respondió—. De hecho...

Se le disparó el corazón. No podía haber sucedido otra vez, no podía haber vuelto a perder a Corazón.

Corrió hacia la carreta en busca del puñal. Palpó con esmero cada centímetro del carromato hasta que el destello de aquella magnífica arma conectó una vez más con sus ojos. Lo tomó con cuidado, observándolo como si fuera el tesoro más valioso del mundo.

Rym se apoyó sobre un lateral de la carreta y observó con interés lo que hacía su sobrina.

—¿Qué es eso, Erin? —preguntó.

Observó a su tía. No tenía cara de no saber lo que era un puñal, incluso parecía conocer exactamente de cuál se trataba. Era más bien como si estuviera esperando la respuesta de Erin, como si la pregunta que había hecho y la que deseaba hacer fueran cuestiones distintas.

—Levi me lo dio.

A Rym le cambió el gesto. Aunque trató de disimularlo, no pasó desapercibido para Erin. Habían pasado muchos años, pero seguían compartiendo aquella conexión especial.

—¿Quiénes sois, Rym?

En aquella ocasión, fue Erin la que preguntó algo distinto a lo que quería saber. Pero su tía supo leer entre líneas. La cuestión no era quiénes eran, sino qué eran.

—Siempre fuiste muy lista —contestó Rym sonriente.

—Quizá ella lo sea, pero las demás no —intervino Aida.

Rym se giró hacia ella sorprendida ante la interrupción.

—Bien —dijo caminando hacia el centro del claro—, supongo que ha llegado la hora de las presentaciones. Ennis, ¿haces los honores?

Uno de los arqueros encapuchados reveló al fin su rostro. Era un hombre joven, de ojos castaños y tirabuzones dorados. Tenía la mandíbula cuadrada y unos encantadores hoyuelos se hundían en sus mejillas al sonreír.

Señaló a su compañera arquera.

—¿Podría la dama despojarse de su capucha? —pidió con cierta zalamería.

La mujer obedeció. Era hermosa, de ojos verdes y una corta melena pelirroja. Estaba tensa y parecía triste. Había algo que la ponía nerviosa, aunque, desde luego, no eran las presentaciones.

—Ella es Vivian Remen, la calma que amaina mis tempestades —dijo el muchacho.

Erin se quedó pensando en aquel nombre, sabía que lo había oído antes.

—La mejor amiga, la mejor hermana, la mejor...

Rym se dio cuenta de que Vivian no terminaba de estar cómoda.

—Corta el rollo, Ennis —lo interrumpió—. Nuestras invitadas estarán hambrientas, así que será

mejor emplear la versión reducida.

Él asintió.

—Yo, como ya sabéis, soy Ennis. Ennis Verona. No me temáis por mi género, soy tan monstruo como cualquiera de vosotras —dijo mostrando una marca idéntica a la que portaban Erin y las demás en la mano derecha.

No podía ser. «Esa marca solo se la infligen a mujeres», pensó Erin.

—A Bra, maestra del sigilo, ya la conocéis —dijo mientras le guiñaba el ojo—. Y esta de aquí —comentó señalando a Rym— es Rymeliet Kamervin, líder de las Horribles.

—Espera, ¿qué? —preguntó Erin atónita a la vez que saltaba de la carreta para dirigirse hacia su tía.

Ella volvió a reír.

—Calma, calma —le pidió Rym alzando las manos en señal de rendición—. Tenemos mucho de qué hablar, estoy de acuerdo. Pero será mejor hacerlo en un lugar seguro.

Erin frunció el ceño.

Rym le dio la espalda y avanzó hacia uno de los árboles que había en el claro.

—¿Este sitio no lo es? —quiso saber.

Rym no contestó en un primer momento, sino que continuó andando hasta llegar al árbol y extendió las manos hacia su tronco. Colocó los dedos en un grueso surco de su corteza y tiró de él. Una puerta se abrió ante ellos.

—Vamos —dijo Rym invitándolos a entrar.

Sus ojos se detuvieron en Erin mientras todos avanzaban hacia el interior de aquel tronco hueco.

—Te lo contaré todo.

XI

MONSTRUOS

Descendieron bajo tierra a través de unas raíces dispuestas a modo de escalera en el lateral opuesto del tronco. Eran resistentes. Desde luego, debían serlo para poder soportar el peso de todos ellos sin romperse.

La guarida de las Horribles era un habitáculo enorme y subterráneo iluminado por aquellas extrañas luces en suspensión que había en el claro. Erin no podía dejar de mirarlas, hacían que el ambiente fuera mágico.

Había cinco grandes hamacas colgadas de las raíces que caían desde el techo y un montón de comida preparada en la mesa del centro. La galería tenía forma de triángulo y los vértices eran los túneles que llevaban a los árboles huecos situados en la superficie.

—¿Te gusta? —dijo Rym mientras ponía el brazo sobre sus hombros—. Sé que no es algo a lo que estés acostumbrada, pero...

Erin se giró hacia ella.

—¿Y a qué estoy acostumbrada según tú?

Rym la miró compasiva.

—Erin... Apenas llevas unos días siendo repudiada, es normal que siga superándote la situación. No tiene nada de malo —dijo su tía.

—Quizá si supiera qué es lo que está pasando, sería más sencillo adaptarme —respondió algo a la defensiva—. ¿Líder de las Horribles? ¿En serio?

Rym asintió.

—¿De veras te sorprende? ¿Con todo lo que te contaba? —preguntó.

No. No le sorprendía en absoluto.

—¿Viniste a salvarme? —quiso saber.

Rym suspiró.

—Me gustaría poder decir que sí, pero...

—No sabías que estaba allí —la interrumpió Erin.

Su tía asintió de nuevo.

—Fue pura casualidad —admitió.

—¿Por qué atacasteis la casa del Benefactor, entonces? —preguntó Erin.

Rym miró hacia el lugar en el que se encontraban todos. Sus ojos se centraron en Vivian, que ofrecía alimentos —sin demasiado éxito, por cierto— al hijo del Benefactor.

—Ven, hablemos —dijo mientras guiaba a Erin hacia una de las hamacas. La que estaba situada más lejos del resto.

Ambas se sentaron, aunque a Erin le resultó un pelín más complicado encontrar un modo adecuado de hacerlo. Todavía llevaba aquella incómoda ropa que la habían obligado a vestir, era difícil moverse sin dejar al descubierto más carne de la que le gustaría. Era humillante.

—Tenemos pantalones, túnicas, vestidos... Puedes ponerte lo que quieras —dijo Rym al percatarse de la incomodidad de su sobrina.

—Gracias —respondió Erin con sinceridad.

Entonces, Rym le hizo un gesto a Bra, que no tardó en presentarse ante ellas con una especie de macuto lleno de ropa. Sacó un vestido rojo, luego unos pantalones marrones, después una camisa blanca, otra azul, una túnica verde...

Erin estiró el brazo para coger los pantalones y una de las camisas. No podía seguir viendo semejante despliegue de atuendos cuando lo único que le interesaba era cubrirse con algo y sentirse cómoda. Tanto como fuera posible.

Bra sonrió.

—Voy a ofrecérselo a las demás —dijo—. Y yo también debería ponerme algo más apropiado.

—A mí no me disgusta lo que llevas —bromeó Rym.

Erin volvió a percibir aquella conexión especial entre ellas.

Bra le guiñó un ojo antes de marcharse.

—¿Estáis...? —preguntó Erin algo intranquila.

—¿Juntas? —adivinó Rym con rapidez.

Erin guardó silencio.

—Sí. Estoy enamorada de ella.

Su tía hablaba de un modo tajante, como si sintiera que Erin la estaba juzgando.

No se trataba de eso. La homosexualidad era algo prohibido, las personas que se sentían atraídas por aquellas de su mismo sexo eran castigadas y esclavizadas. Erin solo se estaba preocupando por ella.

—Es peligroso —le advirtió.

Rym soltó una cínica risotada.

—¿Vas a darme lecciones sobre lo que es peligroso, Erin? —preguntó en tono burlón—. Hace doce años que me repudiaron y he sobrevivido. He sufrido lo suficiente como para saber qué riesgos merece la pena correr, créeme. Y el amor es uno de ellos.

Ambas se miraron durante unos instantes. Erin tenía ante sí a una mujer distinta; era cierto que Rym había vivido muchas cosas desde que se separaron, pero su adorada tía seguía dentro de ella, aunque había mucho más acompañándola. Había dolor, miedo y angustia, pero también felicidad. Y mucha.

Por primera vez en su vida, sintió que tenía delante a una mujer feliz. Rym era lo que siempre había deseado ser: libre.

Sonrió.

—¿Y qué hay del riesgo de atacar de ese modo la casa de uno de los hombres más influyentes del país? —preguntó volviendo al tema que les ocupaba.

Su tía sonrió al agachar la cabeza.

—Ese también ha merecido la pena. Estás aquí, ¿no?

—Pues sí, pero ya me has dicho que no lo hiciste por eso. Así que...

—Las Horribles ayudan a las repudiadas. Eso lo sabes, ¿verdad? —inquirió Rym.

Erin asintió.

—Pero lo que no sabes es que no pensamos hacerlo para siempre —añadió.

Erin la miró extrañada.

—¿Qué quieres decir?

—Que las cosas tienen que cambiar —sentenció—. Acabar con el Benefactor es solo el primer paso para conseguirlo.

Rym miró de nuevo hacia Vivian y Lion.

—¿Para qué queréis al niño? —preguntó Erin.

Rym se giró hacia ella.

—Deja que te explique algo primero —dijo—. El grupo de las Horribles, como ya has visto, está formado por cuatro personas. Bra y yo somos simples repudiadas, como tú, pero el caso de Ennis y Vivian es... distinto.

Erin recordó la marca que lucía Ennis en la mano.

—Lo sé. Se supone que los hombres no deben ser marcados —razonó.

—Y no lo son —respondió Rym—. Ennis se marcó él mismo.

Erin abrió la boca sorprendida.

—¿Por qué?

—Porque, aunque sea un hombre, también es un repudiado —contestó su tía.

Solo existía una razón por la que el resto de hombres trataban así a otro de su género.

—Ennis y yo nos parecemos mucho —continuó diciendo Rym—. Cuando nos conoció a Bra y a mí, quiso unirse a nuestro grupo. Al principio, nos negamos. No queríamos hombres, no después de todo lo que había pasado. Pero él nos demostró que no todos eran como creíamos, del mismo modo que no todas las mujeres son como nosotras. Algunas nos han hecho mucho daño, Erin.

No hizo falta decirlo para saber que estaba hablando de su hermana, de la madre de Erin. Ambas sabían que Ordana jamás las había ayudado, aunque, en el fondo, las dos pensaban que una parte de ella había deseado hacerlo.

—Ennis se arriesgó por nosotras —siguió diciendo Rym—. Había sufrido, había sido despreciado y humillado. Y todo por amar. Cuando lo aceptamos, se marcó para que todo el mundo viera que estaba de nuestro lado. Del tuyo.

Erin observó a Ennis. Estaba junto a Vivian, que continuaba con gesto preocupado, aunque él, por el contrario, no hacía más que bromear mientras intentaba arrancar una sonrisa al pequeño Lion.

—Creía que había algo entre él y Vivian —confesó.

—Lo hay —respondió Rym para su sorpresa—. Ennis es impulsivo, emocional y algo inestable. Vivian es la única capaz de templar su carácter. Al menos, un poco. Pero solo son amigos.

—¿Y qué hay de ella? ¿Por qué su caso también es distinto?

Rym se echó hacia atrás y miró las luces que flotaban sobre sus cabezas.

—Porque es una repudiada tardía —respondió.

Erin frunció el ceño.

—¿Una qué?

—Una repudiada tardía —repitió Rym—. Vivian fue conquistada, desposada a su regreso y marcada al huir de su horrible marido.

Erin volvió a mirar en dirección a Vivian. Se fijó en la tristeza de sus ojos, en la tensión de su cuerpo incluso estando a salvo en su guarida. Se fijó en el hecho de que no hubiera desviado la atención de Lion en ningún momento.

—¿Tuvo hijos antes de huir? —preguntó.

Los labios de Rym se torcieron en una media sonrisa.

—Siempre tan perspicaz —había orgullo en su voz.

—¿Por eso atacasteis la casa del Benefactor? ¿Él fue el marido del que Vivian huyó? —continuó deduciendo.

—Que Vivian recuperara a su hijo era uno de los motivos, sí. Aunque hay otros. Ya te he dicho que es el primer paso para el cambio —le recordó Rym.

Erin miró hacia su regazo. Corazón seguía allí, brillando bajo las luces en suspensión.

—¿Y qué hay de Levi? —dijo de pronto—. ¿Qué pinta él en todo esto?

El gesto de Rym cambió al oír aquello. Se puso serio.

—Levi nos está ayudando —respondió secamente.

—¿Cómo?

Rym suspiró.

—Es alguien poderoso, Erin. Y también peligroso —le advirtió—. Levi es quien atrajo a los monstruos a casa del Benefactor. Él sabe cómo hacerlo.

—¿Y por qué? ¿Por qué os ayuda? —continuó indagando.

—Porque cree en el plan.

—¿Y cuál es el plan? —preguntó intrigada.

Rym clavó sus profundos ojos en ella.

—Matar a los monstruos. A los de verdad.

—¿Te refieres a... Ellos? —No se atrevió a nombrar a los Señores de la Sorpresa.

Su poder abarcaba demasiado, controlaban todo y a todos; el simple hecho de mencionarlos le hacía sentir como si estuviera poniéndolos a todos en peligro.

Rym asintió.

—¿Y cómo pensáis hacerlo?

Fue más bien una pregunta sarcástica, tenía claro que acabar con los Señores de la Sorpresa era prácticamente una misión suicida.

Rym se llevó la mano al bolsillo del pantalón y sacó un frasco que a Erin le resultó de lo más familiar. El líquido negro de su interior le trajo recuerdos de terror y agonía, pero también de alivio. Recordó el día en que conoció a Levi. Al cazador.

—¿De dónde has sacado eso? —preguntó boquiabierta.

Rym sonrió con suficiencia.

—Creo que ya lo sabes —contestó sin más.

—¿Te lo ha dado él? —dijo refiriéndose a Levi.

—Este en concreto no, pero me ha traído muchos otros, sí.

Erin no quiso preguntar en aquel momento por qué otra persona en el mundo se dedicaba a cazar monstruos gigantes para conseguir su sangre. Estaba demasiado conmocionada con la insensata de su tía y su propósito. ¿O debería decir despropósito?

—¿Qué pretendes, Rym? ¿Cómo se supone que vas a vencerlos con eso?

—No los venceré con esto, los venceré con armas fabricadas a partir de esto —dijo sosteniendo el frasco frente a los ojos de Erin.

Erin arqueó una ceja.

—Las armas no pueden matarlos, otros lo han intentado antes —le recordó—. ¿En qué va a cambiar eso un poco de sangre de monstruo?

—En que ahora sabemos la verdad, Erin. Ahora sabemos quiénes son esos monstruos —respondió Rym mirándola fijamente.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Erin con voz trémula.

—La sangre que ves aquí —dijo señalando el frasco— es sangre maldita. Sangre que condena a aquellos que la corrompieron.

Erin guardó silencio mientras trataba de entender.

—Los monstruos son sus hijos, Erin —dijo finalmente Rym—. Los que tienen con aquellas que conquistan, los que convierten en bestias malditas a cambio de poder.

Seguía sin comprender nada. ¿Los monstruos del bosque, hijos de los Señores de la Sorpresa? ¿Eso era lo que estaba diciendo? Debía de haberse vuelto loca.

—Hablo en serio —insistió Rym—. Los Señores de la Sorpresa son los primeros hombres, los primeros hijos, los primeros agraciados con el don del máximo potencial. Siempre se ha dicho que lo consiguen a cambio de un corazón pleno y siempre hemos creído que se refería al amor. Siempre se han justificado las conquistas con eso. Pero no, Erin. Tiene un sentido más literal.

—¿El corazón de sus hijos?

Rym asintió de nuevo.

—Nos raptan para engendrar hijos, hijos a los que les devoran el corazón pervirtiendo su alma y convirtiéndolos en los monstruos que has visto hoy —explicó.

Erin no daba crédito a las palabras de su tía.

—Pero ahí está la clave, enana —dijo Rym volviendo a captar su atención—. Si hechizamos nuestras armas con la sangre que ellos mismos maldijeron, lograremos vencerlos.

—¿Y cómo se supone que vamos a hacerlo?

Rym sonrió al escuchar aquellas palabras, al ver que Erin, inconscientemente, se había incluido en el proyecto.

—Ese es el siguiente paso —comentó algo más decaída—. Existe la magia, eso lo sabemos. De otro modo, no habría forma de mantener a los monstruos en el bosque ni aparecerían estas odiosas marcas en nuestras manos al cumplir los veintiuno —dijo levantando su mano derecha—. Y, según se dice, también existen los hechiceros. Solo tenemos que encontrar uno.

—Lo dices como si tuviéramos la más remota idea de por dónde empezar a buscar.

Ennis las sorprendió con un cuenco de galletas en las manos.

—He pensado que tendrías hambre —dijo ofreciéndoselo a Erin.

Ella tomó una. El aroma a cacao invadió sus fosas nasales. La devoró en un simple bocado y pasó rápidamente a la siguiente.

—Cualquiera diría que no te has comido una galleta en tu vida —bromeó Ennis.

—En realifaf, no comía una fan buena defde... —Erin calló de repente al recordar las galletas de canela que le había ofrecido aquella mujer en Conburg.

Tragó al percatarse.

—¿Cómo has dicho que se llama Vivian? —preguntó pillando por sorpresa a Ennis.

—Vivian —respondió como si fuera obvio—. ¿No decías que era lista? —le dijo a Rym en tono burlón.

—El apellido —especificó Erin—. Dime su apellido.

Él arqueó una ceja.

—Vivian Remen, ¿por qué?

Así se llamaba la mujer de Conburg, Edna Remen. ¿Acaso tendría algo que ver con Vivian? Pero eso no era lo más importante. No, desde luego que no. Lo verdaderamente relevante, lo que se había quedado parpadeando en la mente de Erin como si no existiera nada más en el mundo, eran las palabras que en su día le dijo aquella mujer: «Hay un modo de librarte de la marca».

Quizá estuviera equivocada, quizá no fueran más que simples conjeturas, pero... Si, tal como había dicho Rym, la marca de las repudiadas era cosa de magia, quitarla también lo sería, ¿no?

—¿Qué? ¿Qué ocurre, Erin? —preguntó su tía.

—Sé dónde encontrar a tu hechicero.

XII

HECHICERO

El regreso a Conburg fue completamente distinto, Erin se sentía como alguien diferente. No solo la ropa que las Horribles le habían dado la hacía sentir más segura, sino que, de algún modo, en un punto del camino había empezado a perder el miedo. La vida no era como los demás decían que era, la vida era como cada uno decidía vivirla. Y ella empezaba a entender que ser una repudiada, pese a convertirte en el blanco de cientos de depravados y sujeto de millares de comentarios malintencionados, también te hacía libre.

Él la encontraría a ella. Eso le había dicho Edna. Solo tenía que volver al lugar en el que la atraparon los hombres de Alvin, ir más allá de los arándanos rojos y encontrar el árbol de flores violetas.

Sonaba sencillo, ¿qué podía salir mal?

Escogieron ir de noche porque, por lo general, todo solía estar más tranquilo. No se oía nada en la ciudad, no se veía nada, nadie se atrevía a salir a la calle, y Erin sabía por qué. No hubo carretas aquella vez, hicieron el camino a pie, aunque no fueron todos. Siguiendo la norma suprema de Rym, líder de las Horribles, Victoria, Dafne y Aida escogieron su destino y decidieron permanecer en la guarida. Y con respecto al pequeño Lion, fue Vivian quien insistió en que no los acompañara.

—¿Y de qué conoces tú a un hechicero? —preguntó Ennis.

Desde luego, no era de los que se lo pensaba antes de hablar.

Erin se encogió de hombros.

—No lo conozco —admitió.

—Ni siquiera sabe si es exactamente un hechicero —dijo Bra.

—¿Qué? —exclamó Ennis—. ¿Y por qué demonios estamos exponiéndonos de esta manera?

Rym se giró hacia él.

—¿Desde cuándo te preocupa exponerte? —Volvió la vista al frente—. Siempre te ha gustado la adrenalina, Ennis.

Él se rascó la cabeza.

—Sí, bueno, pero... —empezó a dudar—. Es que no lo entiendo, ¿sabemos dónde vamos, acaso?

Bra agitó la mano un par de veces.

—Más o menos.

Ennis arqueó una ceja.

—¿Más o menos? —repitió.

Erin miró a Vivian, que caminaba cabizbaja. No debían llamar la atención, así que andaban por la ciudad cubiertos con oscuras capas marrones y avanzaban a paso raudo. Ya casi habían cruzado el puente, solo tenían que llegar al final de aquella callejuela y seguir el camino de arándanos.

—Una mujer me dio las indicaciones necesarias —contestó mientras reprimía el impulso de preguntarle a Vivian por Edna.

—¿Seguro que eran las necesarias? —desconfió Ennis.

Entonces, las piedras que erigían el puente temblaron bajo sus pies. Todos miraron hacia el suelo, todos salvo Rym. Su tía observó el cielo con preocupación justo antes de instarles a moverse más deprisa.

—No busques en el cielo, querida, estoy justo aquí.

Era una voz profunda y sugerente. Pero, aun así, Erin sintió un escalofrío al escucharla. Todos se giraron despacio para observar al hombre del que procedía. Era tan atrayente como su voz. Alto, aunque no tanto como Levi, de ojos verdes y cabello plateado.

Una extraña brisa corría aquella noche, como aquella que se libera cuando se avecina una tormenta. Él deslizó la mirada por todo el grupo y se detuvo en Vivian.

—Cuánto tiempo, Vivian, ¿Me echabas de menos? ¿Por eso huiste?

Su voz era melosa, sugerente e inexplicablemente atractiva.

Vivian no se movió ni respondió a sus preguntas. A él no pareció importarle, observó de nuevo al grupo y clavó sus ojos en Erin.

Rym dio un paso al frente, extendió un brazo para protegerla y elevó el puño para que aquel desconocido pudiera ver la marca de su mano.

Él sonrió con suficiencia.

—Todas repudiadas, ¿eh? —dijo—. Pero ¿qué hay de ti?

Avanzó para dirigirse a Erin, Rym la empujó hacia atrás enseñando los dientes.

—Eres toda una fiera. —Sus ojos miraron a Rym con lascivia—. Me pregunto por qué nadie quiso conquistarte.

El desconocido alzó el mentón con soberbia examinándola de arriba abajo.

—¿Quién dice que no quisierais? —dijo ella al tiempo que desenfundaba sus espadas gemelas—. No todo depende de vuestra voluntad, Owen.

Él pareció sorprenderse.

—¿Sabes mi nombre? —preguntó.

—Tenemos referencias —respondió Ennis desde su posición y señaló a Vivian con la cabeza—. Además, eres el único de esos desgraciados con el pelo blanco.

Una pequeña hacha asomaba bajo la capa.

Él lo miró con desprecio.

—Un Incorrecto —comentó.

Erin contuvo el aliento. Sabía que ese era el apodo que recibían aquellos que osaban amar libremente. El que ese tal Owen hubiera dado a Rym o a Bra si supiera de la relación que existía entre ellas.

Ennis sonrió.

—Eres tú el que no ha estado muy acertado molestándonos —respondió.

Owen no se desprendió del desdén de su mirada, pero volvió a sonreír.

—Solo sois un atajo de insolentes. Tenía otros planes para esta noche —dijo mirando hacia la casa que había a su izquierda—, pero creo que acabo de encontrar algo mucho más excitante.

Miró a Erin una vez más. Ella, en un acto reflejo, se aferró a la empuñadura de Corazón. Lo sintió latir contra la palma de su mano. Creyó estar volviéndose loca.

Owen respiró hondo mientras extendía ligeramente los brazos. El aire empezó a viciarse con una energía oscura que se materializó en sombras ondeando alrededor de los brazos de aquel desconocido. No podía ser. Erin se echó a temblar a la vez que asimilaba la posibilidad de haber tropezado con uno de ellos.

Los ojos de Owen recorrieron a Erin de arriba abajo. Se relamió los labios.

—Raymond tiene razón, eres igual que tu madre —le dijo.

Todos sacaron sus armas dispuestos a pelear, pero la oscuridad centelleó ante ellos atrapándolos en un universo desconocido. Aunque solo duró un instante. El suelo tembló más fuerte que nunca y todos lucharon por mantenerse en pie.

Erin trató de averiguar lo que pasaba, pero solo veía el mundo un poco más oscuro. Y truenos. Sí, los truenos habían vuelto, aunque seguía sin liberarse ninguna tormenta.

Rym la agarró del brazo para tirar de ella.

—Vamos, hay que darse prisa.

Las palabras de su tía lograron sacarla de aquel bloqueo, aunque seguía sin comprender qué demonios había sucedido con aquel... Sí, sin duda, Owen era un Señor de la Sorpresa. Y, por lo que podía deducirse, se trataba de aquel que conquistó a Vivian en su momento.

Corrieron de nuevo en busca de aquel lugar que nadie les aseguraba llegar a encontrar mientras aquellos fuertes sonidos tronaban a sus espaldas.

—¿De verdad era...? —preguntó Erin con la respiración agitada.

—¡Ahora no! —le gritó Rym sin dejar de correr.

Dejaron atrás los adoquines, igual que la última vez. Erin solo podía rezar por no volver a tropezar con Alvin y sus secuaces. Aunque después de lo que acababa de suceder, estaba claro que había cosas mucho peores en el mundo.

Los arándanos estaban cerca. Podía verlos al final del camino, anticipándose a los terroríficos árboles del bosque. Un último esfuerzo. Corrió como si le fuera la vida en ello, sin dejar de pensar en aquel ser oscuro que les pisaba los talones. Un demonio capaz de nombrar al Gran Señor sin inmutarse, sin titubear. Un Señor de la Sorpresa que aseguraba haber conocido a su madre.

Cruzaron los arbustos a punto de desfallecer, y entonces, mientras la mayoría aprovechaba aquella sensación de seguridad para recuperar el aliento, Rym se acercó a su sobrina.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

Erin era incapaz de hablar, sentía agujas en el estómago, latidos en la garganta y la boca le sabía a sangre.

—Erin, esto es serio —la apremió—. Owen es un Señor de la Sorpresa, los arándanos no suponen ningún obstáculo para él.

El corazón se le encogió.

—¿Qué? —preguntó al enterarse de que seguían sin estar a salvo.

—¿Qué-hacemos-ahora? —repitió Rym despacio y firme.

Erin trató de recordar. Comenzó a caminar ajena a que el resto la seguía con atención.

—Avanza entre los árboles —murmuró sin detenerse—. Avanza sin perder de vista los arándanos rojos. —Acarició con la mano los arbustos que parecían estar guiándola—. Busca el árbol de flores violetas.

—¿Flores violetas? —preguntó Ennis buscando con urgencia—. No veo ningún puto árbol con flores aquí.

—Es que no existen —dijo Bra también acuciada por la prisa—. No hay flores en este condenado bosque.

—Ella me dijo que sí —insistió Erin—. Edna dijo que...

Alguien agarró su brazo.

—¿Edna? —preguntó Vivian clavándole los ojos—. ¿Edna Menon?

Erin negó con la cabeza.

—Remen —dijo—. Edna Remen dijo que él me encontraría.

Vivian abrió la boca para hablar, pero las hojas del bosque comenzaron a moverse. Como un rumor extendiéndose de árbol en árbol. Un tímido huracán los sacudió, y todo a su alrededor se tiñó de luz. El bosque, el bosque entero, se volvió violeta. La tierra se quebró bajo sus pies y un grueso árbol de piedra amarilla ascendió desde el subsuelo para aparecerse ante ellos. El mundo se detuvo, el árbol floreció y sus piedras revelaron una puerta que los invitó a entrar.

Todos contemplaron con asombro lo acontecido.

Rym apoyó la mano en el hombro de su sobrina.

—Bien hecho —la felicitó.

—Pero yo... —comenzó a decir Erin.

Nadie la escuchó, los demás avanzaron hacia el árbol de piedra como si lo sumamente extraño que era todo no les causara reparo alguno. Pero Vivian permaneció a su lado.

—¿De qué conoces a mi hermana? —preguntó con la voz quebrada.

Erin dedujo entonces que Remen debía de ser el apellido de soltera de Edna. No se sintió sorprendida con aquella revelación, sí con el hecho de que a Vivian le afectara tanto.

—Me salvó la vida cuando llegué a Conburg —respondió.

—¿Es que a ti todo el mundo tiene que salvarte la vida? —preguntó Ennis antes de adentrarse en la torre.

Erin trató de que no le afectara aquel comentario, pero no pudo evitar sentirse como alguien débil y pusilánime.

—No le hagas caso —dijo Vivian—. Está bromeando, aunque a su manera.

Ambas compartieron una mirada cómplice.

—No sabía que fuera tu hermana —contestó Erin.

Vivian negó con la cabeza.

—No te preocupes. Ni siquiera sabías quién era yo hasta hace poco —respondió comprensiva—. Así que ella te dijo dónde hallar al hechicero, ¿no?

Miró hacia el árbol de flores violetas, aunque, para Erin, parecía más bien una torre.

—Técnicamente. Me dijo que aquí me quitarían la marca —explicó.

Vivian asintió sin dejar de mirar hacia el torreón cubierto de flores que se alzaba ante ellas. Sonrió.

—Supongo que al final lo consiguió —dijo en voz baja.

—¿El qué? —preguntó Erin con curiosidad.

Vivian la miró y levantó la mano para mostrar su marca.

—Librarse de esto.

Erin negó con la cabeza.

—Edna sigue marcada —dijo.

Vivian frunció el ceño.

—Entonces, ¿por qué iba a conocer al hechicero? —se preguntó a sí misma.

—Pregúntate más bien por qué este monolito ha aparecido al pronunciar su nombre. —Los rizos dorados de Ennis asomaron por la puerta—. Rym dice que mováis el culo.

Ambas obedecieron. Pero, al cruzar el umbral de aquel árbol de piedra, notaron como los ojos de Ennis se abrían desmesuradamente antes de dar paso a la más encantadora de las sonrisas.

—¡Dash Farray! —exclamó sin cambiar un ápice su expresión.

Las dos se dieron la vuelta para ver al recién llegado. A un nuevo desconocido, al menos para Erin.

Él también sonreía mientras daba un par de golpecitos en el saco que cargaba sobre su hombro. Lo que llevara ahí dentro tintineó con el movimiento.

El tal Dash avanzó hacia ellos con el ceño fruncido. Se movía con una elegancia suprema y era aún más guapo de cerca. Parecía de otro planeta. Sus gigantescos ojos pardos se escondían tras unos hermosos tirabuzones castaños que caían alocadamente sobre su rostro. Se detuvo ante ellos yladeó la cabeza, sus ojos relucían con curiosidad.

—¿Cómo demonios lo habéis hecho?

XIII

MAESTRO

Dentro de la torre solo había escaleras. Humedad, luz cálida y muchísimas escaleras. Empezaron a subir los peldaños mientras Ennis le explicaba a Dash lo que había ocurrido, la razón por la que estaban allí y lo emocionante que había sido todo. Erin observaba con diversión el entusiasmo que Ennis trataba inútilmente de ocultar, estaba claro que Dash Farray le gustaba.

Vivian y ella caminaban detrás. La conversación sobre Edna había dejado a la Horrible reflexiva, aunque, desgraciadamente, Erin no podía darle más respuestas. De hecho, se le habían planteado nuevas preguntas.

—¡LARGO DE AQUÍ!

El grito llegó del otro extremo de las escaleras. Era una voz grave, aunque no parecía natural. Era como si pretendiera espantarlos, como si solo se tratara de un truco para hacer que se marcharan.

Dash comenzó a correr escaleras arriba y todos lo siguieron. Al llegar a la habitación más alta de la torre, encontraron al resto de las Horribles de pie en el centro mirando a su alrededor tratando de localizar el origen de aquella voz entre la infinidad de trastos que los rodeaban.

Rym alzó las cejas al percatarse de la presencia de su nuevo acompañante.

—¿Dash? ¿Eres tú? —preguntó desconcertada.

Él avanzó hacia ella y dejó el saco en el suelo.

—¿Dónde está Mórolin?

Rym arqueó una ceja.

—¿Quién?

—El hechicero —respondió Dash—. ¿No estáis aquí por eso?

—Pues sí, pero...

—¡FUERA, INTRUSOS! ¡OS ARREPENTIRÉIS DE HABER INVADIDO LA MORADA DE MÓROLIN DE ARBENGAUT! —Aquella voz antinatural retumbó en las paredes de la torre

haciendo temblar hasta los cimientos.

Dash comenzó a reír.

Rym le dio un codazo.

—¿De qué te ríes, imbécil? —preguntó atónita por su despreocupación.

—Ese que habla no es Mórolin. Sal de donde estés, renacuajo —dijo a la vez que sus ojos recorrían cada rincón de la habitación—. ¿Cómo era? ¿Cómo se llamaba?

Dash comenzó a chasquear los dedos repetidamente mientras buscaba el nombre en su memoria.

—¿Cómo se llamaba quién? —quiso saber Bra.

Dash se giró hacia ella, sus tirabuzones bailaron con aquel movimiento.

—El mocoso que trabajaba para él —le respondió sin inmutarse—. Eres tú, ¿verdad? —volvió a gritar en medio de aquella habitación.

Ennis, Vivian y Erin aguardaban cerca de la escalera.

—¿Este es el hechicero al que buscabais? —preguntó Rym.

Dash asintió.

—Por cierto, ¿qué haces aquí? —añadió Rym.

Al parecer, ni siquiera ella lo esperaba.

—Os estaba buscando —contestó—. Pasé por casa del Benefactor, no quedaba nadie con vida allí. Ni nada.

Dash le dio una ligera patadita al saco que había traído consigo.

—¿Viste su cadáver? —quiso asegurarse Vivian.

Dash se giró despacio para hacerle un gesto con el pulgar. Erin sintió el alivio en el suspiro de Vivian.

—Lo que no me explico es cómo habéis encontrado la torre —continuó dirigiéndose a Rym—. Sabes cuánto tiempo llevamos buscándola Levi y yo. —Los oídos de Erin se agudizaron al escuchar aquel nombre—. Llegamos a pensar que Mórolin había muerto, pero si la torre os ha acogido es que él sigue aquí dentro. Por cierto, ¿cómo habéis dado con ella?

Rym señaló a Erin con el índice.

—Mi sobrina nos guio.

De pronto, toda la atención de Dash cayó sobre ella. Jamás se había sentido tan intimidada, ni siquiera el día que conoció a Levi.

—¿Esa es tu sobrina? —preguntó con extraño interés.

Rym le dio un manotazo en el hombro para que volviera a prestarle atención.

—Céntrate, Dash. ¿Dónde está el hechicero? —dijo.

Él se encogió de hombros.

—Está aquí, eso seguro. Al menos, su cuerpo debe de estarlo —respondió sin inmutarse.

—¿Su cuerpo? —repitió Bra espantada—. ¿Insinúas que ha muerto?

—¡VOSOTROS SOIS LOS QUE MORIRÉIS SI NO OS MARCHÁIS! —amenazó de nuevo la voz.

Dash se apartó el pelo de la cara y respiró profundamente.

—Venga, chico. Es inútil seguir fingiendo. —Empezó a caminar por la habitación—. Sal, cuéntame lo que ha pasado, y puede que te perdone la vida.

—Siempre he admirado tus dotes de negociación —ironizó Rym.

Él le dedicó una sonrisa.

—Como siga sonriendo así voy a tener que ausentarme unos minutos —susurró Ennis, que estaba de pie junto a Erin.

Vivian le dedicó una mueca de repulsión que Erin encontró de lo más divertida.

—Esa información era del todo innecesaria —le dijo.

—Y eso que he tratado de ser lo más discreto posible —bromeó él.

Erin rio.

—¡Dilin! —gritó Dash de repente—. Era Dilin, ¿verdad? ¡Mueve el culo y aparece!

Ennis se inclinó hacia Vivian.

—¿Es normal hablarle así a un hechicero? —preguntó en voz baja—. Quiero decir, ya sé que Dash es la leche y todo eso, pero... ¿no podría convertirlo en rana o algo por el estilo?

—Y esa sería tu peor pesadilla, ¿verdad? —respondió Vivian.

Una sonrisa juguetona se dibujó en el rostro de Ennis.

—No si pudiera devolverlo a la normalidad con un beso —dijo él.

—Eso es lo que pasa con los príncipes, Ennis —comenzó a decir Vivian—. No creo que funcione igual con...

—Diliiiiiiin —canturreó Dash interrumpiéndola.

—¡ES DÓRONDIL DE ARONDELE! —La voz profunda se volvió aguda y trémula por un instante. Luego, se aclaró la garganta—. ¡TRATA BIEN A MI FIEL APRENDIZ Y SERÁS BIEN TRATADO POR EL MAESTRO!

Dash soltó un bufido.

—Deja esta pantomima, chico. Empiezo a aburrirme, te lo advierto.

Ennis soltó un largo silbido.

—Me gusta cuando se aburre —comentó.

Vivian lo miró por encima del hombro.

—¿Hay algún momento en el que no te guste? —preguntó.

—Cuando recuerdo lo hetero que es... —se lamentó, apoyando el brazo en la puerta de uno de los muchos armarios que plagaban la habitación.

La puerta chirrió como si fuera real y un segundo más tarde se desvaneció, provocando la caída de Ennis. Se dio de bruces contra el suelo, aunque nadie le prestó demasiada atención cuando todos los muebles de la torre comenzaron a desaparecer.

Dash sonrió con malicia y extendió ligeramente los brazos. Erin observó aquella postura, no era la primera vez que la veía.

—Tu primer escudo ha caído —dijo él—. Ahora muéstrate o prepárate para cuando te encuentre.

La luz cambió, la calidez de la torre se esfumó dejando paso a un ambiente frío y lúgubre, mientras la energía se concentraba alrededor de los brazos de Dash.

—No puede ser...

Erin retrocedió.

Estuvo cerca de caer por las escaleras, pero Vivian y Ennis la atraparon a tiempo.

—Lo es, querida —dijo el muchacho de adorables hoyuelos—. Lo es.

Ella no podía apartar los ojos de Dash. Era casi peor que el propio Ennis.

—Vale, vale, vale.

Una voz suave y asustada sonó a través de la piedra de la torre al tiempo que Dash se relajaba. La calidez regresó. Y con ella, el resto de bártulos que verdaderamente decoraban aquel lugar. Alfombras, tapices y cortinajes tejidos con esmero; armarios de roble repletos de pócimas misteriosas e intrigantes; jaulas con pájaros, insectos e incluso hadas; libros apilados unos sobre otros formando auténticas montañas de conocimiento, y un muchacho ensangrentado arrodillado junto al cuerpo inerte de un anciano barbudo con sabiduría marcada sobre la piel.

El muchacho alzó las manos en señal de rendición. No debía de tener ni veinte años. Sus ojos azules resaltaban más que nunca envueltos en la huella roja que habían dejado sus lágrimas. Tenía el cabello corto y liso, de un rubio tan claro que casi parecía blanco, y unos labios carnosos que repetían sin cesar las mismas palabras: «Lo siento».

Dash se puso serio. Todos lo hicieron.

Él caminó hacia el aprendiz del hechicero e hincó la rodilla junto al que Erin supuso que sería Mórolin. Llevó la mano a su cuello para comprobarle el pulso.

El chico sollozó.

—Es inútil, está muerto.

Dash lo miró.

—¿Qué ha ocurrido, Dilin?

No se atrevió a corregirlo aquella vez.

—Un accidente —dijo—. Los hombres del esclavista nos buscaban, sabían lo que mi maestro había estado haciendo con las repudiadas.

Erin miró a Vivian. Ella le devolvió la mirada.

—Había llegado a un acuerdo con una de las mujeres del pueblo para que las demás no tuvieran que pasar por lo que ella sufrió —continuó explicando.

—Les quitaba la marca —dedujo Vivian.

El chico asintió.

Una lágrima discurrió por la mejilla de Vivian. Edna Remen, su hermana, era una heroína. Erin pensó en todas las chicas a las que habría salvado de una vida de ultrajes y desprecios. Pensó en que también intentó salvarla a ella, pero los hombres de Alvin lo impidieron.

—Mórolin fue el único hechicero que se negó a marcar a las repudiadas —explicó Dash—. Era perseguido desde entonces por Raymond y los otros. Aunque nunca habían logrado encontrarlo.

—La torre fue bloqueada por Mórolin y solo levantaba el veto para determinadas personas o ante determinados nombres —aclaró Dilin—. Es así como habéis logrado entrar, si no me equivoco, ¿verdad? ¿De qué conocíais a Edna?

Todos se giraron a mirar a Erin, aunque fue Vivian la que habló.

—Es mi hermana —respondió—. Pero es a Erin a quien envió aquí.

Erin avanzó hacia el aprendiz y le enseñó la marca de su mano.

—Me dijo que así me libraría de esta marca —explicó mientras sentía los ojos de Dash clavados en ella.

Todavía no era del todo consciente de quién era él ni entendía por qué a nadie parecía importarle.

Dilin asintió.

—¿Por qué bloqueó la torre para nosotros? —preguntó Dash—. ¿Por qué, de pronto, fue imposible localizarlo? Mórolin siempre confió en mí.

—Porque quería protegeros —respondió el muchacho—. Sabía que lo habían descubierto y que Raymond mandaría gente para acabar con él. Si descubría también lo que hacéis vosotros...

—¿Vosotros? —preguntó Erin; algo se iba incendiando dentro de ella—. ¿A quién te refieres? ¿Quiénes sois «vosotros» y por qué a nadie le resulta peligroso o, como mínimo, preocupante confraternizar con un Señor de la Sorpresa?

Rym volvió a sonreír orgullosa.

Erin chasqueó la lengua.

—Borra esa sonrisa, tía —le dijo—. No era tan difícil deducirlo.

Dash dio un paso hacia ella.

Erin extendió la mano indicándole que se detuviera.

—No te atrevas a tocarme —le advirtió.

Él sonrió de esa manera que tanto disfrutaba Ennis.

—Eso es lo último que haría, créeme —dijo él en tono divertido.

Miró a Rym.

—¿Qué es lo que sabe? —preguntó.

Ella lo ignoró y se dirigió a Erin.

—Es un Señor de la Sorpresa, tienes razón, pero es un aliado —dijo con voz suave—. Dash está en contra de la conquista, no ha conquistado a nadie desde...

—Jamás —dijo él—. No he conquistado a nadie jamás. No del modo en el que se suele utilizar esa palabra.

Erin continuaba desconfiando.

—Entonces, ¿planeas una especie de rebelión contra los tuyos? ¿Es eso?

Él se puso serio.

—La rebelión está en marcha —respondió—. Los que estamos en contra de la conquista no somos bien vistos por el resto. De hecho, se puede decir que tengo suerte de seguir con vida.

—¿Hay más como tú? —quiso saber Erin.

Los labios de Dash se curvaron en una media sonrisa.

—Somos pocos —dijo.

Rym se giró hacia Dilin como si deseara interrumpir aquella conversación.

—¿Quiénes lo hicieron? ¿Raymond o los esclavistas?

—Fueron los hombres de Alvin quienes lo mataron, pero ¿quién dice que no lo ordenara Raymond? —respondió Dilin.

—¿Cómo lo lograron? —preguntó Dash.

Dilin miró el cuerpo de su maestro.

—Fue mi culpa —dijo—. Había salido a recolectar algunas plantas que necesitábamos para realizar el disfraz. La magia de los seis hechiceros era demasiado poderosa como para borrar su marca, pero podíamos volverla invisible al ojo humano. —Suspiró—. La torre es invisible mientras Mórolin permanezca dentro. —Miró a Erin—. Y mientras nadie pronuncie ninguno de los nombres del desbloqueo, claro.

—¿Y salió? —preguntó Dash.

Dilin asintió.

—Normalmente, cuando las chicas se confunden y terminan extraviadas, Mórolin me envía a mí a buscarlas para que no se pierdan en los Caminos del Azar. Pero me retrasé —sollozó—. Una muchacha llegó a la torre, había oído los rumores, pero no conocía el nombre de Edna. Mórolin, pese a sospechar que no se conocieran, salió a buscarla conmovido por el llanto de la chica.

—Era una trampa —dedujo Dash.

Dilin asintió una vez más.

—Escuché los gritos de los hombres de Alvin, querían cazarlo como a un animal —dijo entre lágrimas—. Corrí. Corrí como nunca antes había hecho. Pero aquellos monstruos ya le habían disparado una condenada flecha al pecho. Mórolin siguió vivo el tiempo suficiente como para generar un reflejo que les ocultara la torre, que me ocultara a mí. Se llevaron a la chica y celebraron la muerte de mi maestro.

Dilin apretó los puños con rabia y se derrumbó una vez más sobre el pecho de su maestro.

Vivian se arrodilló junto a él y le pasó un brazo sobre los hombros.

—No es culpa tuya.

—Cierto —añadió Ennis—. Este mundo está enfermo.

Él se secó las lágrimas con la manga de su túnica.

—No quería complicar las cosas —dijo con la voz todavía quebrada—. Pero tengo miedo.

Rym asintió comprensiva.

—Es normal tenerlo. Pero el futuro de todos depende de lo que estés dispuesto a hacer para vencerlo.

—Genial, cariño. Sin presiones —ironizó Bra.

Rym le guiñó un ojo.

Bra caminó hacia el saco que había traído Dash y sacó un par de frascos de su interior. Erin se estremeció al ver lo que contenían. Más sangre. Y si Dash había estado en casa del Benefactor, solo podía ser de aquellos monstruos.

—Necesitamos armas hechas con esto, ¿puedes ayudarnos? —dijo Bra disfrazando la tarea de algo sencillo.

Dilin entrecerró los ojos para averiguar de qué se trataba.

—¿Magia de sangre? ¿Habéis perdido la cabeza? ¡Me condenaréis! —exclamó histérico.

—Y si no lo haces, tú nos condenarás a todos —contestó Dash despertando las sombras alrededor de sus manos.

Erin las miró. Sintió el poder que desprendían, la seguridad de Dash, los cuchillos que asomaban bajo su capa y se preguntó si... No, él no.

—Mi alma se pudrirá —musitó tembloroso.

—Bienvenido al club —respondió Rym.

—No.

Erin captó la atención de todos al ser tan tajante.

—No podéis obligarlo —dijo—. No es ninguna broma, no tenemos ni idea de a qué se expone.

Los ojos vidriosos de Dilin la miraron agradecidos.

—Erin tiene razón —convino Ennis—. No conocemos la magia, él sí.

También hubo gratitud hacia él por parte del aprendiz.

—¿Y qué hacemos? ¿Nos rendimos? —dijo Rym alterada—. ¡Un placer, hechicero! ¿No quiere ayudarnos? ¡Oh, no se preocupe, dejaremos que el mundo se vaya a la mierda para que usted pueda proteger su mágico culo! —exclamó con cruel sarcasmo.

—Eso no es justo, Rym —la reprendió Bra.

—¿Y qué lo es? —gritó ella en respuesta—. ¿Esto? —Tomó la mano de Bra para enseñarle su propia marca—. ¿Esto es justo?

Ambas compartieron una dolorosa mirada cómplice mientras los ojos de Rym se llenaban de lágrimas.

El joven hechicero hizo un esfuerzo por levantarse.

—¿Queréis armas fabricadas con sangre o armas hechizadas con ella? —preguntó.

—¿Estás seguro? —se preocupó Erin.

Él asintió.

—Pagaré por ello, estoy convencido —respondió—. Pero es lo que mi maestro hubiera querido. Él me enseñó que nuestro poder implica un deber para con aquellos que no lo poseen. Él me enseñó que ese deber es el del sacrificio.

Todos lo observaron sin atreverse a decir nada. Quizá fuera lo correcto, lo que esperaban de él, pero no era más que un muchacho. Estaba siendo demasiado valiente.

—Así que, dime —dijo mirando a la líder de las Horribles—, ¿fabricadas o hechizadas?

Rym ladeó la cabeza.

—Eso depende, ¿qué resulta más efectivo?

Dilin negó con el índice.

—Esa no es la cuestión.

—¿Y cuál es? —preguntó Dash.

—Quién va a empuñarlas.

Todos guardaron silencio.

—¿Un humano? —continuó diciendo mientras señalaba a Ennis—. Un arma de sangre lo matará. Si la hechizáis, quizá pueda llegar a utilizarla y puede que incluso consiga herir a un Señor de la Sorpresa. Pero si queréis matar a Raymond...

—Necesitaremos armas de sangre —dedujo Erin.

Dilin asintió.

—¿Qué hay de mí? —preguntó Dash—. ¿Podría empuñar una de esas armas?

—Desde luego tienes más posibilidades —respondió reflexivo—. Pero dices que nunca has conquistado a nadie, por lo que no debes de ser de los más fuertes.

—No del modo en que suele entenderse el término —le recordó.

El aprendiz pareció leer entre líneas.

—¿Te has enamorado alguna vez? —preguntó Dilin.

—¿Y qué tiene eso que ver? —quiso saber Erin.

Aunque nadie le prestó atención. Al menos, no en aquel momento.

—Sí —respondió Dash tajante—. Hace mucho tiempo.

Dilin alzó el mentón satisfecho a la par que aliviado.

—Entonces podrás hacerlo —dijo—. Empuñarás un arma de sangre.

XIV

SACRIFICIO

Dilin comenzó a trabajar. Nadie tenía ni idea de lo que estaba haciendo ni se atrevía a preguntar. Ennis no le quitaba el ojo de encima al aprendiz, seguía cada uno de sus pasos con gran concentración, como si quisiera protegerlo.

Dash y Rym se encargaron del cuerpo de Mórolin. Los demás se quedaron para ayudar a Dilin en lo que fuera que necesitara. Habían traído sus armas y algunas otras; Bra se estaba encargando de prepararlas, afilarlas y tenerlas listas para cuando el aprendiz hubiera terminado de hacer sus pócimas. Erin se acercó a ella.

Se quedó de pie examinando aquellas herramientas que se suponía que iban a salvar el mundo. Y entonces se dio cuenta de algo: no sabía utilizar ninguna.

—¿Qué ocurre? —preguntó Bra al percatarse de su presencia.

Erin se sentó a su lado y acarició despacio una de las dagas que tenía cerca.

—Quizá sea un estorbo para vosotros —dijo.

—¿Un estorbo? —se sorprendió Bra—. Tú nos has traído hasta el hechicero.

—Ha sido pura suerte —recordó Erin.

—Tal vez, pero lo has hecho.

Erin suspiró.

—De todas formas, me refiero a las armas —continuó—. A la hora de la verdad, no voy a saber cómo ayudaros, quizá incluso complique las cosas.

Bra dejó la espada que estaba afilando a un lado y le tomó la mano con cariño.

—Si no quieres venir con nosotros, no tienes por qué hacerlo —dijo con suavidad—. Somos libres, de eso se trata.

Erin se sintió algo más aliviada, aunque seguía sin ser suficiente. Tener la tranquilidad de poder elegir era siempre un punto a favor, pero quedarse apartada del plan no la hubiera hecho sentir

mejor.

—No es que no quiera ir, solo es que tengo miedo —admitió por fin.

Bra le sonrió.

—Todos lo tenemos. Incluso Rym, créeme —confesó.

—Ella parece tan segura de sí misma..., es como si lo tuviera todo controlado —reflexionó Erin en voz alta.

—Porque eso es precisamente lo que quiere que pensemos —le explicó Bra—. Tu tía es... Rym quiere ser la que cargue con todo, quitarnos presión a los demás para que actuemos libremente.

Erin esbozó una sonrisa.

—Ella y su ideal de libertad —recordó.

Compartieron una mirada cómplice.

Sintió la llamada de Corazón, que parecía palpar junto a sus caderas. Desenvainó el puñal y lo observó mientras lo sostenía en las manos.

—¿Crees que serviré de algo en la pelea? —preguntó en voz baja.

Bra apoyó la mano en su hombro.

—No lo sé. Ni siquiera sabemos cómo será esa pelea, si tendremos la oportunidad de acercarnos a ellos.

Erin la miró a los ojos.

—Dash dijo que eran pocos los que pensaban como él...

No estaba segura de si se atrevería a preguntárselo, pero le pareció leer en la mirada de Bra una súplica: «No lo hagas, no sigas por ahí».

—Los Señores de la Sorpresa son dieciocho —continuó dando un rodeo—, ¿a cuántos nos tendremos que enfrentar exactamente?

Bra torció el gesto antes de suspirar.

—Digamos que, al menos, no a todos —contestó.

Erin sonrió con resignación.

—Eso no es una respuesta.

—Es la más esperanzadora que puedo darte.

—¿Con cuántos aliados contamos entre sus filas? —Erin continuó intentándolo.

—¿QUÉ HACES? ¡PARA! —gritó Ennis interrumpiéndolas.

Bra y Erin corrieron hacia el lugar donde el aprendiz trabajaba. Vivian sostenía a Ennis mientras él gritaba a Dilin que se detuviera. El joven sostenía un cuchillo en las manos y mantenía el brazo extendido sobre el caldero, como si fuese a herirse a sí mismo.

—Es magia de sangre —le recordó—. Es necesaria la sangre impura, pero también un sacrificio voluntario.

—¿Un sacrificio? ¿Acaso vas a suicidarte? —preguntó Erin.

Él se encogió de hombros.

—Ya os dije que me condenaría. No creo que muera del modo al que te refieres, pero, sin duda, la persona que soy ahora se irá para siempre —explicó.

—¿Qué es lo que va a ocurrirte? ¿En qué puedes convertirte? —indagó Ennis.

—Se debe pagar un precio por jugar con la vida de algo. Esas criaturas no eligieron morir, lo elegimos nosotros. La magia exige que paguemos por ello.

—¿Pagar con sangre? —volvió a preguntar Ennis.

—Pagar con entrega. Me entrego a la voluntad del poder que venga a ayudarnos. Seré su siervo, su esclavo, cumpliré la condena a la que decida sentenciarme —explicó Dilin.

—¿Y tienes que hacerlo tú? ¿Por qué no uno de nosotros? —planteó Vivian para sorpresa de todos—. Apenas eres un crío.

—Tengo dieciocho años —dijo como si cambiaran mucho las cosas—. Llevo doce al servicio de Mórolin, doce años practicando con la magia que él me enseñó. Sabré sobrellevar el castigo mejor que cualquiera de vosotros. Creedme.

—¿Y cómo puede ser ese castigo? —preguntó Erin.

Él negó con la cabeza.

—No hay forma de saberlo.

Y así, zanjando la conversación, Dórondil de Arondele incrustó el cuchillo en la piel de sus muñecas. La sangre discurrió por sus brazos y cayó en el humeante caldero.

—Meted las armas escogidas en el caldero —ordenó el aprendiz.

Bra cogió una espada, dos dagas y un par de puñales y las dejó caer en la pócima de sangre fabricada por Dilin.

El vapor aumentó; el calor en la habitación era casi insoportable cuando el líquido del caldero ascendió como una columna, como un sanguinolento tornado que se elevó hasta el techo. La columna se cristalizó, se convirtió en escarcha oscura y explotó clavando sus esquirlas en la piedra de la torre. Todos cayeron al suelo empujados por la fuerza desprendida. Ennis cubrió a Dilin y lo protegió del impacto con su cuerpo.

La habitación se llenó de humo, un humo oscuro y denso que les invadió los pulmones.

—¡No respiréis! —gritó Dilin.

Pero, aunque lo intentaron, ya era tarde. Empezaron a toser. A Erin le ardía la garganta, era como si se hubiera tragado el mismísimo infierno. Apoyó los codos en el suelo de la torre para tratar de levantarse, pero apenas tenía fuerzas. Sus ojos ardían, sus brazos no respondían y sus pulmones necesitaban oxígeno.

No podía ver con claridad, pero distinguió la enclenque figura de Dilin alzándose entre el abrasador humo. El aprendiz se encogió sobre sus propias manos a la vez que repetía unas palabras inaudibles, la sangre que había formado ríos en su piel se había secado y su cabello inmaculado dejaba caer ahora un mechón de color rojo sobre la frente del hechicero.

La luz llegó a través de las ventanas. Pequeñas motas brillantes quedaron suspendidas en el aire y el humo se comenzó a dispersar. Eran idénticas a las que existían en la guarida de las Horribles. Luces que revoloteaban y purificaban; luces que, de algún modo, estaban vivas.

La torre pronto quedó despejada con todos ellos todavía convalecientes en el suelo. Las luces se anclaron al techo de la torre formando una hermosa red que colgaba sobre ellos.

Dilin se dejó caer sobre la alfombra. Una alfombra que había quedado chamuscada. Mientras todos trataban de incorporarse, Ennis se movió hacia el muchacho y lo zarandeó sin dejar de repetir su nombre, el de verdad.

Dilin parpadeó despacio antes de sonreír.

—Puedes llamarme Dilin —le dijo con voz quebrada.

Estaba débil, exhausto, y puede que aquello no fuera nada comparado con el precio que había tenido que pagar, pero lo había conseguido. La luz dispersó el humo revelando el resultado. Las esquirlas de sangre habían desaparecido, las paredes de la torre habían vuelto a la normalidad. La pócima elaborada por Dilin se había esfumado y las armas depuestas por Bra ya no estaban, pero el caldero no apareció vacío.

Eran como cuchillas relucientes, oscuras y resistentes. Cuchillas de sangre de diferentes tamaños.

Vivian apoyó las manos en el borde del caldero, aunque las retiró con rapidez al notar el ardiente

acero.

—No las toquéis —les advirtió Dilin, que permanecía en brazos de Ennis—. Solo el Señor de la Sorpresa puede hacerlo.

Y Erin creyó entonces que Dilin no era ningún aprendiz, sino que se había convertido en un auténtico hechicero. Porque ya incluso con el simple uso de sus palabras fue como si hubiera logrado invocarlo.

Dash apareció por la puerta, aunque no lo hizo solo. Rym venía con él, y entre los dos sostenían a un malherido Levi. Erin no se reprimió entonces y corrió hacia él.

Estaba encorvado, con una mano sobre el vientre, y la cara amoratada. Llevaba ensangrentado incluso el chaleco, parecía tener que hacer un esfuerzo sobrehumano para respirar y cojeaba. Pero, aun con todo eso, sonrió al verla.

Levi había perdido el conocimiento apenas lo tumbaron en la alfombra. Habían enrollado un par de telas y las habían colocado debajo de su cabeza como almohadas. Erin no se había separado de su lado. Mientras Dilin dirigía los movimientos del resto, porque las heridas le impedían moverse con ligereza, Erin había limpiado y tratado las heridas del cazador. Sin embargo, solo las plantas indicadas por el hechicero surtieron efecto.

—Deberías descansar —le dijo Rym mientras el resto dormía—. Yo me quedaré con él.

Erin negó con la cabeza.

—Hablo en serio, mañana nos iremos de aquí y debes dormir un poco antes —insistió su tía.

—No podré descansar hasta que no hable con él.

Rym frunció el ceño.

—¿Y eso por qué?

Buena pregunta. Ella misma se la hacía, pero la respuesta le daba miedo. Sabía que su tía podía resolver sus dudas, sabía que Rym conocía mucho más de lo que le había contado; pero, si no le había dicho nada todavía, ¿por qué iba a hacerlo entonces?

—Levi sobrevivirá, Erin —le dijo acariciándole con suavidad la cabeza.

—Lo sé.

Sí, no lo dudaba en absoluto.

—Podrás hablar con él cuando despierte, pero ahora debes descansar —continuó insistiendo Rym.

—Siempre defiendes la libertad, ¿no? Déjame decidir por mí misma —le espetó Erin.

Rym retiró la mano y permaneció unos segundos contemplándola. Seguramente cuestionándose si de verdad podía enorgullecerse de haber creado semejante monstruo. Erin jugó la carta de la libertad con la persona que la defendía a capa y espada, no podía perder.

—Haz lo que quieras —dijo finalmente y se retiró a dormir.

Erin volvió a mirar a Levi. Estaba tranquilo, su aspecto continuaba siendo horrible, pero su capacidad de recuperación era asombrosa. Los moretones de su cara habían desaparecido y las heridas eran ya simples arañazos. Por potentes que fueran los remedios de Dilin, aquello tenía que deberse a algo más.

Miró a su izquierda. El hechicero descansaba en posición fetal. De nuevo, pese a todo lo que había visto que era capaz de hacer, Erin lo vio como un muchacho inocente y vulnerable. Y junto a él, boca arriba con las manos cruzadas sobre su pecho, el valiente e imprudente Ennis, el cual conservaba en la boca el palito de regaliz que le había dado Dilin. Había sido extraño presenciar aquel momento entre ellos; una conversación absurdamente larga que se había desatado cuando el Horrible había preguntado por algo dulce y el hechicero había revelado su obsesión por los palos de regaliz. Obsesión que ambos compartían.

—Tu tía tiene razón, deberías descansar.

La voz rasgada de Levi la tomó por sorpresa. Se había distraído recordando las numerosas propiedades del regaliz y no se había dado cuenta de que el cazador había despertado.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó sin atreverse a tocarlo.

Él esbozó con esfuerzo una sonrisa.

—Ahora mejor —dijo extendiendo la mano para acariciar la suya—. Muchísimo mejor.

Erin retiró la mano en un acto reflejo y evitó la mirada de desconcierto de Levi.

—¿Qué ocurre? —dijo él.

—Dímelo tú —respondió ella retándolo con la mirada—. Explícame de qué conoces a mi tía, a Bra o a las demás; qué te une a Dash; qué hacías en casa del Benefactor; cómo mataste a aquel monstruo... No sé, empieza por donde quieras.

Él hizo una mueca de dolor al intentar incorporarse. Erin sintió el impulso de ayudarlo o impedirle que lo hiciera, pero lo reprimió. No podía sentir lástima por él, no hasta que obtuviera las respuestas que necesitaba.

—Creo que ya conoces muchas de las cosas que preguntas, Erin —dijo con voz quebrada.

Ella lo miró desafiante.

—Quiero que me lo digas tú.

—¿Por qué? —preguntó él.

Ella guardó silencio.

—¿Qué cambiaría eso? ¿Haría que estuvieras menos enfadada? Cosa que, por cierto, no entiendo —admitió.

—¿No lo entiendes?

Él negó con la cabeza.

—¿No entiendes que me moleste que, durante todo este tiempo, me hayas ocultado quién eras? ¿Que no comprenda por qué todos parecen conocerte excepto yo? —empezó a decir ella—. ¿Que me sienta como si no pintara nada en todo esto?

Levi se inclinó levemente hacia ella. Un gruñido de dolor se escapó de su garganta.

—Solo nos hemos visto tres veces, Erin —le recordó.

Una afirmación tan real como dolorosa. Era una estúpida y él tenía razón. Apenas se conocían, no podía exigirle que le revelara todos sus secretos tan pronto.

—Y en dos de ellas me has salvado la vida —dijo ella avergonzada.

—Eso significa que debes de pintar algo, ¿no?

Sentía la mirada de Levi fija en ella, la sentía en cada poro de su piel, pero no se atrevía a buscarla.

—O que soy una experta en asumir riesgos innecesarios —bromeó.

La suave risa de Levi voló hacia ella como una caricia.

—Eso no lo voy a negar —dijo mientras enganchaba su mentón con el índice para obligarla a mirarlo a los ojos—. Dime lo que crees que soy.

Sus profundas pupilas titilaban en la oscuridad de la noche.

—Sé lo que eres —respondió ella con seguridad.

—Dímelo —insistió.

—Un Señor de la Sorpresa.

Levi acercó su cara todavía más a la de ella.

—¿Eso te da miedo?

Erin asintió.

—No debes temerme —dijo reduciendo todavía más la distancia entre ellos.

Entre sus labios.

Erin sentía aquella atracción irrefrenable, aquella inexplicable conexión que los había unido desde el primer segundo. Corazón palpitaba frenéticamente contra sus caderas.

Se retiró.

—Cuéntamelo todo —le pidió—. Cuéntame cómo atrajiste a los monstruos a casa del Benefactor y qué es lo que va a pasar a partir de ahora.

Él suspiró y se echó hacia atrás apoyando el peso sobre las manos.

—Me herí a mí mismo y esparcí mi rastro por casa del Benefactor, excepto por las cocinas. Los monstruos se sienten atraídos por nuestra sangre. Buscan venganza, buscan arrancarle el corazón a las criaturas que les arrebataron el suyo —explicó Levi.

—¿Lo has hecho? —preguntó ella—. ¿Te has comido el corazón de alguno de tus hijos?

Levi lo negó con convicción.

Erin sintió alivio al saberlo, pero ocurría algo todavía peor. Algo que no le permitiría respirar del todo hasta que no obtuviera la respuesta, aunque la simple idea de preguntarlo le helaba la sangre.

—¿Y la conquista? ¿Has conquistado alguna vez a una chica?

Con todo lo que ello conllevaba.

Estaba temblando, como si no pudiera soportar una respuesta diferente a la que esperaba recibir.

A él parecía costarle responder, como si supiera que lo que tenía que decir le alejaría para siempre de Erin.

Finalmente, asintió.

Ella no pudo evitar retroceder.

—Nunca las toqué, Erin —dijo buscando su mirada—. Pensé que si era yo quien las conquistaba les evitaría el daño que pudieran hacerles los demás. Al menos, a unas pocas. Pero tardé en entender que eso no serviría de nada. Había que cambiar las cosas.

Erin no dijo nada.

—Y eso es lo que estoy haciendo —continuó—. Dash y yo nos hemos comprometido a lograrlo, no pararemos hasta que toda esta locura haya terminado.

Podía entenderlo. Entendía lo difícil que debía de haber sido todo para él, lo complicado que resultaba darle la espalda a los tuyos y enfrentarlos. Pero una parte de ella no podía evitar sentirse decepcionada.

—Voy a..., voy a dormir un poco —dijo mientras se retiraba.

Levi la miró apesadumbrado.

—Por eso no te lo dije —lo oyó susurrar.

Erin se dio la vuelta.

—¿Qué?

—Querías saber por qué te oculté quién era —le explicó—. Es esa mirada, Erin —dijo con los ojos fijos en ella—. No la soporto. Por eso no quise que lo supieras, no quería que tú también me miraras así.

Levi hundió la cabeza entre las manos y ella no supo qué decir.

XV

ALIADO

Levi se había largado. Dash y las armas de sangre creadas por Dilin se habían ido con él. Erin se arrepintió de inmediato de haberse marchado la noche anterior, pero tenía demasiadas cosas que asumir. Levi era un Señor de la Sorpresa, uno de esos monstruos que ella había temido durante toda su vida. Quizá fuera uno bueno, sí, pero Señor de la Sorpresa, al fin y al cabo. No resultaba sencillo asimilar algo como eso. Y era peor todavía si pensaba en lo que sentía por él.

—Me ha dicho que ya lo sabes. —Rym la sorprendió mientras ayudaba a Dilin a empacar sus cosas.

Viajarían a la Morada del Delirio, pero antes pasarían por la guarida para dejar que el hechicero se ocultara con el resto de repudiadas y el pequeño Lion.

—¿Que sé lo que tú no has querido contarme? —preguntó Erin con cierto resquemor—. Sí, lo sé.

Rym suspiró.

—Entiendo que estés enfadada, pero quiero que comprendas que estaba preocupada por ti —explicó—. Levi es un Señor de la Sorpresa, y esa relación tan extraña que os traéis entre manos...

—¿Relación extraña? Lo he visto tres veces en mi vida.

Un puñal se le clavó en el pecho al repetir las palabras de Levi. En su boca sonaron mucho más crueles, más reales.

—Lo que sea, pero he visto cómo lo miras y también el interés que te despierta cualquier cosa relacionada con él —dijo Rym—. Me preocupa que te ocurra algo malo.

—¿Algo como qué? —preguntó mientras la rabia le dilataba las pupilas.

Rym se sentó sobre un baúl cercano e invitó a Erin a hacer lo propio junto a ella. Pensaba resistirse, pero cuando escuchó la pregunta de su tía no encontró fuerzas para hacerlo.

—¿Quieres saber cómo conocí a Levi? Bien, te lo contaré.

Erin caminó despacio hasta sentarse a su lado.

—Él fue quien conquistó a tu madre —confesó.

A Erin se le retorcieron las entrañas.

—Estábamos juntas en el balcón de casa cuando él apareció de la nada —continuó diciendo—. Yo acababa de cumplir los once en aquel entonces y no era todavía consciente del peligroso mundo en el que vivimos. Vi la sonrisa en el rostro de Ordana, Levi le permitió despedirse de mí antes de llevársela a la Morada del Delirio. Nuestros padres siempre habían dicho lo maravilloso que era el momento de la conquista, y para mí fue casi un sueño poder presenciar la de mi hermana. Pero no sentí lo mismo al verla regresar.

»Apenas un año después, Ordana volvió a casa convertida en alguien completamente distinto. Hermosa, como siempre, pero desconfiada y taciturna. Se casó con Eliot un par de meses después, mis padres habían preparado todo durante su ausencia. Siempre culpé a Levi de aquel cambio, siempre lo consideré responsable de la amargura de mi hermana.

Erin no daba crédito a lo que escuchaba, no era capaz de asimilar que Levi fuera capaz de algo así, del mismo modo que no podía comprender que Rym lo hubiera perdonado por traumatizar a su hermana.

—¿Cómo era? —preguntó Erin con voz trémula—. ¿Cómo era mamá antes de aquello?

Rym sonrió entristecida.

—No me creerías.

—Inténtalo —la retó Erin.

Con la primera palabra que pronunciaron sus labios ya le costó trabajo creerla.

—Alegre. Era la viva imagen de la felicidad, sonreía a todas horas y cantaba. Cantaba como los ángeles...

—¿Mamá cantaba? —preguntó Erin.

—Oh, ya lo creo. Y también inventaba las mejores historias, te hubieran encantado, Erin. ¿Recuerdas el cuento aquel que tanto te gustaba? ¿El de la princesa maldita que se convertía en estrella por las noches? —Erin asintió—. Pues ese era suyo.

Erin abrió la boca asombrada.

—Y después de eso, ¿te alías con Levi? —le reprochó.

Rym agachó la cabeza esbozando una amarga sonrisa.

—No es tan sencillo. Odié a Levi durante mucho tiempo, lo odié incluso después de ser repudiada —confesó—. Tras la conquista de tu madre, la primera vez que lo vi fue en el bosque.

Lo atacué con todas mis fuerzas. Le clavé una de mis espadas en el vientre, aunque, como ya sabrás, no logré conseguir nada con aquello.

Erin se estremeció al recordar la invulnerabilidad de los Señores de la Sorpresa. Se preguntó qué sería aquello que había logrado herir a Levi la noche anterior.

—Hui. O creí hacerlo, puesto que, en realidad, fue él quien me dejó escapar —continuó diciendo Rym—. Unos días después de aquello conocí a Bra, ambas nos hacíamos pasar por hombres para escondernos de ellos. Nos aliamos para sobrevivir y, casi sin darnos cuenta, acabamos formando un grupo letal e inexorable: las Horribles. Apenas un mes después de mi primer encuentro con Levi, volví a tropezarme con él.

»Bra estaba conmigo cuando oímos los truenos, pero nos estremecimos al ver que no había tormenta. —Erin recordó aquella sensación—. Algo cayó del cielo y atravesó el techo del cobertizo en el que nos escondíamos. Era Levi. Estaba herido, tanto o más que la otra noche. Le dije a Bra que teníamos que huir, pero ella se apiadó de él. Curó sus heridas y escuchó su historia. Así que fue eso lo que me hizo perdonar a Levi, la misericordia de Bra.

Erin frunció el ceño.

—¿Y cuál es esa historia? —preguntó.

—Los Señores de la Sorpresa son criaturas extrañas —empezó a decir—. Poderosas y superiores a los humanos en muchos aspectos, pero, en el fondo, vulnerables ante los mismos estímulos. Hay diferentes niveles de poder entre ellos y hay distintas maneras de conseguirlo. ¿Recuerdas lo que Dilin le dijo a Dash?

Erin trató de hacer memoria.

—Supuso que era débil por no realizar conquistas —murmuró.

Rym asintió.

—Exacto. ¿Y recuerdas lo que él respondió?

—Que lo había hecho de un modo distinto, se había enamorado —respondió Erin.

—Los Señores de la Sorpresa alcanzan su máximo potencial a cambio de un corazón pleno. —Rym volvió a repetir la vieja leyenda.

—Dijiste que era algo literal —le recordó Erin.

Su tía asintió.

—Lo es. Esos monstruos devoran los corazones de los hijos que tienen con aquellas que violan para aumentar su poder, pero lo hacen porque carecen de la paciencia necesaria para enamorarse —explicó Rym—. De hecho, dudo que sus almas podridas sean capaces de llegar a hacerlo.

—¿Y Levi? —No pudo evitarlo, tenía que preguntar por él—. ¿Cuál es su historia? ¿Qué le redime de sus conquistas?

—Que nunca violó a Ordana —respondió Rym.

Erin se quedó de piedra.

—Entonces, ¿por qué...?

—¿Por qué cambió tu madre? —la interrumpió Rym.

Erin asintió.

—Porque descubrieron los planes de Levi, y ella pagó las consecuencias. El Gran Señor se cobró la rebeldía del que suponía su súbdito violando a la mujer que protegía —explicó—. Fue entonces cuando los planes de Levi cambiaron, cuando se percató de que tenía que intentar algo más grande.

—¿Algo como esto? —dijo Erin mientras señalaba las espadas de Rym.

Las armas habían cambiado tras el ritual realizado por Dilin, no solo había creado armas de sangre, sino que había hechizado todas las demás que se encontraran en la torre. Las espadas de Rym, la de Bra, las flechas de Ennis y Vivian, e incluso Corazón. La magia había marcado el acero de todas ellas. La hoja de Corazón tenía ahora vetas rojas, oscuras y relucientes. Sangrientas.

—Eso es, algo como esto —respondió Rym.

—¿Y dejó de conquistar? —quiso asegurarse Erin.

Rym asintió con rotundidad.

—Empezó a proteger a las personas de otro modo.

Erin deseaba seguir hablando de Levi, deseaba conocer más sobre él y sobre todo aquello que pudiera ayudarla a entenderlo. Pero Ennis la interrumpió.

—¿Estáis listas? —preguntó—. Deberíamos marcharnos ya si queremos llegar a la guarida antes de que anochezca. Cruzar el bosque después de eso será una mala idea.

Rym asintió.

Un par de minutos más tarde, las Horribles, acompañadas de Erin y el hechicero Dóroncil de Arondele, abandonaron el árbol de flores violetas.

Habían cruzado la ciudad armados hasta los dientes, levantando las sospechas de todos los

viandantes e ignorando los comentarios que desataban a su paso. Habían atravesado el puente, dejado atrás el mercado y casi habían llegado a los Caminos del Azar. Pero entonces...

—Deteneos, en nombre del Gran Señor.

Una voz masculina sonó a sus espaldas. El murmullo del bosque ya casi los alcanzaba, pero no se adentrarían en él sin resolver aquel pequeño inconveniente.

Rym se giró con agilidad, igual que el resto de las Horribles. Erin y Dilin lo hicieron algo más despacio, aunque a ella no le hacía falta darse la vuelta para averiguar de quién se trataba. La voz de Alvin el esclavista se había grabado a fuego en su memoria el día de la subasta.

—Por fin te encuentro, hechicero —dijo.

Él, por lo visto, no la recordaba a ella. A Erin no le resultó extraño, solo aquella noche había vendido, al menos, a otras tres chicas más. Si eso era lo que hacía cada día, no era de extrañar que no recordara las caras, ni mucho menos los nombres, de aquellas que ofertaba a los hombres más despreciables de la ciudad.

—¿Eres un admirador? ¿Quieres un autógrafo o algo parecido? —se mofó Ennis, en su línea.

Alvin lo miró con desdén, aunque no se alteró lo más mínimo. Fue en aquel momento cuando reparó en las manos de todos los que acompañaban al hechicero.

—Engendros —dijo al tiempo que una maliciosa sonrisa aparecía en su rostro.

Erin, instintivamente, puso la mano sobre la empuñadura de Corazón.

Alvin volvió a mirar a Ennis.

—Y un Incorrecto —añadió con sumo desprecio.

Ennis arrugó el labio superior como si fuera a enseñarle los dientes en señal de amenaza.

—Deja que nos marchemos, esclavista —habló Rym—. No quiero hacerte daño.

Bra arqueó una ceja.

—¿Cómo que no?

Rym chasqueó los dedos.

—Es verdad, sí que quiero —corrigió—. Lo que ocurre es que no tengo tiempo para perderlo con idiotas como tú.

Los hombres de Alvin comenzaron a llegar de todas partes. Él rio ante las amenazas de Rym.

—Eres divertida, eso subirá el precio —comentó él sin inmutarse.

—¿Y qué lo bajaría? —preguntó—. Una pierna rota, ¿quizá?

Rym le guiñó un ojo a Vivian y esta disparó con rapidez una de sus flechas. La saeta cortó el aire hasta incrustarse en la pierna derecha del esclavista. Alvin emitió un desgarrador grito de dolor.

—¡MATADLOS! —bramó—. ¡MATADLOS A TODOS!

Sus hombres dudaron antes de obedecer. Se miraron los unos a los otros como si no estuvieran seguros de cómo proceder. Rym aprovechó el desconcierto para ordenar la retirada hacia el bosque.

Erin y los demás echaron a correr.

—Pero, señor, van hacia el bosque —oyó decir a uno de los hombres de Alvin.

—Vin hicii il bisqui —se burló Alvin enfurecido—. ¡MÁTALOS ANTES DE QUE LLEGUEN, INÚTIL!

Decenas de pasos los siguieron, otras tantas flechas pasaron silbando junto a ellos y Erin se percató entonces de que solo Dilin y ella seguían corriendo. El resto de las Horribles se habían detenido para cubrir la retirada.

Iba a volver para ayudarlas, pero justo en aquel momento, Dilin se llevó la mano al pecho y estuvo a punto de derrumbarse. Erin lo sujetó.

—¿Qué sucede? —preguntó.

Él respiraba como si llevara siglos corriendo.

—No lo sé —dijo—. Mi corazón..., siento que se me va a salir del pecho.

—¡Largaos, Erin! —gritó Bra—. ¡Corred hacia el bosque!

Trató de cargar con Dilin, pero él no se movía.

—Tengo que protegerla —murmuró.

—¿Qué? —preguntó Erin.

—Tengo que protegerla —repitió Dilin sin alzar la voz.

Erin iba a preguntarle de nuevo a qué se refería, pero un sonido muy familiar la hizo estremecerse. Los árboles del bosque se quejaron, la brisa se detuvo y la criatura rugió. Era él, el monstruo que encontró en la madriguera, aquel que los había protegido a Levi y a ella.

La bestia pasó de largo. Ignoró a Erin, a Dilin y al resto de Horribles. Se lanzó directa hacia Alvin y sus hombres. Arrolló a decenas de ellos enfrentándose a sus armas. Las Horribles se detuvieron contrariadas.

—¿Qué diablos...? —maldijo Rym desconcertada.

Dilin gritó de dolor.

Erin se encogió junto a él pensando que alguna flecha enemiga podía haberlo alcanzado, pero estaba intacto. Aparentemente.

—¿Qué te pasa? —le preguntó.

—Huid —susurró él.

—¡Dilin! —gritó Ennis corriendo hacia ellos—. ¿Se encuentra bien? —preguntó a Erin al ver su estado.

Ella se encogió de hombros.

—No está herido, pero algo le duele —trató de explicárselo, aunque ella tampoco llegaba a comprenderlo.

El animal continuaba enfrentando a los enemigos de Erin, expuesto a sus espadas, a sus dagas, a sus flechas. Una de ellas lo dio de lleno.

El monstruo rugió.

Dilin lo acompañó.

Erin empezaba a entenderlo.

Ennis cargó a Dilin en sus brazos angustiado por el estado en el que se encontraba.

—¡Huiiiid! —sollozó Dilin retorciéndose de dolor.

—¿Qué le pasa? —preguntó Vivian.

—¡Corred! —gritó Erin sin dejar de observar cómo aquellos hombres herían al monstruo. Sin dejar de pensar que cada rugido de la bestia era una herida más en el alma de Dilin.

—¡Corred! ¡Hay que entrar en el bosque! ¡Ya! —dijo mientras empujaba a Ennis para que sacara a Dilin de allí.

Todos obedecieron. Incluso la líder de las Horribles acató las órdenes de su sobrina. En apenas unos segundos, alcanzaron la espesura que rodeaba los Caminos del Azar.

Erin aguardó antes de adentrarse en el bosque. Rym gritaba su nombre.

—¿QUÉ DIABLOS ESTÁS HACIENDO? —la oía chillar—. ¡VEN AQUÍ! ¡AHORA!

Y pensaba hacerlo. Volvería con ellos en cuanto todos estuvieran a salvo, incluido aquel inesperado aliado.

El monstruo miró hacia atrás y sus ojos huecos encontraron los de Erin.

—Gracias —murmuró ella.

La criatura asintió como respuesta.

El grito de Dilin le advirtió del nuevo ataque que había sufrido el monstruo y decidió apresurarse.

—¡Ya estoy a salvo! ¡Márchate! —gritó.

Sintió como alguien la agarraba del brazo y comenzaba a tirar de él.

—¿Es que te has vuelto loca? —Era Rym, que no entendía cómo podía estar hablando con un monstruo del bosque—. Larguémonos de aquí.

Erin no apartó la vista del monstruo.

La bestia rugió antes de dar una vuelta sobre sí misma y saltar para perderse en el bosque.

Rym volvió a tirar de ella y, en aquella ocasión, Erin respondió. Ambas echaron a correr detrás de los demás.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Rym con la voz entrecortada.

Erin también se ahogaba. Echar a correr después de algo tan emocionante como aquello no ayudaba a controlar la respiración.

—Creo que... es un aliado.

XVI

RAÍCES

El bosque estaba peculiarmente tranquilo aquella noche. El regreso a la guarida de las Horribles transcurrió sin ningún tipo de contratiempo, no hubo asaltos ni sobresaltos. Solo el crujir de la hojarasca con cada uno de sus pasos.

—¿Por qué nos ha salvado ese monstruo? —preguntó Bra como si fuera capaz de leer las mentes del resto.

—No creo que nos haya salvado —contestó Vivian—. Probablemente haya oído jaleo y por eso ha atacado.

—¿Y por qué solo los ha atacado a ellos? —insistió la Horrible.

Erin sabía que el monstruo tenía una especie de vínculo con ella, no sabía cómo ni por qué, pero estaba segura de que los había salvado para protegerla.

—No solo no nos ha atacado, sino que ha respondido a las órdenes de Erin —informó Rym, que se encontraba junto a su sobrina.

Ambas se miraron.

—¿Te has vuelto loca? —exclamó Ennis—. Eso es imposible.

—En realidad, no lo es —intervino Dilin acaparando la atención de todos los presentes.

Se había recuperado mágicamente de lo que fuera que le había sucedido. Todavía no se atrevían a preguntarle qué demonios había pasado ni cómo había logrado sobreponerse tan rápido.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el arquero, que caminaba junto a él—. ¿Que Erin tiene dominado a uno de esos bichos?

El hechicero suspiró.

—No es exactamente así, pero algo por el estilo —respondió—. Escuchad, hay leyendas sobre los monstruos, no son criaturas irracionales y frías. Su origen es más humano de lo que podéis imaginar.

—Eso ya lo sabemos, Dil —comentó Ennis con una familiaridad que llamó la atención de Erin —. Sabemos cuál es el origen de esas criaturas y todo eso...

—Oh —musitó Dilin.

El joven muchacho se giró para mirar a Erin.

—¿Has estado alguna vez en el hogar de uno de esos monstruos? —quiso saber.

A Erin la pilló por sorpresa aquella pregunta.

Bra arqueó una ceja.

—¿Tienen hogar?

Dilin asintió.

—Cuevas, nidos, agujeros..., lo que sea que elijan por su naturaleza —explicó.

—Caí en una especie de madriguera, fue la primera vez que me encontré con él —respondió Erin.

Dilin asintió como si, de repente, todo cobrara sentido. Volvió la vista al frente.

—¿Qué tiene eso que ver? —preguntó Ennis intrigado.

—Bueno, como habéis dicho que conocéis su origen, supongo que también sabréis que sus madres son humanas. Mujeres igual que vosotras. —Todos asintieron—. Bien, pues algunas leyendas cuentan que, pese a no tener corazón, sufren. En su memoria guardan el recuerdo de tenerlo, guardan un fuerte sentimiento, el primero que experimentaron, y la imagen que lo detonó: la de su madre.

Todos compartieron la misma expresión de asombro.

—¿Dices que esas criaturas que se dedican a matar a cualquiera que se cruce en su camino recuerdan la cara de su madre? —preguntó Bra.

Dilin asintió.

—Creía que perseguían a los Señores de la Sorpresa —comentó Erin recordando lo que le había contado Levi sobre lo que hizo en casa del Benefactor.

—Y lo hacen —respondió Dilin—, pero esas leyendas cuentan que hay un modo de apaciguarlos. Un modo de lograr establecer un vínculo con ellos, un lazo entre lo que son y lo que pudieron haber sido, aunque solo sus madres son capaces de lograrlo.

Ennis frunció el ceño al mirar a Erin.

—¿Eres la madre de ese bicho? —preguntó extrañado—. Creía que habías sido repudiada.

—¡Claro que no! —exclamó Erin—. No soy la madre de nadie, ni siquiera he...

Se calló al percatarse de la vergüenza que le generaba confesar algo como aquello. Vio la risita de Ennis antes de que se volviera para mirar hacia delante. Lo odió en silencio.

—Y si no es su madre, ¿cómo explicas lo que ha pasado? —preguntó Rym.

—No lo sé. La leyenda solo dice que si la madre del monstruo entra en su guarida y lo mira a los ojos, él dedicará su vida a protegerla —explicó Dilin.

No era su madre, eso estaba claro. Empezaron a hablar de qué diablos significaba aquello, de cómo había podido suceder y de la ventaja que podía darles de cara a un combate con los Señores de la Sorpresa. Ellos hablaban, teorizaban y hacían preguntas. Una tras otra. Pero Erin, muy a su pesar, dio con la respuesta.

«Raymond tiene razón, eres igual que tu madre».

Owen, el Señor de la Sorpresa que había tratado de atacarlos en Conburg, se lo había dicho. Él conocía a Ordana, la había visto cuando Levi la conquistó y la llevó a la Morada del Delirio. Él sabía de lo que hablaba al decirle aquello a Erin. Por eso el monstruo la obedecía; aquella criatura, aquel pobre ser, creía que era su madre. Creía que Erin era la dueña del único recuerdo de humanidad que guardaba.

—Hay algo más que no entiendo, Dil —preguntó Ennis interrumpiendo los pensamientos de Erin.

El hechicero se giró para mirarlo.

—¿Qué te ha ocurrido? —se atrevió a preguntar el arquero por fin—. ¿Qué es lo que te ha atacado?

—Es verdad —se interesó Bra al recordarlo—. Has gritado, te has retorcido como si te hubieran herido, pero no había flechas, ni cuchillos, ni nada por el estilo sobre tu cuerpo. Era como si algo te estuviese comiendo por dentro.

El chico se detuvo un instante.

Erin contempló su figura, esbelta y firme. Su cabello lacio bailaba con la escasa brisa que corría en el bosque y sus hombros parecieron algo tensos antes de encogerse.

—No lo sé —respondió.

Un largo suspiro salió de su boca.

—Ha sido justo como dices —añadió mirando a Bra—. Como si algo se hubiera metido dentro

de mí y me hubiera acuchillado las entrañas.

—Pero eso no ha ocurrido —dijo Rym.

El hechicero negó con la cabeza.

—¿Tiene que ver esto con las armas de sangre? ¿Con el castigo que has de pagar por realizar esa magia prohibida? —preguntó la líder de las Horribles.

Erin guardaba silencio y escuchaba todo cuanto decían. Había algo que se les escapaba, algo que ella había detectado, una relación causa-efecto que podía ser una simple conjetura, pero que encajaba a la perfección.

—Es posible —respondió Dilin—. Desde luego, no lo había sentido nunca antes.

—Sufriste con cada ataque recibido por parte del monstruo —intervino Erin.

El joven muchacho se dio la vuelta. Todos la miraron.

—¿Cómo dices? —preguntó.

—Cada flecha que le clavaron a la criatura que nos protegía te hirió también a ti —explicó—. No hubo ataque que sufriera que no provocase una respuesta por tu parte.

—¿Dices que está ligado a ese monstruo? —Ennis trataba de entenderlo. Todos luchaban por hallarle un sentido a semejante locura.

Erin enmudeció. No tenía las pruebas suficientes como para asegurarlo.

—Tiene sentido —reflexionó Dilin—. Después de todo, la magia se realizó con seres de su especie. Además...

Se quedó en silencio mientras parecía meditar sobre lo que se disponía a decir, todos aguardaron expectantes.

—Era como si sintiera su voluntad —dijo mirando a Erin—. La de protegerte.

—Pero ¿por qué con ese monstruo en concreto? —preguntó Bra.

Dilin negó con la cabeza.

—Dudo que se trate de él —dijo—. No creo que el precio a pagar se reduzca a un único sujeto. Lo más probable es que haya quedado ligado a todos esos seres de forma irremediable y eterna.

Ennis tragó saliva.

—¿Y si...? —trató de hablar, aunque parecía haber perdido la voz.

Se aclaró la garganta.

—¿Y si esos monstruos mueren?

Dilin se encogió de hombros.

—Supongo que no lo sabremos hasta que suceda —contestó dedicándole una sonrisa indulgente.

—Pero es algo que sucederá —intervino Rym—. Tiene que suceder para que el mundo sea un lugar seguro.

Esa era la prioridad.

Ennis le dedicó una violenta mirada.

—Estamos hablando de que su vida corre peligro, Rym —le recordó—. ¿Dónde te has dejado el tacto?

—En el mismo lugar que tú, probablemente —respondió ella—. ¿Desde cuándo eres partidario de dar rodeos, Ennis?

—Desde que... —empezó a decir.

—Rym tiene razón —los interrumpió el hechicero.

Ennis lo miró con gesto preocupado.

—Esos seres morirán, es algo que debe ocurrir. —Miró a Ennis con determinación—. Algo que yo mismo me encargaré de que suceda.

Él le mantuvo la mirada, y la rabia pareció apoderarse de sus ojos.

—Podrías morir —le advirtió.

Ennis bufó antes de reemprender la marcha.

—Pero no seré yo quien te impida cumplir tus sueños, chico —farfulló sarcásticamente.

Dilin miró a Rym, la líder le dedicó un gesto de comprensión y se dio la vuelta para seguir al irascible arquero.

El círculo que conformaban los arbustos de arándanos rojos apareció ante ellos más pronto de lo que esperaban. Tanta facilidad preocupó a Erin. Ya empezaba a familiarizarse con el bosque y sabía que tanta paz no era lo habitual.

Rym avanzó a paso raudo hasta encabezar la comitiva. Se detuvo ante los matorrales y tomó una

de sus ramas con cuidado; su rostro palideció deprisa antes de lanzarle una mirada de advertencia a Bra. Ella corrió hasta situarse a su lado y se agachó para inspeccionar el terreno.

—¿Qué ocurre? —preguntó Vivian alterada.

Nadie respondió. Todos observaron con atención cada movimiento de Bra, que analizaba con suma concentración cada centímetro del terreno. Era como si sus ojos pudieran ver algo que era invisible a los de los demás; como si su nariz captase algún olor imperceptible para el resto; como si su mundo fuese, en cierto modo, más complejo de lo habitual. Aunque no lo suficiente para ella, porque, al cabo de unos segundos, toda aquella complejidad se tradujo en una sencilla conclusión.

La segunda al mando de las Horribles se levantó mientras desmenuzaba un puñado de tierra húmeda entre los dedos.

—Ha venido alguien —determinó—. Las huellas se confunden, no puedo definir con claridad su dirección, es como si hubieran estado merodeando alrededor de la guarida. Pero están frescas, es posible que sigan por aquí.

Apenas escuchó aquellas palabras, Rym desenvainó sus espadas gemelas. La hoja era ahora una maravilla bañada con relucientes vetas granates.

Bra hizo lo propio con la suya, Vivian preparó su arco y Ennis agarró su hacha. Erin colocó la mano en la empuñadura de Corazón, que palpitaba despacio contra su piel. Recordó los consejos de Levi: «No lo cojas hasta que hayas dejado de correr, agarra con fuerza el mango y clávalo cuando estés lo suficientemente cerca». Su propio pulso se aceleró, pero la fuerza de Corazón le llegaba desde aquel trabajado trozo de marfil; era como sentir la calidez de un abrazo en una de sus manos.

—No te separes de mí, Dil —le indicó Ennis.

Avanzaron detrás de Rym y cruzaron el cinturón de arándanos rojos. Una vez en el claro, se dispersaron para ocupar mayor terreno. No hallaron a nadie sospechoso en los alrededores de la guarida, no había pistas de ningún tipo; ni huellas ni ruidos extraños, solo la soledad del bosque. Así que, finalmente, Rym se decidió a entrar.

Al abrir la «puerta» que suponía la corteza del árbol, ningún sonido se escapó del interior de la guarida. Todo parecía tranquilo.

Demasiado tranquilo.

Bra caminó hacia otro de los árboles y Ennis hacia el tercero. Entrarían por los tres a la vez, ocuparían todos los vértices de entrada —o de salida— y les impedirían escapar. Suponiendo que hubiera alguien dentro.

Y sí que lo había, aunque no era nadie nuevo. Las mismas personas que dejaron al marcharse los estaban esperando al regresar, todas salvo una. Y las que quedaban estaban muertas.

Vivian gritó. Un desgarrador lamento que se incrustó en el alma de Erin. Lion había desaparecido. Dafne, Victoria y Aida, en cambio, seguían allí. Aunque no sus almas.

Colgadas del techo como simples pedazos de carne. Así era como habían decidido dejarlas, así era como se habían deshecho de ellas. Las raíces de los árboles se enroscaban en los brazos de Dafne, en el cuello de Victoria y en los tobillos de Aida. Cada una de ellas asesinada de un modo distinto.

Dafne tenía una profunda raja en la garganta y la sangre había teñido por completo el delicado vestido azul que le habían prestado las Horribles. Victoria tenía la cara amoratada, las venas del cuello ascendían hacia su mandíbula y los brazos le colgaban como si hubieran sido dislocados, como si ninguno de sus huesos estuviera en su sitio. Y Aida... Erin apenas soportó mirarla. La habían destripado, sus entrañas caían hacia el suelo cubriéndole la cara, ocultando cualquier rastro de la agonía a la que la habían sometido.

Vivian continuaba llorando en brazos de Ennis.

—Se han ido —aseguró Bra.

—Lion... —murmuró Vivian.

—Lo encontraremos, Viv —prometió Ennis.

—¡Míralas! —gritó ella zafándose de él—. ¡Mira lo que les han hecho, Ennis! ¿Cómo crees que encontraremos a mi hijo?

Estaba fuera de sí. Como si ya hubiera imaginado el destino de Lion y se lo hubiera creído. No había alternativa en la mente de Vivian. Durante aquellos segundos, actuó como si ya hubiera dictado sentencia.

—Si hubieran querido matarlo, lo habrían dejado aquí con los demás —razonó Erin temerosa de aumentar la histeria de Vivian.

Rym asintió.

—Tiene razón —convino—. Si se lo han llevado es porque tienen otros planes para él.

—¿Y QUÉ PLANES VAN A TENER, RYM? —exclamó Vivian con lágrimas en los ojos—. Jamás debí alejarme de él de nuevo —se lamentó hundiéndose de nuevo en los brazos de Ennis.

El llanto de Vivian encogió el corazón de Erin.

—Tengan los que tengan —continuó diciendo Rym—, lo único que queda claro es cuál es el nuestro.

—La Morada del Delirio —adivinó Bra.

Rym asintió.

Bra miró hacia el techo, hacia los cadáveres cuya sangre goteaba como lluvia sobre sus cabezas.

—Antes de eso, deberíamos ocuparnos de ellas —opinó.

Rym estuvo de acuerdo.

Entre todos, descolgaron los cuerpos de aquellas pobres mujeres y los envolvieron en sábanas mientras Ennis se encargaba de cavar un agujero en el bosque para ellas. Un agujero para esconder tres víctimas más de aquella vergonzosa tradición impuesta por los Señores de la Sorpresa; un agujero para tres mujeres asesinadas por la impasibilidad de sus iguales, que deseaban perpetuarla; un agujero para tres repudiadas que habían muerto como los monstruos que no eran y nunca fueron.

No había tiempo que perder. No habría ceremonia ni palabras de despedida. No habría lamentos ni reproches. Pero todos sabían —y recordarían siempre— que aquel duro golpe había sido el mayor fracaso en la historia de las Horribles; el grupo que nació para proteger a las repudiadas.

XVII

TARDÍA

Viajar a la Morada del Delirio era algo que nadie había hecho antes. Nadie que siguiera con vida, claro. Sin embargo, era bien sabido cuál era el único modo de hacerlo para los humanos, puesto que «todos los caminos llevan al Delirio».

En este caso, era algo literal, ya que hacía referencia a los Caminos del Azar. Salieron de la guarida, salieron del bosque y se aventuraron a caminar a través de aquellos despejados senderos. A partir de aquel instante, estarían expuestos a cualquier clase de peligro.

Vivian había logrado calmarse, aunque había sustituido su desesperación por una determinación extrema. Encontraría a Lion y lo rescataría de las garras de aquellos monstruos.

Tras lo acontecido en la guarida, hubo un cambio de planes. Dilin, que en un principio iba a quedarse allí con las chicas y el niño, los acompañaría en la nueva aventura. La masacre había hecho que tomaran la decisión de no volver a separarse. Daba igual lo débiles que fueran o el peligro al que se enfrentarían, porque, después de todo, había quedado demostrado que no había lugar en el que esconderse.

Erin, por su parte, llevaba un tiempo pensando en Levi y Dash. Ambos se habían marchado con aquellas peligrosas armas dispuestos a combatir a sus iguales, y ella ni siquiera conocía cuál era el plan a seguir.

—¿Qué vamos a hacer? ¿Cómo piensas entrar allí? —le preguntó a Rym.

Ennis la miró de reojo.

—¿En la Morada del Delirio? —Chasqueó la lengua—. Como si lo difícil fuera entrar...

Erin arqueó una ceja.

—¿Qué quieres decir?

Ennis extendió el brazo y señaló con el dedo hacia el horizonte. Un horizonte que se extendía más allá del interminable camino por el que avanzaban, un horizonte de cielo nuboso y opaco, de luces centelleantes y atronadores relámpagos, de árboles negros y quejumbrosos... Un horizonte de pesadilla.

—¿Quién en su sano juicio viajaría hasta ahí? —preguntó—. No tiene ningún sentido impedir a los imbéciles intentarlo.

—Nos estás llamando imbéciles, ¿te das cuenta? —le dijo Erin.

Ennis sonrió.

—Vamos camino a nuestra autodestrucción —señaló—, ¿te das cuenta tú de eso?

—¿Desde cuándo eres tan pesimista? —le preguntó Rym.

Ennis soltó una carcajada.

—¿Pesimista? Es probable que este sea el mejor día de mi vida.

Bra lo miró de arriba abajo.

—Imbécil no sé, pero loco estás un rato —dijo.

Él le guiñó un ojo.

—A propósito, Erenson —comentó Ennis—, no estaría de más que avisaras a tu horripilante amiguito. Es probable que necesitemos su ayuda cuando lleguemos.

Erin miró hacia los árboles que los rodeaban, era como si los estuvieran escoltando a lo largo del camino. Se preguntó si sería capaz de hacer algo así, si podría llamar al monstruo con el que parecía tener aquella extraña conexión y recibir respuesta.

Se preguntó si debía gritar.

Se preguntó si funcionaría.

—Muchos monstruos rondan la Morada del Delirio. —La voz de Dilin interrumpió sus pensamientos—. Si estamos en lo cierto con lo del vínculo entre Erin y esa criatura, lo más probable es que nos lo encontremos allí.

La mirada que Ennis le lanzó a Dilin no se le pasó por alto a nadie.

—¿Hablas en serio? —preguntó Erin—. ¿Cómo vamos a meternos en ese lugar si hay que enfrentarse primero a todos esos monstruos?

Dilin la miró.

—En realidad, primero tendremos que salir del bosque para llegar al Claro de las Pesadillas. Y te aseguro que los árboles negros no nos lo pondrán nada fácil —dijo.

—¿Los árboles negros? —se extrañó Erin.

—Los árboles se vuelven más oscuros a medida que nos acercamos a la Morada del Delirio, Erin —le explicó Rym—. ¿No te has percatado de eso?

Erin miró hacia el horizonte que le había señalado Ennis hacía apenas unos instantes; no había reparado en ello, pero era cierto, la oscuridad del cielo era como una sombra capaz de teñir incluso los árboles.

—Cuando lleguemos al fin del camino e intentemos salir, estirarán sus ramas para atravesarnos con sus espinas —continuó diciendo su tía.

Ella tragó saliva.

—Esperemos que estas armas nuevas nos ayuden con este tema —dijo Bra examinando la hoja de su espada—. Ya que no servirán para matar a esos malnacidos.

Erin observó al grupo. Caminaban hacia un lugar en el que la probabilidad de éxito era escasa y, aun así, todos parecían decididos. Seguros de sí mismos. Incluso Vivian, que, aunque avanzaba en silencio, no dudaba en ninguno de sus pasos.

—¿Y después los monstruos? —preguntó Erin.

Rym asintió.

Ennis sonrió.

—Qué positiva —observó con cierto retintín—, das por hecho que superaremos la barrera de los árboles.

Erin se encogió de hombros.

—No es mi sueño acabar ensartada por la rama de una planta —contestó.

—Me alegro —dijo él, que se había puesto serio de repente—. Con un suicida en el grupo tenemos más que suficiente.

Volvió a desafiar a Dilin con la mirada.

—Déjalo ya, ¿quieres? —le reprendió Vivian—. El chico solo está priorizando el bien común.

—El chico, como tú dices, es un crío que intenta hacerse el valiente —dijo él enfadado.

Rym lo miró con violencia.

—Te recuerdo que sin él no podríamos siquiera soñar con la posibilidad de vencer —espetó.

—¿Podéis dejar de hablar como si no estuviera delante? —preguntó el hechicero visiblemente molesto.

Todos callaron.

—Gracias.

—Como queráis, pero yo no pienso atacar a ninguno de esos monstruos.

Ennis estaba enfadado, sobre todo con Dilin por su decisión, pero aquello, en el fondo, no era más que un gesto de protección. El guerrero de los hoyuelos solo estaba preocupado por el joven hechicero. Muy preocupado.

—¿Qué hay de Levi? —preguntó Erin de pronto—. ¿Y de Dash? ¿Cuál es su función en todo esto?

Rym la miró con cierta inquietud.

—En principio, mantener distraídos a sus colegas mientras nos colamos —respondió.

—¿Y después?

—Intercambiamos papeles —dijo ella.

Erin frunció el ceño.

—Nosotros actuamos como señuelos para que ellos los maten.

—Parece sencillo —mencionó Erin con recelo.

—No te confíes —le advirtió Vivian después de su largo silencio—. Que suene fácil solo indica que nos resultará mucho más complicado.

No se estaba confiando, sabía que la seguridad de Rym, la de Ennis o incluso la de Bra solo servía para empujarlos a hacerlo. Eso era todo lo que tenían: convicción. Pero luego todo dependería de su capacidad para adaptarse a las circunstancias, porque lo que estaba claro era que los Señores de la Sorpresa no se quedarían quietos esperando a ser aniquilados.

Pero entonces cayó en la cuenta.

—Oye, Vivian... —Casi no le salía la voz.

Sabía en qué estado se encontraba y no quería alterarla más, no quería sufrir las consecuencias de su enfado, pero necesitaba saberlo. Tenía que preguntarlo.

Vivian no la miró, pero sabía que la estaba escuchando.

Erin respiró hondo para coger fuerzas.

—¿Cómo es...? ¿Cómo es la Morada del Delirio? —preguntó al fin.

Todos la miraron como si hubiera cometido el peor de los errores. Percibió la advertencia en los ojos de Rym, la prudencia en los de Bra y la compasión en los de Ennis. Dilin, por su parte, no pareció comprenderlo.

Vivian era una repudiada tardía, la propia Rym se lo explicó en la guarida. Ella había sido conquistada, había superado aquella horrible experiencia y había consagrado su vida a proteger a aquellas que habían esquivado vivirla.

Continuó sin mirarla, aunque sí contestó.

—¿Cómo imaginas el infierno, Erin?

Si es que eso podía considerarse una respuesta.

Erin se quedó pensando durante unos segundos.

—No lo sé. Abrasador, desolador, vacío pero con la sensación constante de que hay alguien observándote. Algo así, supongo —respondió.

—Pues la Morada del Delirio es todo eso, aunque ahí nadie te observa. —Entonces la miró—. Se lanzan a por ti como hienas. Cuando quieran, como quieran y para lo que quieran. Y la peor parte es que, aunque te largues, regresas cada noche. Nunca vuelves a ser libre del todo.

La dejó sin palabras. A ella y a todos, porque un silencio incómodo se instauró en aquel camino.

—¿Era eso lo que querías saber? —preguntó Vivian en tono desafiante—. ¿O no te gusta lo que has oído?

—Cálmate, Viv —le pidió Ennis.

—Es mejor que esté preparada para lo que pueda pasarle, quizá nadie llegue a tiempo de protegerla —dijo ella.

Rym la amenazó con la mirada.

—Igual que no llegamos a tiempo para mi hijo —farfulló.

—Ya basta —la reprendió su líder—. No tiene sentido que nos acompañes si ya te has rendido.

—¿Y cómo no me voy a rendir? —se quejó Vivian caminando hacia ella—. ¡Él era mi única razón para luchar, Rym! ¡La única!

Se miraron a los ojos batiendo un duelo que Rym estaba destinada a ganar.

—¿Qué pasará si te equivocas? —dijo su líder instándola a reflexionar—. ¿Qué ocurrirá si, finalmente, Lion está vivo y tú te rindes ahora? ¿Cómo te sentirás entonces, Viv?

Vivian continuó aguantándole la mirada, pero las lágrimas brotaron de sus ojos. Se mordió la

lengua, pensó en aquella posibilidad y agachó la cabeza.

—Eso pensaba —comentó Rym sin moverse de su posición.

—Venga, Viv. —Bra la rodeó con el brazo mientras echaba una mirada reprobatoria a Rym—. Pronto llegaremos, tienes que recomponerte para salvar a tu hijo.

La discusión los había atrapado durante unos minutos, nadie había reparado en lo que los esperaba en medio del camino. Nadie excepto Ennis, que iba en cabeza y silbó para llamar a los demás al detectar aquel extraño bulto en el suelo.

—¿Qué diablos es eso? —preguntó Bra.

Rym entrecerró los ojos tratando de afilar la visión. Para cuando su tía lo reconoció, Erin ya había echado a correr hacia su madre.

Sí, Ordana Erenson yacía en medio de aquel desamparado sendero tendida sobre un charco de su propia sangre.

Rym salió corriendo tras ella.

Erin se arrodilló junto al cuerpo de Ordana y la tomó en sus brazos. Era tarde para ella, estaba sentenciada, las heridas en su vientre y su cuello eran demasiado graves. Pero continuaba viva. Sus ojos apenas distinguían nada, aunque sus oídos sí reconocieron la voz de su hija.

—Mamá... —sollozó Erin.

Ordana intentó llamarla, pero la voz apenas salía de su garganta. El monstruo que le hubiera hecho aquello no había tenido piedad alguna.

—¿Qué haces aquí? —continuó preguntando.

Sintió la mano de su tía sobre su hombro. Rym acarició el rostro de su hermana sin rencor, como si estuviese viendo a la persona que un día fue y no a la que acabó siendo.

—Yo lo quería... —se lamentó Ordana con la voz rota y la mirada perdida—. Lo quería.

La sangre borboteó por su boca interrumpiéndole las palabras. Luchó por seguir, pero no pudo hacerlo. Se ahogó. Aquellas monstruosas heridas le habían costado la vida.

Erin hundió la cabeza en su pecho y rompió a llorar. Rym la abrazó, aunque continuó tan firme como siempre.

No sabía qué le había podido suceder a su madre, no sabía cómo había acabado allí, expuesta y desprotegida. Pero encontró un culpable al hallar aquella marca en su muñeca. Ordana Erenson era ahora una repudiada, aunque tardía. Un «monstruo». Aunque quizá no debieran seguir llamándola así. Quizá hubiera vuelto a ser Ordana Kamervin. Porque Eliot Erenson ya no era su

marido, sino su asesino.

Erin lo tenía claro: si existía alguien culpable de todo aquello, era su padre.

XVIII

INTRUSOS

El cielo rugía al otro lado de la barrera que conformaban los árboles negros. Erin todavía arrastraba la imagen de su madre en la mente y sus últimas palabras. Ella lo quería. Su padre había amenazado a Ordana con encontrar a otra mujer en caso de que ella no le diera otro hijo, pero le había dado un plazo de un año. Todavía no había pasado tanto tiempo, ¿por qué repudiarla entonces?

Erin sentía la mirada preocupada de su tía. Rym, pese a seguir concentrada en la misión, estaba pendiente de ella. Encontrar el cadáver de su hermana había sido un contratiempo, pero uno muy doloroso. Sin embargo, su instinto de protección le hizo focalizar todo en Erin.

—Preparaos —advirtió Ennis, que iba en primer lugar—. Los árboles son muy oscuros ya y empiezo a notarlos bastante inquietos.

Erin volvió a agarrar la empuñadura de Corazón. Aquello, no sabía muy bien por qué, la hacía sentir segura.

El resto de Horribles tomó también sus armas. Rym desenvainó sus gemelas, Bra la espada, Ennis el hacha y Vivian las dagas que empleaba para los ataques de corto alcance. Una vez más, Ennis le pidió a Dilin que se mantuviera cerca de él para protegerlo.

—¿Alguna sugerencia antes de lanzarnos hacia ese nido de espinas en movimiento? —preguntó Bra a Rym.

Erin miró hacia el frente. Bra tenía razón, era prácticamente un muro hecho de resistentes ramas oscuras llenas de gruesos pinchos que relucían como si fueran de acero. Se movían. En el silencio del bosque, podían oír el susurro de aquellas ramas al rozarse, al deslizarse unas sobre otras. Era como una nana, un canto suave para atraerlos hacia ellas, que permanecían al acecho. Hambrientas, aburridas, tediosas... Sus movimientos eran perezosos, pero, en realidad, tan solo aguardaban a que las cosas se pusieran algo más interesantes.

Y eso estaba a punto de suceder.

—No os separéis —ordenó Rym—. Corremos, cortamos y avanzamos. Nadie se detiene y si alguien cae, lo recogemos. ¿Entendido?

Todos asintieron.

Se dispusieron en círculo rodeando a Dilin. Erin iba en último lugar, escoltada a ambos lados por Rym y Bra. Ennis y Vivian iban delante para proteger al hechicero. Las ramas empezaron a despertar. Sus movimientos, poco a poco, se aceleraron.

El crujir de los árboles parecía el rugido de un hambriento animal que los acechaba desde todos los ángulos. Erin no dijo nada, sabía que no era el momento, pero tenía miedo. Se preguntó cómo diablos había llegado hasta allí. Cómo una niña criada en una de las familias más poderosas de Lander había terminado rebelándose contra los mismísimos Señores de la Sorpresa.

—¿Empezamos, jefa? —preguntó Ennis.

Rym asintió.

Los primeros pasos fueron los más sencillos. Los árboles no tenían hojas, sus pasos por el final del bosque eran silenciosos, pero las raíces latían bajo tierra captando cada movimiento. Avisaban al resto de árboles, era como un grito silencioso en medio de aquel ambiente tenso. Un grito que alertaba de su presencia. Allí, a punto de abandonar los Caminos del Azar, no eran más que eso: intrusos.

—Más rápido —dijo Rym al tiempo que las ramas comenzaron a acercárseles.

Era como si sintieran curiosidad, como si se mantuvieran a la expectativa, como si no se atrevieran del todo a atacar. Pero, en cuanto obedecieron a la líder de las Horribles, los árboles reaccionaron.

La primera rama que se atrevió a tocarlos se dirigió hacia Ennis. El joven guerrero se la quitó de encima con un primer movimiento y la cortó con el segundo. Su hacha brilló en la penumbra antes de asestar el letal corte al árbol negro. Las ramas que los acechaban retrocedieron un segundo mientras su murmullo se elevaba hasta reverberar en todo el bosque. Sonaron como cientos de serpientes de cascabel, un grito ahogado y un tintineo extraño que a Erin le puso los pelos de punta.

Todo sucedió deprisa a partir de aquel momento. Las ramas se lanzaron directas hacia ellos, sin piedad.

—¡Corred! —gritó Rym a la vez que luchaba contra ellas con sus espadas gemelas.

Erin, por primera vez, ignoró los consejos de Levi. Desenvainó a Corazón y se preparó para defenderse. Dilin corría detrás de Ennis, el arquero continuaba muy pendiente del hechicero.

Las ramas caían sin descanso. Una tras otra. Pero incluso desde el suelo eran capaces de moverse. Nadie había previsto aquello. Una de las ramas se retorció como un látigo y azotó a Erin en la espalda. Soltó un desgarrador grito de dolor, cayó hacia delante impulsada por el golpe e impactó contra Dilin.

—¿Estás bien? —gritó Rym sin dejar de combatir al bosque.

Erin no tuvo tiempo de responder. Se dio la vuelta como si no sintiera que una afilada cuchilla le acababa de acariciar la columna vertebral rebanándola como si fuera una simple barra de pan. Asió fuerte a Corazón y atacó a la rama que se había colado a través del hueco que ella misma había dejado en el grupo. Las espinas iban dirigidas hacia Bra, que combatía los árboles que tenía delante, así que Erin se lanzó hacia ellas.

Era la primera vez que utilizaba a Corazón, la primera vez que atacaba con él. O la primera vez que atacaba, a secas. Quizá por eso le sorprendió tanto experimentar aquella sensación, la de que llevaba toda la vida haciéndolo. El corte fue limpio. Más fácil de lo que jamás hubiera imaginado.

Se detuvo a observar el puñal, las oscuras vetas que discurrían por su hoja lo hacían más poderoso, pero había algo más en él. Algo que lo convertía en un arma especialmente particular. La rama cayó al suelo fulminada, no continuó moviéndose como las demás, sino que se desintegró en el acto.

—¡Muévete, Erin! —la apremió Rym, que no se había percatado de lo que acababa de suceder.

Dilin sí.

—¿De dónde has sacado eso? —preguntó boquiabierto.

Erin continuó peleando contra las ramas. Toda aquella que rozaba la hoja de Corazón caía al suelo al instante y se descomponía ante la atónita mirada del hechicero.

—Responde, Erin —insistió Dilin—. ¿Quién te ha dado ese puñal?

Ella lo miró.

—Levi —respondió antes de asestar otro certero golpe.

Él no preguntó nada más, pero su mirada fue la propia de aquel que lo entiende todo. Continuaron atacando y avanzando. Iban mucho más rápido desde que Erin había descubierto el alcance del poder de Corazón.

No se libraron de los rasguños y los cortes, pero lograron salir del bosque. Tuvieron que correr varios metros hasta alejarse lo suficiente como para estar fuera del alcance de las ramas.

Habían superado el primer obstáculo.

Fue entonces cuando Rym inspeccionó el estado del grupo, reparando especialmente en la espalda de su sobrina.

—¿Puedes continuar? —se interesó.

Erin resopló.

—Por supuesto que puedo —respondió—. ¿Qué voy a hacer si no? ¿Meterme de nuevo en el bosque?

Rym frunció el ceño en un principio ante aquella inesperada actitud, aunque pronto sus labios se torcieron en una media sonrisa.

Se tomaron unos segundos para recuperar el aliento, aunque sabían que no tenían demasiado tiempo, pues nada más y nada menos que el infierno se extendía ante ellos. Un desolador páramo circular rodeado de los árboles negros del bosque. Un páramo infestado de criaturas oscuras que todavía no habían reparado en su presencia. O eso parecía. Y en el centro del Claro de las Pesadillas, el hogar de los seres más poderosos —y monstruosos— de la tierra: la Morada del Delirio.

El cielo era prácticamente negro, las nubes estaban más bajas de lo habitual y la electricidad recorría la niebla que flotaba sobre sus cabezas. Los relámpagos eran sombras o las sombras, relámpagos; Erin no supo discernirlo. Era una tormenta continua y extraña, como si, realmente, fuera algo completamente distinto. Sombras densas y electrificadas, como las que había visto formarse en los puños de Dash, como las que vio en aquel que los asaltó en Conburg, Owen, solo que mucho más grandes. Caían con la fuerza de un rayo sobre la gigantesca construcción que se alzaba en el centro de aquel lugar. Pero la Morada del Delirio no parecía sufrir las consecuencias del ataque, más bien las absorbía.

Era como un castillo, un castillo enorme conformado por dieciocho torres negras y puntiagudas unidas por puentes de piedra pulida que relucían incluso en la distancia. Las nueve más bajitas formaban un círculo más externo que contenía el resto de torres, otras cinco un poco más altas conformaban el siguiente, tres más grandes todavía componían el más interno, y una última y enorme torre principal cerraba la arquitectura de la Morada del Delirio.

—¿Y ahora qué? —preguntó Ennis.

—Hay que llegar a la torre central, la de Raymond —explicó Vivian.

Erin reprimió su curiosidad de preguntar si había estado allí alguna vez, aunque pronto obtuvo la respuesta.

—Levi dijo que cada torre corresponde a uno de los Señores de la Sorpresa. Se distribuyen según su poder; a medida que se avanza hacia la central, más poderosos son sus inquilinos —explicó Rym—. Si las cosas han ido bien, unas cuantas estarán ya vacías.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Erin.

Su tía se giró hacia ella.

—¿No te dije que Dash y Levi los mantendrían entretenidos? —dijo mientras una pícaro sonrisa se dibujaba en su rostro.

—Según dijo Levi, intentarían despejar la zona del suroeste —recordó Bra mirando su brújula—.

Y si no lo hemos hecho mal, es justo por la que hemos llegado.

—¿Despejar? —preguntó Dilin—. ¿Insinúas que...?

Ennis se giró hacia él, los hoyuelos hicieron acto de presencia en sus mejillas.

—Aposté con Dash a que no se cargaría más de tres antes de que llegáramos —bromeó—. Él me prometió que cinco sería el mínimo.

Erin no pudo evitar abrir la boca ante aquello.

—¿Qué? ¿Cómo?

Ennis soltó una carcajada.

—Se supone que son seres todopoderosos, ¿no? Está bien que allanen un poco el terreno —respondió.

Algo bloqueó a Erin por completo. Una familiar caricia en la nuca. De pronto, se sentía observada, así que volvió la vista hacia el bosque.

—¿Qué hacemos? —oyó decir a Vivian. Aunque estaba cerca, su voz sonó lejos. Quizá porque Erin no podía apartar la vista de los árboles negros que seguían murmurando a sus espaldas.

—Correr hacia la torre —dijo Rym, que no sonó mucho más cerca—. Aprovechemos que los monstruos todavía no se han dado cuenta de que estamos aquí.

—¿Y luego?

Todos miraron a Ennis. Todos menos Erin, que continuaba abstraída por un extraño presentimiento.

—No sé si lo veis, pero la entrada a la torre no está hecha para humanos corrientes como nosotros —explicó el arquero.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Bra.

Pero Vivian, que también tenía vista de lince, se percató de lo que Ennis mencionaba.

—La puerta —dijo—. La puerta está situada a unos diez metros de altura —calculó.

Bra se llevó las manos a la cabeza y se dirigió a Rym.

—¿Por qué no nos avisaron de esto?

—Ni idea —musitó Rym mientras su cabeza bullía tratando de dar con una solución—. Pero te juro que, si no mueren, desearán haberlo hecho.

Entonces Erin oyó aquel gruñido, aquella respiración acelerada que tanto la había aterrado una vez, en la madriguera. El monstruo, su aliado, se atrevió por fin a salir de entre las sombras.

—¿Qué diablos hace ese bicho aquí? —oyó decir a Ennis—. ¿Lo has llamado?

Erin se giró hacia él.

—Creo que quiere ayudarnos —dijo.

—¿Cómo? —preguntó el arquero—. ¿Comiéndonos ahora para evitar que suframos más adelante?

Erin esbozó una sonrisa y volvió a mirar al monstruo. Sus ojos se encontraron con aquellas cavidades oscuras que siempre parecían vigilarla. En otro tiempo, hubiera tenido miedo de él, hubiera sentido el impulso de salir corriendo y lo hubiera hecho. Pero ahora, cuando lo miraba a los ojos y recordaba el motivo por el que había decidido salvarla, cuando entendía que aquella criatura la había confundido con Ordana, solo podía sentir compasión.

Caminó hacia él despacio, con la mano extendida y la respiración controlada. Su corazón se aceleraba por segundos, pero algo en ella, en el fondo de su alma, le permitía avanzar con seguridad. El animal aguardó manso, no se movió del sitio, fue como si la hubiera estado esperando. Y cuando Erin acarició aquel cráneo alargado, un suave gruñido salió de la criatura.

Se dio la vuelta para dirigirse al resto.

—Nos llevará hasta la torre —afirmó decidida.

Rym alzó las cejas.

—¿Has perdido el juicio?

—Sé que lo hará —insistió—, si se lo pido. Llegaremos rápido y puede que no tengamos que enfrentar a ningún monstruo.

Miró a Dilin al decir aquello. Todos eran conscientes del riesgo que corría el hechicero al enfrentarse a aquellas criaturas.

Ennis asintió mostrando su acuerdo.

—Hagámoslo —dijo.

Erin se volvió hacia el monstruo y se inclinó para pedírselo.

—Deberías ponerle un nombre —comentó Bra.

Erin la miró perpleja.

—Piénsalo —dijo ella—. No es justo que le pidamos favores y sigamos llamándolo monstruo,

¿no? —Miró a Rym—. Al fin y al cabo, es casi como nosotras.

—¿Dices que es una Horrible? —preguntó Ennis en tono burlón.

Erin observó al monstruo, las cuencas vacías de sus ojos, la tenebrosidad que envolvía aquella pobre alma injustamente castigada. Era una víctima. Bra tenía razón, darle un nombre le devolvería algo de humanidad. Pero ¿cuál? Entonces pensó en las otras víctimas, en los millares de mujeres y niños que habían sufrido bajo el yugo de aquellos tiranos opresores. Pensó en todas ellas y en lo desolador que resultaba no conocer sus nombres, era como si no le importaran a nadie. Pero había tres nombres que sí recordaba, tres nombres que no olvidaría: Victoria, Dafne y Aida.

—Vida —murmuró junto a él.

Ignoró la risita de Ennis y acarició el cráneo de la criatura. Le devolvería aquello que le habían arrebatado, aunque fuera solo con un nombre.

—Llévanos hasta la torre, por favor —le pidió.

La criatura gruñó antes de agachar la cabeza en señal de consentimiento. Erin fue la primera en subir, la única que no dudó al hacerlo. Todos los demás la imitaron algo más recelosos, pero Vida no se quejó. Con ninguno de ellos.

Erin se inclinó hacia delante para que la criatura pudiera escucharla.

—Corre rápido y no te detengas —susurró—. Tenemos que entrar en la Morada del Delirio.

Apenas terminó de hablar, casi no le dio tiempo a erguirse, Vida salió disparada. Se movía con la velocidad de una lagartija, su cuerpo serpenteaba y ellos se movían al compás, sus piernas avanzaban levantando la tierra de aquel desolador páramo y dejando un rastro de polvo que pronto llamó la atención del resto de monstruos.

Algunos, los más cercanos, corrieron hacia allí. Sus gruñidos dispararon los latidos de Erin, ya no por el daño que pudieran hacerles, sino por lo que supondría defenderse. Atacar a los monstruos sería como atacar al propio Dilin.

Pero no tendrían elección. Cuando uno de aquellos bichos pusiera sus zarpas o colmillos sobre el cuerpo de Vida, tendrían que defenderse. Y así lo hicieron.

Un monstruo bípedo y enorme corrió a zancadas hacia ellos, su cráneo era redondo, con un pico aguiñeño en uno de sus extremos. Atacó a Vida desgarrándole la cola, y cuando volvió a intentarlo, se encontró con Rym. La líder de las Horribles le propinó una patada que lo obligó a cerrar el pico y le rajó el vientre con una de sus espadas. El bicho cayó rodando sobre la tierra a causa de la velocidad, y su bramido reverberó en el Claro de las Pesadillas, provocando que aquellos monstruos que no los hubieran visto repararan en ellos.

Dilin también gritó. Ennis lo acogió entre sus brazos mientras trataba de protegerlo de aquel

dolor, pero no había nada que hacer. El hechicero se retorció como si algo acabara de asestarle una cuchillada en las entrañas. Rym no quiso mirar, no quiso dejar que aquello la afectara. Los monstruos continuaban acechándolos y debían enfrentarlos a toda costa.

La torre cada vez estaba más cerca, pero el camino se hizo eterno. Más monstruos los atacaron y más de ellos murieron. Las armas hechizadas eran tremendamente efectivas, un buen golpe y quedaban reducidos a inofensivas fierecillas. Pero la sensación de victoria se esfumaba con cada grito de Dilin. El pobre muchacho lloraba en brazos de Ennis, que era incapaz de alejarse de él, incapaz de enfrentar a ningún monstruo. No soportaba la idea de hacerle más daño.

Los arqueros de las Horribles estaban en lo cierto. La entrada a la torre estaba lejos del suelo, lejos de su alcance. Erin empezó a preguntarse si aquello había sido una idea estúpida y suicida, pero Vida era una lagartija. Una gigantesca y tenebrosa lagartija que trepó sin ninguna dificultad por las paredes de una de aquellas nueve torres exteriores.

El animal entró y se sacudió al instante, quitándoselos a todos de encima como si lo molestaran. Estaba herido. Por mucho que hubieran luchado por defenderlo, no habían podido evitar que sufriera los ataques de otros como él.

Las Horribles salieron volando, golpeándose contra las paredes de lo que parecía una habitación equipada con todo tipo de comodidades. Por un instante, Erin tuvo la sensación de encontrarse en casa. En la de sus padres, mejor dicho. Porque aquel sitio jamás sería suyo, jamás sería su hogar.

Vida se tumbó en el suelo sin dejar de gemir a causa de las heridas. Los monstruos que los perseguían permanecieron unos segundos arañando la torre y rugiendo en busca de su presa, pero no tardaron en perder el interés. Después de todo, ninguno de ellos era su verdadero enemigo.

Erin se arrodilló junto a su nuevo aliado y acarició una vez más el reluciente cráneo que cubría su cabeza.

—Gracias —susurró.

Y, aunque no tenía ojos, juraría que Vida le respondió con una mirada de igual gratitud antes de echarse a descansar.

Mientras tanto, Ennis recogía a Dilin del suelo y lo cargaba en sus brazos para llevarlo hasta la cama de la habitación con ayuda de Vivian. Rym y Bra inspeccionaban el lugar en el que se encontraban.

—¿Soy yo o no resulta tan aterrador? —preguntó Bra ganándose una mirada de reprobación por parte de Rym.

—El miedo lo provocan aquellos que viven aquí —respondió Vivian molesta.

Bra se arrepintió al instante de haber hablado, pues se dio cuenta de que su comentario había sido de lo más impertinente.

—Tenemos que seguir —dijo Rym—. No podemos retrasarnos, con cada segundo que pasa, Dash y Levi están más expuestos.

Erin se levantó de inmediato. Recordaba su última conversación con Levi, lo mal que lo había hecho sentir, lo mal que se sentía ella ahora por si no tenía ocasión de redimirse. No estaba enfadada con él ni lo temía, ya no. Levi era un Señor de la Sorpresa, pero, antes que eso, era una buena persona. La mejor para ella.

Estaba decidida a verlo una vez más, a pedirle perdón. Decidida a luchar hasta el final. Porque ahora estaban en la Morada del Delirio, y si nadie salía con vida de allí, tampoco lo harían los Señores de la Sorpresa.

XIX

LÍDER

Dilin no terminaba de recuperarse, pero se negó a quedarse en la habitación con Vida. El hechicero quería continuar hasta el final, aunque a Ennis le costara aceptarlo. El Horrible había demostrado tener un increíble instinto protector. Al menos con respecto a él.

Continuaron avanzando, abandonaron la sala de la primera torre y cruzaron el primero de los puentes. El vértigo impidió que Erin mirara hacia abajo, pero sabía que una aterradora distancia la separaba del suelo. Sobre sus cabezas, enlazando una torre con la siguiente, una gruesa viga de piedra negra relucía pese a la escasa luz.

Las piedras del puente resbalaban y no había barandilla en la que sujetarse; Erin temió por su integridad física, aunque no dejó de avanzar. Miró a un punto fijo, al otro extremo del puente, y caminó decidida. Iban en fila india, concentrados y en silencio. Las sombras continuaban tronando, sonaban tan cerca que parecía que el castillo fuera a derrumbarse de un momento a otro; sonaban como si la tormenta estuviera desatándose sobre sus cabezas.

Cruzar el umbral de la siguiente torre fue el mayor de los regalos para Erin, jamás había experimentado semejante alivio. A diferencia de la anterior, sí había alguien en aquella habitación, aunque no les causaría ningún problema, puesto que aquel Señor de la Sorpresa estaba muerto.

—¿Eso es lo que creo que es? —preguntó Bra.

—¿Un Señor de la Sorpresa al que le han atravesado el pecho? —respondió Ennis—. Sí.

Bra y Rym se miraron con sorpresa.

—Entonces, sí que pueden morir —murmuró Vivian emocionada.

—¡Pues claro que pueden! —exclamó Dilin indignado—. ¿Pensabas que me iba a sacrificar en vano?

Ennis rio al tiempo que le daba un suave pellizco en la mejilla.

—Nadie está dudando de tus habilidades, Dil. Es solo que... —dijo mirando el cadáver que había en el centro de la habitación— cuesta creérselo.

Erin también lo observó. Sabía que aquello debía de ser cosa de Dash o de Levi, estaban matando a los suyos, a aquellos que los habían acompañado durante siglos; no quería ni imaginarse cómo debían de haber sido todos esos años para ellos, cuánto habrían sufrido.

—Sigamos.

Rym no quería distraerse, no quería que ninguno de ellos se confiara. Los Señores de la Sorpresa, aunque fueran uno menos ahora —quizá más—, seguían siendo una terrible amenaza.

El siguiente puente fue aún peor. Erin continuó sin mirar hacia abajo, pero el aire era más frío y las sombras estaban todavía más cerca. Sintió como un escalofrío le recorría el cuerpo de arriba abajo. El suelo seguía siendo resbaladizo y la caída mortal, pero habían llegado tan lejos que no había vuelta atrás.

Alcanzaron la siguiente torre, la última antes de la de Raymond Bolton, el Gran Señor de la Sorpresa. Lo que ocurriría a continuación no podían siquiera llegar a imaginarlo. Quizá tampoco quisieran intentarlo.

La última habitación era distinta a las demás. Más cálida, menos ostentosa; de algún modo, era más humana. Tenía velas para iluminarla y libros por doquier. Estanterías que llegaban hasta el techo repletas de todo tipo de literatura, volúmenes esparcidos sobre la alfombra que había frente a la chimenea, abiertos y marcados.

Erin no pudo evitarlo, la curiosidad la obligó a hacerlo. Se arrodilló sobre la alfombra y observó aquellos libros, uno de ellos en particular llamó su atención. Sí, era el que Rym le leía de pequeña, el libro que tantas veces había tenido entre sus manos, los poemas que se sabía de memoria, los versos que había subrayado conmovida por las sensaciones que despertaban en ella. Era La ventana.

No sabía por qué, pero aquella habitación le resultaba cómoda y familiar, un oasis de paz en medio de aquel perturbador infierno. Y entonces alzó la mirada. Sabía que Rym la observaba con atención y, por algún motivo, había dejado la prisa a un lado.

Había algo más que libros en aquel lugar; había cuadros, pintura, había vida. Una vida muy similar a la que ella había conocido a lo largo de sus veintiún años, una vida que poco tenía que ver con ser rechazada, vendida o perseguida. Una vida que la transportaba a Lander, a las cosas más sencillas, a aquellas que ella más disfrutaba. Había pinturas de los parques de su ciudad, casi podía oler la hierba fresca y las flores. Había otras del río, de la gente sentada junto a la orilla disfrutando de un té e incluso una jovencita apartada leyendo. Era como si se estuviera viendo, como si todos aquellos cuadros fueran un relato de su propia existencia. Y había más pinturas, algunas un poco más grises, pinturas de un bosque oscuro y solitario en el que una mujer resaltaba entre la penumbra envuelta en espinas. Una mujer con una marca en la mano y un puñal entre los dedos. Una mujer que la miraba fijamente con su melena oscura y sus ojos negros. Una mujer que parecía ella misma. Se preguntó si más que una pintura no estaría viendo un espejo.

Sintió el contacto cálido de una mano sobre su hombro.

—Tenemos que seguir.

La voz de Rym sonó suave en aquella ocasión, como si le supiera mal molestarla, como si percibiera la conexión que Erin estaba sintiendo con aquel lugar y la entendiera.

Erin la miró. No sabía bien por qué, pero sus ojos ardían y empezaba a resultar complicado contener las lágrimas. No tenía pruebas, apenas un presentimiento, pero tampoco dudas. Aquella habitación pertenecía a Levi.

Salieron de la torre dispuestos a cruzar el siguiente puente, aunque algo sucedió en aquella ocasión. Algo que lo cambió todo. El puente no estaba despejado como los anteriores, una sorpresa aguardaba a mitad del camino entre las torres.

—¡LION! —gritó Vivian lanzándose a correr hacia él.

Pero el mundo tembló bajo sus pies.

Una sombra tan oscura como fugaz atravesó la piedra de aquel puente y la de todos los que conectaban con la torre central. Fue un milagro que ninguno de ellos se precipitara al vacío, aunque sí tuvieron que ayudarse unos a otros para mantener el equilibrio.

Lion continuaba allí, al otro lado del hueco que ahora separaba ambas torres. No se habían percatado antes, todo había sido demasiado inesperado, pero había una cuerda atada al cuello del niño. Una cuerda cuyo otro extremo se encontraba anudado a la viga que pasaba sobre sus cabezas.

De pronto, algo levantó al muchacho del suelo. Algo que se materializó dejándoles ver a un viejo conocido, alguien que, aunque sabían que estaba cerca, no esperaban encontrarse de aquella forma.

Los truenos eran más potentes, las sombras eran auténticos rayos que se adherían a la piedra de las torres puntiagudas que conformaban la Morada del Delirio. Era como si la niebla estuviera librando su propia batalla. Pero no tenían tiempo para eso, pues había alguien respondiendo a la guerra que ellos mismos habían declarado.

Owen Vermer, el hombre de confianza del líder de los Señores de la Sorpresa, el hombre que los asaltó en Conburg y que fue detenido por una sombra. Mantenía a Lion suspendido en el aire, aferrándose a él con las manos y mostrando sus extrañas alas membranosas. Grandes, transparentes y brillantes entre tanta oscuridad. Las sombras bailaban alrededor de sus dedos.

—Bienvenidos a mi humilde hogar —dijo con los labios pegados a la mejilla del joven Lion. Inspiró profundamente absorbiendo su olor—. Es casi como volver a tenerte entre mis brazos, Vivian.

Sus ojos viajaron hacia la Horrible, cuyo rostro estaba pálido.

—¿Qué ocurre? —continuó mientras echaba un vistazo al grupo entero—. ¿Es la primera vez

que veis a un Señor de la Sorpresa en todo su esplendor? —Sonrió con malicia—. No debería impactaros tanto, puesto que aún no habéis visto nada.

Llevó una de sus manos al puñal que asomaba por debajo de su capa, un puñal con empuñadura de marfil frente al que Corazón palpitó. Erin trató de ignorar aquella perturbadora conexión entre ambas armas.

—¡No le hagas daño! —suplicó Vivian—. ¡Por favor!

Owen rio. Rio con crueldad.

—Oh, querida, eso jamás.

Aunque su voz era dulce, sus ojos destilaban pura maldad. Desenvainó el puñal y lo acercó al cuello del muchacho.

—¡NOOO! —gritó su madre.

Owen rio aún más fuerte y clavó la hoja del puñal en la piel de su propia mano. Nadie entendía nada, aunque pronto su sangre salió a borbotones empapando la túnica del joven muchacho. Owen restregó la mano por la cara de Lion mientras lo olfateaba con lascivia.

A Erin se le revolvieron las tripas.

—No le haré nada —repitió—, el trabajo sucio se lo dejo a ellos.

Owen miró hacia abajo provocando que todos siguieran su mirada. Los monstruos empezaban a agolparse bajo sus pies atraídos por el olor a sangre, por la posibilidad de atrapar a aquel que los había condenado. Recordó la aparición de Levi en casa del Benefactor, la masacre que su rastro había provocado. A Erin no dejaba de resultarle curioso los pocos monstruos que habitaban el Claro de las Pesadillas; según había oído siempre en las historias, aquel lugar solía estar infestado de dichas criaturas.

Owen dejó caer el cuerpo de Lion, que quedó suspendido en el aire gracias a la cuerda que lo unía a la viga superior.

—Si es que no muere ahogado antes —añadió sonriente.

Tenían que salvarlo. El niño colgaba a través del hueco que el propio Owen había creado en el puente y empezaba a luchar por seguir respirando; habían tenido suerte de que la caída no le hubiera partido el cuello. Vivian se mostró desesperada, todos comenzaron a pensar en un plan, en una forma de salvarlo, y Erin también lo hubiese hecho de no haber sentido aquella mirada.

Owen la observaba como una vez hizo en Conburg. Y antes de que pudiera reaccionar, él desapareció al tiempo que algo la atrapaba en sus garras y la envolvía en la más pura oscuridad. Fue como parpadear. Apenas un segundo y se encontraba al otro lado del puente en brazos de Owen con las Horribles contemplando horrorizadas lo que acababa de ocurrir.

—¡YA ES MÍA! —gritó Owen a la nada. A la tormenta—. ¿ME OYES, LEVI? ¡LA TENGO! —Erin miró hacia el cielo en busca de cualquier señal, en busca de él—. ¡DEJA DE MATAR A LOS TUYOS, TRAIADOR, Y AFRONTA TU DESTINO!

Después de decir aquello, volvió a sentir el frío de las tinieblas. Un nuevo parpadeo y tenía frente a ella el trono del Gran Señor de la Sorpresa. Raymond Bolton se inclinó hacia ella con una encantadora sonrisa en el rostro.

—Vaya, vaya... —canturreó mientras sus intensos ojos azules recorrían el cuerpo de Erin—. Eres bastante más hermosa que tu madre.

Owen continuaba apretándola con fuerza contra su cuerpo. Por mucho que se esforzara por liberarse, cualquier movimiento por su parte resultaba inútil.

—¿Sabes? Estoy algo triste, Erin. Es así, ¿verdad? —dijo Raymond a la vez que se reclinaba en su trono, se comportaba como si la conociera—. Las cosas se han vuelto bastante complicadas desde que existes.

Erin frunció el ceño mientras sentía como la mano de Owen se deslizaba por su garganta.

—Eres un verdadero incordio, muchacha. —Su cálido aliento le despertó náuseas.

—¿Sabes por qué hacemos todo esto? —continuó diciendo el líder de los Señores de la Sorpresa—. ¿Crees que nos gusta vivir como lo hacemos? —Fingía estar afligido, pero tendría que emplearse más a fondo si pretendía que Erin se lo creyera—. Fuimos los primeros en este mundo, la versión auténtica y primigenia de aquello que debía dominarlo. Pero teníamos que compartirlo con ellas...

Su mano señaló una de las estatuas que escoltaban el trono, una que, de lo contrario, hubiera pasado desapercibida para Erin, pues parecía idéntica al Señor de la Sorpresa que custodiaba el lado izquierdo de aquella poltrona de piedra. Pero no lo era. La estatua que Raymond señaló era una mujer, una mujer alada y esbelta de facciones perfectas.

—Eran poderosas, aunque no tanto como nosotros, puesto que tenían ese pequeño defecto... —continuó diciendo el Gran Señor.

—El amor —susurró Owen con los labios pegados a la piel de su cuello.

Erin trató de apartarse, pero él se arrimó más todavía.

—Sí, nos amaban —concluyó Raymond—. Y no hubiera sido un problema de habernos amado solo a nosotros, pero lo amaban todo, incluso a vosotros. —Se levantó para contemplar de cerca la estatua, su larga trenza oscura caía elegantemente por su espalda—. Éramos pocos, ¿sabes, Erin? Al principio, solo Mera y yo. —Alzó la cabeza para mirar su rostro—. Era hermosa, tan perfecta que resultaba aterradora, pero no la amaba. Ella a mí sí. Y, durante años, fue más fuerte que yo. Con cada hijo que teníamos su amor se multiplicaba y, por tanto, también su poder. Y nuestras hijas... Ellas también se volvieron más poderosas con el tiempo. Su capacidad de amar

era superior. —Se giró hacia Erin—. Como comprenderás, no podía permitirlo. Resulta que nosotros también podemos hacernos más fuertes, siempre pensé que se trataba de amor, pero nunca he logrado conseguirlo. Enamorarse es una quimera, una ilusión, un engaño que solo las mentes más débiles son capaces de creer. Pero entonces descubrí que podía alimentarme del amor de otros. —Se volvió ligeramente hacia la estatua de Mera—. Y ella tenía tanto de eso...

Erin sintió la perturbadora risita de Owen contra su piel.

—No me mires así —le pidió Raymond—. Era el único modo de lograrlo. O eso creímos en aquel momento.

—Conseguir el máximo potencial a cambio de un corazón pleno —farfulló Erin con rabia.

Raymond le sonrió.

—El único problema fue que no era suficiente —continuó explicando—. Tampoco el de mis hijas. Siempre quise más. Y me acordé de vosotros, los humanos. Os gustábamos tanto, os resultábamos tan superiores y admirables, que hizo falta muy poco para convertir aquella veneración en deseo.

Raymond comenzó a andar hacia ella.

—Pero el deseo no es amor —observó él—. Asesinar a las humanas no nos concedió poder alguno y librarnos de nuestras hembras provocó que sintiéramos algunas necesidades imprevistas.

Cuando estuvo lo suficientemente cerca de ella, su boca se torció en una maquiavélica sonrisa.

—Tu madre supo saciarlas muy bien —dijo mientras la miraba con lujuria—. Lamento tanto haber tenido que matarla...

Erin se quedó de piedra.

—¿Tú...? —balbuceó.

La sonrisa de Raymond se ensanchó.

—Se había enamorado de mí —dijo en tono burlón—. A veces pasa; las humanas, de vez en cuando, caéis presas de nuestro encanto. Y nunca viene mal algo más de poder...

Enganchó el mentón de Erin con el índice.

—El idiota de mi hijo conquistó a Ordana con la esperanza de enamorarse de ella, pero la zorra de tu madre aspiraba a llegar más alto. —Una insultante risita salió de su boca—. Me enfureció saber que Levi era tan blando, que conquistaba para proteger en lugar de para ganar poder. No me costó demasiado meter a tu madre en mi cama, casi no tuve ni que pedírselo, y cuando la dejé de vuelta en su ciudad, intentó volver cientos de veces. Levi, el muy idiota, se ocupó de salvarla.

Una y otra vez.

Erin escuchaba sin dar crédito a sus palabras. ¿Levi era hijo de ese monstruo?

—Cuando te repudiaron, ese bobo la perdió de vista por encargarse de ti. ¿Y sabes qué hizo ella? Venir a buscarme.

Owen y él rieron.

Se estaban riendo de su madre. Burlándose de sus sentimientos. Así que no había sido su padre, no se trataba de Eliot, sino de Raymond. Él era quien la había dejado en medio de aquel camino desangrándose.

—Tu madre no amaba otra cosa más que a mí, Erin. Era así de estúpida —continuó riéndose.

Ella trató de contener las lágrimas. Su madre jamás la había querido, por mucho que ella se hubiera esforzado en creerlo; Ordana cambió después de la conquista porque se había enamorado de un Señor de la Sorpresa. Y, desde entonces, nada aparte de eso le había importado.

—¿Y los monstruos? —preguntó Erin con la voz quebrada.

Él la miró de nuevo con aquellos penetrantes ojos azules.

—Los monstruos son niños, sus corazones son los más puros, los más plenos. Y con ellos tenemos más que suficiente para alimentar nuestro poder —explicó él—. Ni siquiera el amor puede compararse con eso.

El cielo estalló de nuevo y un trueno ensordecedor hizo temblar las paredes. Las luces parpadearon y, en apenas un segundo, una figura gigantesca apareció en la puerta de la torre.

—No hables del amor si no sabes lo que es. —Sus fulgurantes ojos negros se fijaron en Erin—. Suéltala.

Era Levi.

XX

CORAZÓN

Raymond estalló en carcajadas, pero Levi no tenía ganas de reírse. Erin no había pasado por alto el dato que le había dado Raymond: Levi era hijo del Gran Señor de la Sorpresa. Quizá no fuera el único, pero debía de ser uno de los más poderosos, puesto que, según había dicho Rym, las torres se organizaban en función de la fuerza. Los Señores de la Sorpresa más importantes estaban más cerca de la torre principal. Todavía le costaba creer que Levi fuese uno de ellos.

—Y tú sí que sabes lo que es estar enamorado, ¿verdad, hijo? —se burló Raymond.

Levi no respondió.

Las sombras comenzaron a revolotear alrededor de sus puños, extendió los brazos y una onda eléctrica empujó a Owen contra la otra pared de la habitación.

Erin se vio liberada.

—Te he dicho que la soltaras —gruñó Levi.

Owen se incorporó, la roca de la torre se había agrietado con el impacto; las sombras también acudieron a él. Respondió al ataque de Levi del mismo modo, aunque él lo resistió. Sus sombras chocaron en el centro de la habitación y todo tembló. Un trueno estalló en aquel contacto reverberando en la sala del trono, y Erin tuvo la sensación de estar viviendo una de esas aterradoras tormentas sin lluvia.

—Traidor —dijo Owen apretando los dientes con rabia.

Una sonrisa desafiante apareció en el rostro de Levi.

—No se puede traicionar a alguien en quien nunca se ha creído —respondió sin dejar de atacar.

—Tus hermanos sí creían en ti —le reprochó Owen—. Confiaban en ti y en esa maldita rata de Dash.

—Mis hermanos eran violadores y asesinos —contestó Levi sin inmutarse—. El mundo está mejor sin ellos y lo estará también sin ti.

Levi aumentó su ataque y Owen respondió del mismo modo. La sala quedó oculta en las

tinieblas y el frío.

Era como estar en un mundo desconocido. Como si, en algún momento, hubiera cruzado un portal invisible que la había sumido en aquel pozo de oscuridad. Erin no era capaz de ver nada, ignoraba si ellos podían hacerlo.

—Resulta raro que no nos entiendas, se te ve encantado con tu gran poder —dijo la voz de Owen.

—Lo estoy, porque no lo he conseguido a costa de vidas inocentes —respondió Levi.

La oscuridad estalló dando paso a una humeante claridad, ambos retrocedieron exhaustos por el desgaste que había supuesto aquel ataque. Erin intentaba acostumbrarse de nuevo a la luz mientras ellos trataban de recuperarse.

Levi se irguió sin quitarle los ojos de encima a su rival. Poco a poco, un par de sombras oscuras salieron de su espalda, dos sombras que se fueron extendiendo y cristalizando hasta convertirse en las gigantescas alas que Owen ya les había mostrado. Levi reveló su verdadero aspecto, la forma completa de un Señor de la Sorpresa.

Y después de aquello, ambos volvieron a desaparecer.

Sus sombras zumbaron por toda la habitación, los golpes que provocaban sus ataques hacían temblar los cimientos de la torre y el alcance de su electricidad lo iluminaba todo.

Erin estaba paralizada, apenas podía hacer nada más que contemplar aquel combate. Pero Raymond estaba aburrido de escenas como aquella.

Las sombras la rodearon de nuevo.

—¿Sabes por qué no elegí el amor, Erin? —Su voz sonaba tan cerca que se le erizó la piel—. Porque cuando uno está enamorado —una presión crecía en la parte baja de su espalda, era como un afilado punzón que se clavaba poco a poco en su piel— sufre.

El punzón se convirtió en una cuchilla. El dolor relampagueó por todo su cuerpo obligándola a encogerse. Erin se convirtió en un pequeño ovillo que gemía con angustia desde el suelo.

Y entonces la pelea que se disputaba en aquella sala también cesó. Levi se detuvo con una mueca de aflicción en el rostro mientras sus ojos buscaban a Erin con desesperación. Pero, justo cuando la encontró, llegó Owen. Sus sombras impactaron contra el rostro de Levi con un potente puñetazo que lo mandó directo al suelo. Más grietas, más destrozos, más dolor.

Erin sufrió con él.

Raymond volvió a reír, aunque su mirada se dirigía a Levi, que intentaba volver a levantarse.

—Te mataré —dijo clavando la mirada en el Gran Señor.

—Muy bien —respondió Raymond satisfecho—, pero recuerda que, si me atacas a mí, responderá Owen.

Raymond le lanzó una mirada a su segundo y Owen cayó como un rayo de oscuridad sobre Erin. Esta vez, la cuchilla le atravesó el hombro.

Levi rugió de dolor llevándose la mano al mismo hombro en el que habían herido a Erin. Pero resistió, extendió el brazo de nuevo y golpeó a Owen con todas sus fuerzas. Las grietas de la torre ya alcanzaban el techo.

Erin volvió a sentir la presencia de Raymond a su alrededor.

—¿No lo consideras injusto? —susurró—. Está sufriendo por ti.

La misma presión se apoderó de su muslo; sabía lo que se avecinaba, el golpe que recibiría. Pero algo distrajo a Raymond antes de que lo hiciera, algo enviado por Levi. Más sombras, más rayos, más temblores.

Erin luchó por volver a ponerse en pie.

—Idiota —dijo Raymond dirigiéndose a su hijo—. No podrás con los dos. No podrás salvarla.

Erin sentía como el dolor le recorría todo el cuerpo. Eran calambres, auténtica electricidad atacando aquellos lugares en los que había sido herida. Eso sin contar con la cuchillada que el propio bosque la había asestado en la espalda. Pero sentía algo más. Algo que latía a toda velocidad junto a sus caderas. Corazón.

—Lo haré —respondió Levi con determinación.

Owen volvió a caer sobre él como la noche, pero Levi se lo quitó de encima con una oleada de electricidad. El segundo de Raymond retrocedió ante el ataque.

Erin continuaba sintiendo la llamada del puñal, su mano se deslizó hasta la delicada empuñadura de marfil casi inconscientemente.

—No —insistió Raymond mientras la presión de su poder se concentraba en el codo de Erin—. No podrás.

Él atacó y Erin sintió aquel crujido en el brazo. Temió habérselo roto, pero sus dedos continuaban aferrados a Corazón como si fueran uno solo. Avanzó decidida. Lo haría.

Levantó el brazo, su mano se alzó con él. El grito de Levi continuaba apoderándose de la estancia. Sentía el dolor de Erin, lo sentía casi tanto como ella. Owen se estaba preparando para responder, para atacar. Pero Erin lo dejó caer. Caer sobre la espalda de Raymond. Corazón se incrustó en el cuerpo del Gran Señor y este gritó como no había hecho hasta entonces. Como Erin jamás imaginó que haría.

El desconcierto fue mayúsculo por parte del líder de los Señores de la Sorpresa. Jamás imaginó ser herido por una simple humana, una de esas que había tratado como basura, una de esas que se había permitido el lujo de humillar.

También Owen pareció quedarse de piedra ante los gritos del Gran Señor. Por primera vez, su actitud chulesca pareció cubierta por una película de preocupación.

Erin retiró el puñal con rapidez. Esperaba que el daño infligido les diera algo más de tiempo, pero Raymond se recuperó en cuestión de segundos. Aunque eso no evitó que se enfadara. Y mucho.

El Gran Señor no estaba acostumbrado a recibir el golpe, él estaba siempre del lado que no sufría. Su gesto era aterrador. Sus cristalinos ojos brillaron con rabia al girarse hacia Erin. Extendió el brazo mientras avanzaba a grandes zancadas, la mano fue directa a su cuello.

Corazón se escurrió de entre sus dedos y cayó contra el suelo de la torre. Erin temió por su vida más de lo que jamás lo hubiera hecho.

El Gran Señor volvió a mirar a su hijo.

—Eres más idiota de lo que pensaba —admitió más enfadado que nunca—. ¿Le diste tu corazón?

Los ojos de Levi se encontraron con los de Erin.

—Es suyo.

Sintió aquel vértigo. Aquella extraña conexión que existía entre ellos. Levi se lo había dado, desde el principio. Su Corazón.

Raymond se volvió hacia Erin.

—A por él, Owen —ordenó sin mirarlo siquiera—. Ya es hora de que me encargue de este incordio de mujer.

El poder de Raymond se extendió hacia el cuerpo de Erin. Y cuando la presión se concentró en su cuello, cerró los ojos preparándose para su final.

Los truenos de Levi y Owen reverberaban en la torre, pero el Gran Señor tenía un único objetivo en aquel momento: ella.

—No, Erin —canturreó Raymond—. Míralo, míralo hasta el final.

Y cuando abrió los ojos, vio más de lo que esperaba. Porque, aunque las sombras seguían colisionando unas contra otras, Levi contaba con algo que Owen no tenía. El falso cazador desenvainó la gigantesca cuchilla que había adquirido en la torre del hechicero, su arma de sangre, y la blandió contra aquel que lo atacaba. El poder de sus sombras, su oscuridad y su electricidad eran equiparables en ambos; pero aquello era distinto y determinante. Aquello iba

más allá de su poder, de su tiranía, de su crueldad... Aquello era la más letal de las justicias.

Levi le lanzó una ráfaga de oscuridad a Owen que este no pudo esquivar y, acto seguido, clavó la cuchilla en el vientre de su rival. El segundo de Raymond quedó hecho añicos, cristales que se convirtieron en sombras y se esfumaron en la oscuridad.

La presión desapareció de Erin al instante, pues Raymond sintió la pérdida. Sintió que había dado un paso más en el camino hacia la derrota. Y no lo tenía planeado. Ni siquiera había llegado a contemplarlo como una posibilidad entre las miles que asomaban en el horizonte.

Soltó a Erin, la empujó con una fuerza descomunal hacia la pared y caminó hacia Levi. Él estaba recuperándose del golpe que la propia Erin había sufrido, por lo que resultó rematadamente fácil para Raymond desarmarlo.

Tenía la cuchilla de sangre en su poder.

Erin y Levi compartieron una mirada, una que sintieron como última, pero en la que revelaron todo. Transparentes el uno para el otro, sin matices ni dobleces. Amor y miedo, eso escondían sus ojos. El terror de saber que el Gran Señor tenía la posibilidad de hacerlo. Raymond podía matar a su hijo. Lo haría.

De un extremo al otro de la habitación, ninguno de los dos apartó la vista del otro. Raymond alzó la extraña y oscura cuchilla dispuesto a asestarle el golpe de gracia a Levi, pero a él no parecía importarle. Solo tenía ojos para Erin.

Sin embargo, en lugar de atacar con ella, la destruyó.

El arma de sangre se convirtió en arena en manos de Raymond. La cuchilla se desparramó sobre él como polvo del desierto. Raymond bajó los brazos con la furia todavía vibrando a través de sus ojos. Unos ojos para los que no existía nadie más que Levi.

—¿Qué has hecho? —preguntó él sorprendido.

—Salvarme —respondió el Gran Señor—. Sé que lo hubiera tenido fácil con esa arma maldita, pero seguiría estando en peligro. Para matarte, hijo mío, me bastan mis manos.

XXI

AMADA

Y empezó la batalla. La pelea entre padre e hijo prometía ser un auténtico calvario para Levi, puesto que Raymond era el ser más poderoso sobre la faz de la tierra. Erin apenas podía moverse, el cuerpo le pesaba y sus heridas parecían diminutos insectos mordisqueando su piel por todas partes.

La espalda, el hombro, el codo, la garganta... Todo dolía hasta dentro, hasta el alma. Había estado cerca de morir, lo sabía. El crujido de su cuello había sido un leve aviso, una alarma disparada justo antes de partirse, pero Levi, una vez más, la había salvado.

Estaba en el suelo, pensando en el modo de devolverle todos aquellos favores. Pero no solo sentía dolor, también estaba completamente perdida. Su madre, asesinada por el Gran Señor; sus amigos, amenazados por los monstruos que acechaban la Morada del Delirio, y su... ¿Qué era Levi? Eso era lo más desconcertante de todo. Raymond lo había dicho, le había dicho que Levi la amaba, pero ¿cómo?

Recordó la noche en el bosque, cuando la salvó del primer monstruo. Su huida de casa del Benefactor, cuando le pidió que confiara en él para que se marchara con las Horribles. Recordó también la conversación en el árbol de flores violetas, cuando confesó que no quería decepcionarla. Y su habitación, porque sí, aquella torre tenía que ser la de Levi. Una sala llena de sus libros favoritos y pinturas de sus lugares preferidos, una sala que sintió como su hogar.

Enamorado o no, Levi había estado desde el principio junto a ella. Ayudándola, protegiéndola, preocupándose por ella... Tenía que haber algo que pudiera hacer para salvarlo.

En aquel momento, una ráfaga de sombras y electricidad cruzó la habitación enviando a Levi directo al trono. Golpeó la piedra con la espalda partiendo el respaldo y rodó por el suelo hasta darse contra la pared. Raymond voló hacia él, cayó sobre su cuerpo como una tormenta y comenzó a golpearlo con sus puños de sombras.

Erin gritó. Gritó hasta desgañitarse pidiéndole que parara. Obviamente, Raymond no hizo caso alguno. Su poder continuó abalanzándose sobre Levi como un torrente de imparable oscuridad.

Iba a matarlo.

De nuevo, escuchó aquella llamada. Corazón la estaba buscando, sintió sus latidos en su propia piel. Gateó hacia él como pudo mientras todos sus huesos se quejaban de dolor.

Raymond iba sacando cada arma de sangre que encontraba escondida en las ropas de Levi, cada cuchilla, cada diminuta esquila que pudiera funcionar. Se hacía con ellas y las convertía en un mísero recuerdo. Y con cada una de aquellas armas que destrozaba, las esperanzas de vencer menguaban más y más.

Erin alcanzó a Corazón. La empuñadura de marfil se acomodó a su mano como si hubiera sido hecha para eso. Se ayudó con el brazo para volver a levantarse, pero Raymond la vio. Con apenas un ademán, le envió una jauría de sombras que la empujó hasta estamparla de nuevo contra la pared de la torre.

Erin bramó de dolor.

El mundo se volvió borroso y un pitido chirriante se alojó en sus oídos.

Corazón cayó una vez más, aunque todo era tan confuso para Erin que ni siquiera se percató de ello. Lo seguía sintiendo cerca, acompañándola.

Raymond volvió a centrar su ataque en Levi. Él ya no era capaz ni de responder, soportaba los golpes con la vida que le quedara. Era como si tanto a él como a Erin solo les quedara una opción: esperar la muerte.

Pero entonces la puerta de la torre se abrió y un rayo de esperanza cruzó su umbral. Dash encabezaba la marcha. Estaba herido, ensangrentado y cojo, pero seguía vivo. Tenía aquella cuchilla en la mano, una de esas oscuras y brillantes armas que Dilin había fabricado, una de esas que Raymond estaba destruyendo. Era bastante más pequeña que la que Levi había empleado para matar a Owen, pero valdría.

Rym llegó tras él acompañada de Bra, ambas igual de malheridas. Erin esperó durante unos segundos, pero no llegó nadie más. El corazón se le encogió en el pecho. Dilin, Ennis, Vivian, Lion... ¿Qué había ocurrido con ellos? ¿Dónde estaban?

Raymond alzó la vista del suelo donde yacía el amoratado rostro de Levi. Le había partido el labio, tenía un ojo cerrado a causa de los golpes y una brecha en la cabeza.

El Gran Señor sonrió al ver a los recién llegados y se irguió.

—Parece que han llegado tus refuerzos, hijo —dijo al tiempo que batía las alas para alzarse y dirigirse hacia el centro de la habitación.

Allí quedó, suspendido en el aire y acorralándolos con sus poderes. Rym y Bra sufrieron el mismo destino que Erin: volaron por los aires con la primera ráfaga de oscuridad y sucumbieron a la rigidez de la roca.

Pero Dash... Raymond tenía preparado algo mucho peor para él.

Descendió despacio mientras su electricidad mantenía paralizado al Señor de la Sorpresa que jamás había conquistado a nadie.

—Cómo no... —dijo el Gran Señor avanzando despacio hacia él. El eco de sus pasos hizo que Erin se estremeciera, tan firme y tan frío al mismo tiempo—. Una rata como tú, Farray. Alguien que fue tan débil como para vivir atado a un antiguo amor, a uno que ni siquiera le correspondía, solo un perdedor como tú podía rebelarse contra nosotros.

—Piensa bien lo que dices, Ray —le respondió Dash—. Ya no hay ningún «nosotros», ahora solo quedas tú.

Raymond gruñó y los relámpagos recorrieron el cuerpo de Dash.

—Mera jamás te quiso —le espetó con rabia.

Dash no bajó la mirada.

—Eso no cambia nada —se mantuvo firme—. No merecía lo que le hiciste. Ni ella ni ninguna de las demás. «El padre de todos», te hacías llamar. ¡Maldito cínico despreciable! —Le escupió.

Raymond se limpió con el dorso de la mano y una leve risita se escapó de su boca.

—Debes de haberte sentido muy satisfecho por haber pervertido a mi hijo, ¿no es así? —preguntó.

—Levi no necesitó que lo convenciera, él jamás se ha parecido a ti —respondió.

Erin decidió moverse de nuevo. Despacio, tanto como fuera posible. Tenía que impedir que Raymond se deshiciera de la única arma capaz de destruirlo. No sabía si el Gran Señor había reparado ya en la cuchilla que Dash portaba en la mano, pero era cuestión de tiempo. Reptó con dificultad, clavándose los escombros, deslizándose con torpeza sobre el polvo levantado tras aquellas peleas; tenía que coger a Corazón.

Raymond rio ajeno a sus pretensiones, continuaba centrado en Dash.

—¿Y a quién se parece? ¿A su madre? ¿A la mujer cuya muerte asumiste sin pelear? —El peso de sus preguntas se reflejó en el rostro de Dash. Dolían—. No eres más que un cobarde que se ha aprovechado de la situación.

—Peleé por ella —respondió Dash con rabia—. ¡No he dejado de pelear desde entonces! —rugió.

Raymond frunció el ceño.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo, si puede saberse? Te recuerdo muy sumiso durante los últimos siglos. Un cero a la izquierda que no conquista ni defiende. Eso era lo que te preocupaban las mujeres a las que ahora defiendes.

Erin se dio cuenta de que Dash la había visto. Se quedó quieta esperando alguna señal, alguna indicación, pero él, rápidamente, volvió a centrar toda su atención en Raymond.

—No definiendo solo a las mujeres, Ray —dijo—. Defiendo a los hombres que se rebelaron contra ti, aquellos a los que mataste. Defiendo a las pobres criaturas que conviertes en monstruos. Defiendo a tu propio hijo, porque eso es lo que le prometí a su madre.

Quizá esa fuera la señal que esperaba. Quizá eso fuera lo que Dash haría por ella, entretener a Raymond hasta el final. Alcanzó por fin el puñal de Levi, el que le había entregado nada más conocerla.

Raymond oyó la caricia de la hoja contra el suelo. El Gran Señor se giró amenazante hacia Erin. Su malévola sonrisa se ensanchó al mirarla.

—¿Otra vez, querida? —comentó—. Eres realmente tozuda.

Ella guardó silencio mientras veía como Dash agarraba con fuerza la cuchilla que portaba en la mano. Un arma de sangre preparada para atacar, pero el poder de Raymond seguía sobre él. Paralizándolo por completo.

—Bien, inténtalo —dijo colocando los brazos en cruz.

Jamás se la tomaría en serio.

Ella dudó, ¿realmente se estaba dejando atacar?

—No estoy bromeando, hazlo —insistió—. Ya has visto que no puedes matarme.

Erin se aferró con fuerza a Corazón y retrocedió un par de pasos para coger carrerilla. Él tenía razón, Corazón no podía acabar con él, pero había algo que sí podía hacer.

—No te mataré —admitió Erin mientras se preparaba.

Raymond sonrió con suficiencia.

—¡Te empujaré! —gritó echando a correr hacia él.

Corazón volvió a dar en el blanco. El filo de su hoja atravesó la piel de Raymond, el vientre del Gran Señor fue ensartado por aquel puñal y la inercia del movimiento lo hizo desplazarse hacia atrás.

Erin lo empujó con todas sus fuerzas, y el dolor de su ataque lo debilitó lo suficiente como para que pudiera llevarlo hasta Dash, hasta el arma que empuñaba.

La cuchilla de sangre se clavó en el Gran Señor de la Sorpresa. En el líder de las pesadillas que asolaban aquella región. La mirada cristalina de Raymond se perdió en el techo de la torre y su piel se consumió. Su cuerpo comenzó a quebrarse, a convertirse en esquivas de oscuridad que terminaron difuminándose. Transformándose en niebla.

Al parecer, después de todo, habían acabado con los Señores de la Sorpresa.

La muerte de Raymond provocó una fuerte onda expansiva. Fue como si toda su maldad se esparciera por la habitación atravesándolos a todos con su afilada ira. La oscuridad los envolvió una vez más, pero, si todo iba bien, sería la última.

Fue difícil asumirlo. Se había ido.

Las conquistas, las repudiadas, los monstruos, el terror... Todo había acabado.

¿Todo?

El corazón de Erin se detuvo. Sus ojos buscaron a Levi: seguía sin moverse. Ensangrentado, hecho añicos por la furia desmedida de su padre.

Ella tenía ganas de dejarse caer y descansar, pero no podría hacerlo antes de obtener una respuesta.

Estaba vivo, tenía que estarlo, porque Corazón todavía latía contra la palma de su mano.

Alcanzó el cuerpo de Levi y se arrodilló ante él. Tomó su magullada cara entre las manos y lo llamó. Lo llamó tantas veces que perdió la cuenta; sus lágrimas cayeron sobre el rostro del falso cazador borrando a su paso el rastro de la sangre que empezaba a secársele sobre la piel, y sus dedos quedaron pegados a las huellas de la batalla que marcaban su cuerpo. Continuó acariciándolo, no podía dejar de hacerlo, lo acariciaba y repetía su nombre una y otra vez entre susurros que le encogían el pecho. Estaba atemorizada, bloqueada ante la idea de estar viviendo algo que jamás hubiera esperado, algo que no hubiera esperado sentir, no a tantos niveles. No podía haberlo perdido.

Se inclinó hacia él.

Sus rostros tan cerca que sus frentes ya se tocaban. Temblaba sin remedio mientras recorría con los dedos las facciones de su cara.

—Perdóname, Levi —murmuró.

Sus labios casi rozaron los de él.

Suspiró con la última esperanza adherida a su aliento.

Y Levi respondió.

Su pecho convulsionó con una ligera tos y, después de eso, su pícara sonrisa regresó a su rostro, aunque exhausta como nunca.

—¿Y por qué...? —Volvió a toser—. ¿Por qué se supone que debo perdonarte? —dijo con voz quebrada.

Ella sonrió irremediablemente y lloró más todavía. Todo al mismo tiempo.

Cerró los ojos tratando de serenarse. Una inesperada calidez acarició su mejilla. Era Levi, siempre Levi.

—Por estar tan ciega —respondió—. Ahora, además de repudiada, soy una estúpida.

Él rio con dificultad.

—¿Todavía no lo entiendes? —dijo sin dejar de mirarla a los ojos—. Jamás fuiste una repudiada.

Erin frunció el ceño sin terminar de entenderlo.

—No entiendo cómo funciona, Erin —continuó diciendo—, pero lo sentí desde el principio. Desde que te vi leer en aquel parque, ajena a la conquista, a nada que tuviera que ver con nosotros. Eras... —deslizó los dedos por la línea de su mandíbula—, eras inocente, independiente, libre. Eras feliz. Y yo lo era contigo.

—Solo nos hemos visto tres veces —bromeó ella al recordar sus propias palabras.

Él sonrió. Dios santo, adoraba esa sonrisa.

—Cuatro —la corrigió como si aquello supusiera un gran cambio—. Pero eso no es verdad, yo te vi hace mucho más tiempo. Por eso no necesité que me dijeras tu nombre cuando te encontré en el bosque, ya lo sabía.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella.

—Que pasé siglos conquistando mujeres con la esperanza de enamorarme de alguna de ellas —le explicó—, aunque eso nunca sucedía. Así fue como di con tu madre. Y cuando mi padre hizo lo que hizo, me vi en la obligación de protegerla. Entonces llegaste tú. Y fue como si me encendiera. Como si, de pronto, todo cobrara sentido.

Deslizó la mano hasta ponerla sobre la de Erin, que descansaba en su pecho. Podía sentir el corazón de Levi latiendo desbocado mientras confesaba aquello. Mientras se dejaba ver completo por fin.

—Me enamoré de ti. Pero me juré a mí mismo que no te conquistaría ni dejaría que ninguno de ellos lo hiciera —continuó diciendo—. Me enfrenté a ellos, impedí que te alcanzaran, aunque eso te condenara a ser una repudiada. Porque sabía que eso era lo que deseabas.

Erin recordó los truenos la noche que huyó de su casa, aquel sonido ensordecedor en ausencia de tormenta que la acompañó hasta el bosque. Recordó los truenos que había oído hacía apenas unos minutos, el combate que los había desatado. Se trataba de eso, Señores de la Sorpresa combatiendo entre ellos. Levi defendiéndola para que fuera libre, para que pudiera vivir, aunque fuera lejos de él.

—Deseaba elegir —murmuró ella.

—Y ellos no te habrían dejado hacerlo —dijo—. Ni yo tampoco, de haberte conquistado.

Mantuvieron las miradas fijas el uno en el otro, asumiendo lo que sucedía. Lo que sentían.

Sintió el latido de Corazón de nuevo y recordó la reacción que había provocado en Raymond el hecho de que fuera ella quien lo poseyera.

—Me diste tu corazón —murmuró entregándoselo.

Él lo rechazó.

—Ya te dije que era tuyo. Siempre lo ha sido.

—¿Por qué?

Los dedos de Erin acariciaron la cicatriz que Levi llevaba en el cuello. Una idéntica a la que lucía ella.

—Casi me matas aquella vez —dijo él—, me alegro de que intentaras hacerlo con Corazón. De haber utilizado otra arma, no estarías aquí.

Ella lo miró durante un largo rato.

Recordó lo que hizo durante la subasta, cuando intentó cortarse el cuello y Corazón se lo impidió. Y recordó también lo que había sucedido en aquella torre, cómo Levi había sufrido cada uno de los ataques que Raymond había infligido sobre ella.

—¿Cómo? —preguntó.

—Es nuestra maldición. Una más —bromeó—. En el momento que entregamos nuestro corazón, sufrimos tanto como sufra la persona a la que amamos. Lo sufrimos para siempre, hasta que uno de los dos muera.

Erin miró la ensangrentada hoja de Corazón.

—¿Por qué no me dejó hacerlo?

—Porque es parte de mí, de mi voluntad —respondió él—. Y yo nunca te haría daño.

Ambos se miraron una vez más a los ojos. Una mirada intensa y profunda que lo dejó todo claro.

Levi volvió a acariciar su rostro. Su mano se deslizó por la línea del cuello de Erin mientras le rozaba con el pulgar la mandíbula. Enroscó los dedos con delicadeza alrededor de su cuello y la atrajo hacia él.

Entonces, se detuvo y la miró como si le estuviera pidiendo permiso. Erin no pudo evitar sonreír

antes de caer sobre sus labios.

Un beso. Su primer beso. Y lo había elegido ella.

Se separó despacio de Levi al sentir el contacto de una mano sobre su hombro. Era Rym. Malherida y hecha un auténtico desastre, pero feliz, al fin y al cabo.

Ambos la miraron.

—Tenéis que ver esto —dijo emocionada.

Rym ayudó a Erin a levantarse, Bra y Dash hacían lo propio con Levi. Los llevaron fuera, al otro lado de la entrada a la torre. La luz los cegó antes siquiera de llegar a salir.

El mundo era distinto ahora. No había oscuridad, sombras o tormenta. No había nada más allá de un cielo azul y despejado.

Y, al otro lado del puente, los esperaba una noticia aún mejor. Vivian con Lion, y Ennis sosteniendo a Dilin entre sus brazos. El hechicero estaba aparentemente intacto, pero...

Erin se asomó al agujero que Owen había hecho en los puentes. Tampoco había monstruos.

—¿Cómo? —preguntó volteándose hacia Rym.

Su tía sonrió.

—Los combatimos —respondió—. Los combatimos durante largo rato mientras intentábamos salvar a Lion. Luego llegó Dash para ayudarnos...

—Siento no haber podido aparecer antes —interrumpió él para disculparse—. Estaba enfrentando a los últimos Señores de la Sorpresa.

—¡No te disculpes! —gritó Ennis desde el otro lado del puente—. ¡Has estado increíble!

Y aunque sonó como un flirteo, no lo fue. Los ojos de Ennis viajaron rápidamente de vuelta a Dilin. En aquel momento, solo parecía existir un hombre en el mundo para él. Y ese era el joven hechicero.

Erin observó a Dóroncil de Arondele. Si no quedaban monstruos, si de verdad habían desaparecido, entonces debía de haber sufrido mucho.

Dilin se percató de la mirada de preocupación de Erin y trató de calmarla levantando el pulgar. Ella esbozó una sonrisa.

—¿Los matasteis a todos? —preguntó pensando en el triste destino de aquellas criaturas.

Rym negó con la cabeza.

—Desaparecieron —respondió.

Erin alzó las cejas estupefacta.

—¿Qué quieres decir?

—Los monstruos pierden su propósito cuando aquel que los creó muere —explicó Dash—. Cerca de la mitad se esfumó cuando eliminasteis a Owen, y el resto debió de hacer lo mismo cuando Raymond murió.

De repente, la congoja se alojó en el corazón de Erin. Vida... Esa criatura también habría desaparecido. Después de una existencia condenada al ostracismo, todos aquellos seres inocentes se habían desvanecido. Vidas robadas por la ambición de unos pocos.

Erin miró al horizonte. Un horizonte a través del cual, por primera vez en la vida, asomaba algo de esperanza.

—¿Y ahora qué? —planteó Bra.

Sabía que la pregunta iba dirigida a Rym, pero Erin no pudo evitar responder.

—Elegir —dijo—. Ahora nos toca elegir.

Miró la marca en el dorso de su mano. Aún estaba ahí, siempre lo estaría. Y aunque eso le recordara lo que un día fue, entendió que no sería nunca más un monstruo, una Horrible o una repudiada. Porque allí, al final de todas las cosas, solo se sentía amada.

Epílogo

Hubo un tiempo en el que existieron los monstruos. Monstruos oscuros y gigantescos que habitaban los bosques al acecho de las más indefensas criaturas. Pero había otros peores, seres peligrosos que jugaban a placer con el destino de las personas.

Caían del cielo, por sorpresa, envueltos en sombras y electricidad, dispuestos a raptar a la joven que hubieran escogido.

Una tras otra. Todas sucumbían. Ninguna era capaz de librarse. Y la que lo hacía quedaba condenada al rechazo.

Marcaban su mano y la tildaban de monstruo por no ser suficiente para los Señores de la Sorpresa. Las llamaban feas, esperpentos e incluso engendros. Las consideraban despojos, seres despreciables a los que podían tratar como simples objetos. Las repudiaban, las humillaban y las rebajaban hasta el más bajo de los niveles.

Pero fueron precisamente ellas quienes lo consiguieron.

Aquellas que se rebelaron.

Las Horribles, las llamaron. Y no eran solo repudiadas; también Incorrectos, hechiceros fugitivos o aquellos a quienes bautizaron como «Traidores de la Sorpresa» se unieron a su causa.

Todos entendían el valor de la libertad. Defendían que el derecho a elegir, a vivir, a amar..., el derecho a ser felices les pertenecía a todos por igual.

Con el tiempo, aquello se convirtió en leyenda.

Nadie recuerda ya sus nombres o la magnitud de lo que hicieron.

Pero su legado perdura a través de los cuentos. Historias sobre las Horribles, el cazador de monstruos, la repudiada que venció al Gran Señor o el valiente al que un día llamaron Incorrecto.

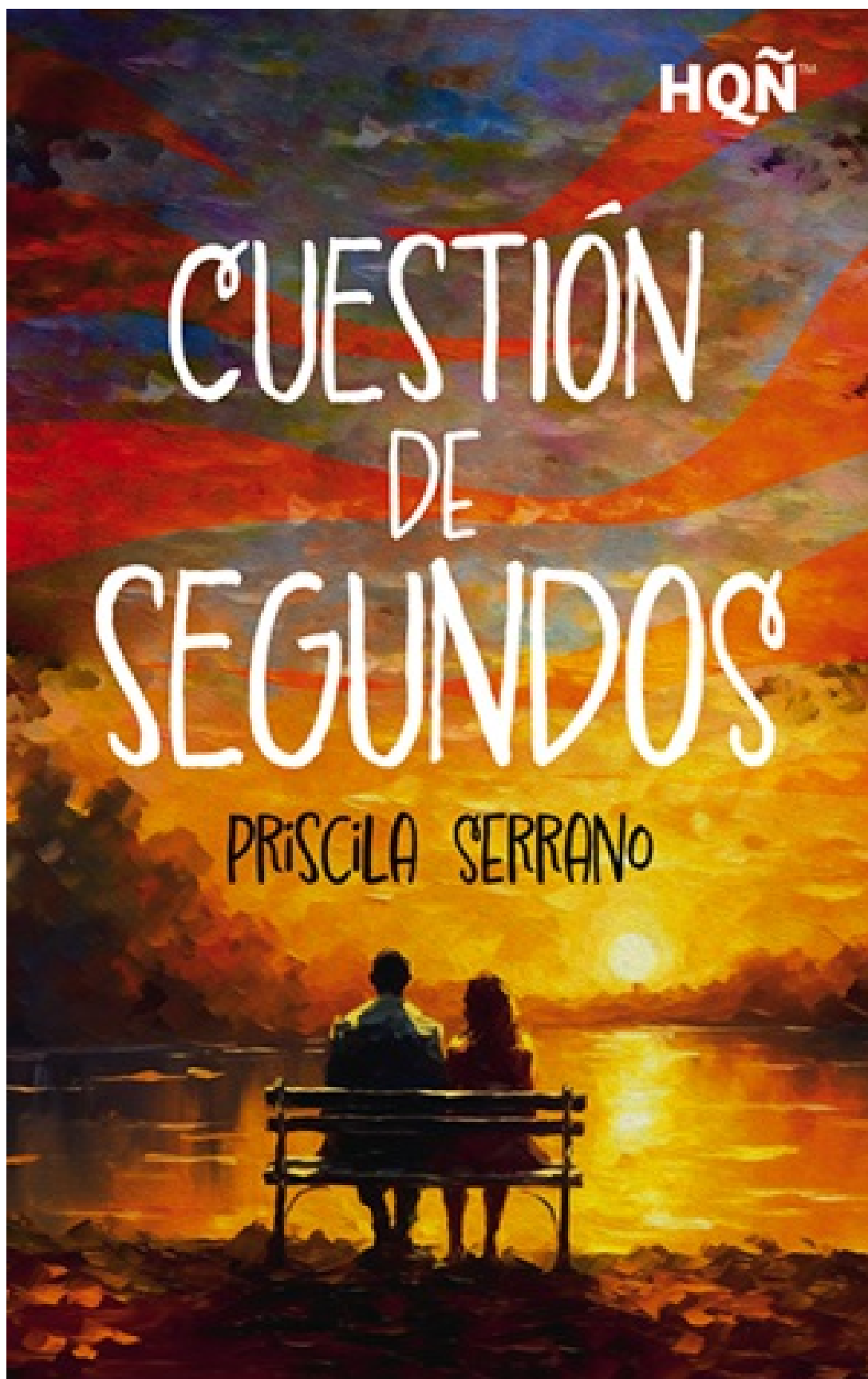
Historias para niños, lo cual solo quiere decir que son las mejores.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.

HQÑ™

CUESTIÓN DE SEGUNDOS

PRISCILA SERRANO



www.harlequiniberica.com